

ANT-XIX-1387/9

17 cm

R-88802



EL HADITS  
DE LA PRINCESA ZORAIDA,

DEL

EMIR ABULHASAN Y DEL CABALLERO ACEJA.

Relación romancesca del siglo XV  
ó principios del XVI en que se declara el origen de las  
Pinturas de la Alhambra.

SÁCALA Á LUZ

D. LEOPOLDO DE EGUILAZ YÁNGUAS,

*Catedrático de la Universidad literaria de Granada y Correspondiente  
de las Reales Academias Española, de la Historia y de  
Ciencias de Lisboa.*



GRANADA.

Imp. de la Vda. é Hijos de P. V. Sabatel,  
calle de Mesones, 52.  
1892.

EL HABIT

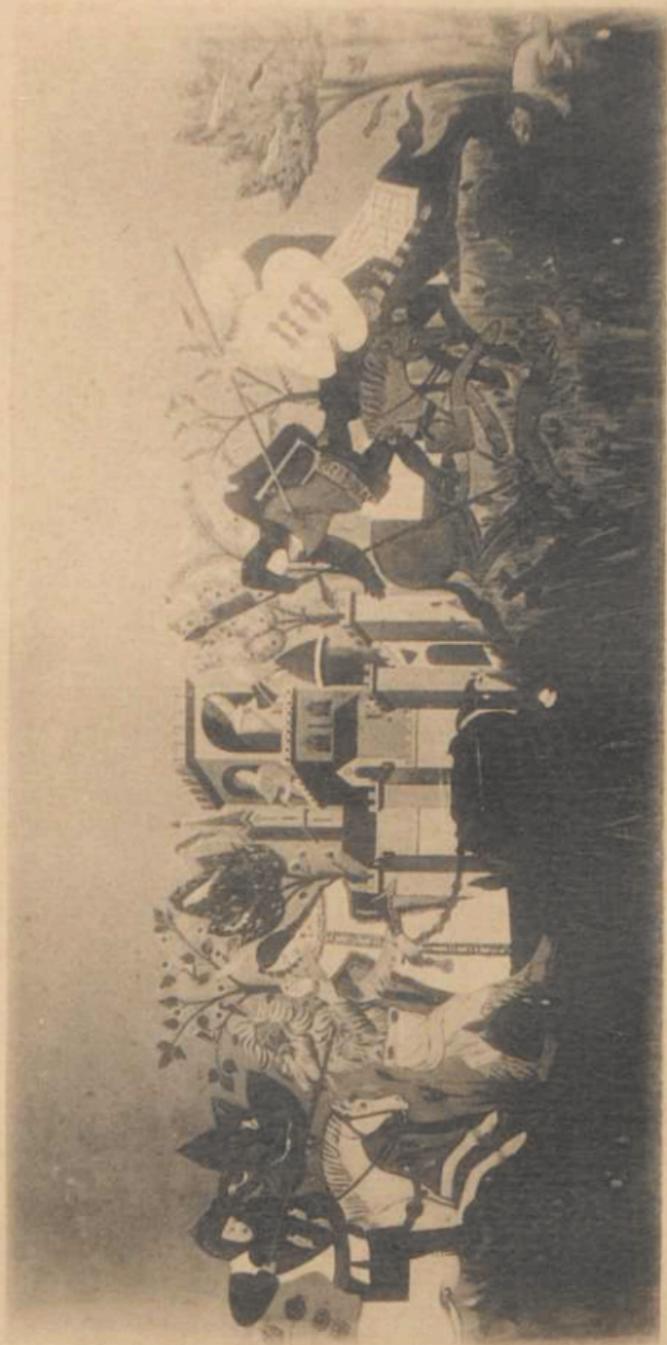
DE LA TIERRA

DE LA TIERRA

---

Es propiedad.—Derechos reservados.

---



Á MI MUY AMADA ESPOSA

D.<sup>a</sup> Paulina Cruzat Rodrigo Tejedor.



## AL QUE LEYERE.

---

**L**A presente relación novelesca, sacada de un Códice aljamiado en 4.º de ciento tres fojas de papel cebtí y caracteres arábigo-andaluces, lleva por título: *El Hadits (1) de la Princesa Zoraida, del Príncipe Abulhasan y del Caballero Aceja*. Aunque sin nombre de autor, fecha ni lugar en que fué escrito, parece haberlo sido en las postrimerías del siglo XV ó en los comienzos del XVI por algún mudéjar ó morisco convertido á nuestra santa fe católica.

En lo que no cabe dudar es en que el autor anónimo tomó de otro el Hadits,

---

(1) Relación, narración de un hecho, de hechos ó acontecimientos.

como lo declaran las palabras *dice el narrador*, que más de una vez se encuentran en él.

Este manuscrito, hoy de mi propiedad, fué encontrado, según me aseguró la persona de quien lo hube, con otros muchos árabes y aljamiados, en Mesones, pueblo de la provincia de Zaragoza, al derribar un vetusto casuco de tiempo de moros. Decidióme á adquirirlo la circunstancia de haber tropezado, entre sus últimas hojas, con la lámina, cuya fototipia va al frente de esta versión, pues, como viera yo en ella copia exactísima de dos de los pasos caballerescos que decoran las bóvedas de la *Sala de Justicia de la Casa Real de la Alhambra*, me asaltó la idea de si el Códice, que ilustraba, contendría la peregrina leyenda figurada en ellas. Grande fué el gozo que me produjo la confirmación de mi sospecha, pues, merced á tan venturoso hallazgo, podría en breve plazo dar al público la historia, hasta hoy ignorada, de los sucesos ro-

mancescos representados en aquellas famosísimas pinturas.

Aunque la versión está calcada sobre el original, me he tomado la licencia, sin faltar á la fidelidad del relato, á fin de hacer más apacible su lectura, de despojarlo de la monotonía y pesadez de su estilo y lenguaje arcaicos, achaque habitual de los cuentos y novelas aljamiados.

Con todo, me ha parecido bien no hacer novedad en los vocablos de estirpe arábica, que se encuentran en el discurso de la narración, mediante á haber adquirido carta de naturaleza en nuestra habla popular y hallarse inventariados en los diccionarios. Los que en ellos no se registran, ó que, de registrarse, corren sin etimología, van puestos al fin de la obra con la que, en mi sentir, les corresponde.

No faltará alguien, suspicaz y receloso de suyo, que, recordando expedientes añejos, eche á volar su fantasía y maliciosamente suponga que lo del

manuscrito aljamiado y lo de su autor anónimo son ingeniosas inventivas y tretas habilidosas para que los críticos atrabiliarios sacudan sobre ajenas nalgas los azotes que merezcan las mías. No seré yo, por cierto, quien peche con la tarea ingrata de disipar sus antojos; porque libre, como es, cada cual de pensar lo que le viniere en gana, en su arbitrio y mano está el creer lo que más les plazca.

Réstame rogar encarecidamente al lector benévolo excuse las faltas que advirtiere en mi versión, pues penetrado de no ser posible, por mucha diligencia que se ponga, de dejar de incurrir en ellas, me declaro desde ahora menesteroso de indulgencia.

---

## CAPÍTULO I.

Cómo el sultán Sidi Saád perdió el trono de Granada.

**C**UENTA el narrador que, reinando en Castilla D. Juan el II, hubo un sultán en Granada que le decían Sidi Saád, varón temeroso de Dios, sabio, pío, justiciero, amparador y escudo de los buenos y tan inexorable juez de los malos que, sin hacer cuenta de su estado, condición ó linaje, á todos, chicos y grandes, los medía por el mismo rasero.

Con tan paternal solícitud puso tal espanto en los malos, que en cien leguas á la redonda no se topaba uno por un ojo de la cara que no anduviese en trazas y hábitos de hombre de bien. Todo fué paz y ventura durante los días de su reinado. Libres de pechos y gabelas contra fuero, prosperó la agricultura, tomó vuelos la industria, floreció el tráfico y encendida la caridad en el corazón de los ricos, ni

hubo mezquino sin hartura ni viuda ni huérfano pobres sin pañizuelo de lágrimas.

Pero como no hay mal que no acabe, ni bien que sea duradero, vino un triste suceso á aguar el de aquel reducido estado. Y fué que habiéndose prendado el príncipe merinita Sidi Jalil, jeque *algozá* (1) ó capitán general de los mercenarios Gazules, Gomeres y Beni Mansor, que el rey tenía á su servicio, de una garrida moza, hija del alfaquí mayor de la Mezquita antigua (2), *torba* ó mausoleo de los sultanes Nazaritas, abrasada el alma en lujuria, hizo fuerza en ella, sin que fueran parte á arredrarle lo sagrado del lugar, ni la desesperada resistencia, ni los gritos clamorosos y lastimeros de la víctima. Y aunque al oírlos, presa de mortal angustia, acudió el padre en su auxilio con el alma en un hilo, seguido de dos almuedanos, al llegar á la puerta de la algorfa, en que se hallaba su hija, descolgábase el violador aleve por un ajimez que daba á los jardines de la *Rauda* (3), perdiéndose en la espesura del follaje. Todos tres, con ser la hora del crepúsculo matutino, reconocieron distintamente en el que huía al príncipe Sidi Jalil.

No tardó este desafuero en llegar á oídos del sultán, el cual, montando en ira, llamó al mezuar, guarda mayor de su persona y estado y ejecutor general de la justicia, y le dijo:— Reduan, ve en volandas al palacio del Nched (4) y dí de parte mía al príncipe Sidi Jalil que necesito hablarle. Nada de excusas ni dilaciones, y, de oponerse, vivo ó muerto me lo has de traer.

—Oído y obedecido, respondió el mezuar, inclinada la cabeza y cruzados los brazos sobre el pecho. Y tomando consigo cuarenta almoxarriques (5) se dió tal diligencia que no era aún pasada la media hora cuando estaba de retorno con el príncipe berberisco en la puerta del *Mechlis el Háss* (6), cámara de recepción de la nobleza, donde, sentado sobre los almadraques reales y oculto tras el ancho redí de setuní rojo, que pendiente de una barra de oro cubría la entrada del aposento, se hallaba el sultán Sidi Saád. Estaba de la parte de afuera el alguacil mayor Abdallah Abenamar, el cual, después de contestar á la zalema del príncipe merinita, enderezándole la palabra en nombre del rey, de quien acababa

de recibir órdenes, le dijo estas concertadas razones:—El sultán, nuestro amo, ensalce Allah su honra y acreciente su estado, te manda llamar para reprenderte por el deservicio y bellaquería que haz hecho á la ley y á su real persona, profanando el lugar sagrado en que reposan los restos de sus padres, asaltando aleve en hora excusada, como ladrón nocturno, la morada de un ministro del Señor y haciendo presa de la concupiscencia que te roe los hígados en una débil doncella. Y como hecho tan ruín, indigno de tu noble alcurnia y de tu alta jerarquía, pide de suyo una reparación cumplida é inmediata, de parte de Su Alteza te requiero, notifico y hago saber, que si en el perentorio término de veinte y cuatro horas no pones lañas al portillo que haz abierto en la honra de esa pulcela, que ha dejado de serlo por tu causa, casándote con ella ante el cadí y los alfaquies de este alcázar, te será cercenada, como es de juro, la cabeza y clavada en una escarpia para escarmiento de charranes y libertinos sobre las almenas del *Borch-el-Adhim* (7), que es la más alta torre y la más conspícua de la alcazaba.

Lívido y desencajado el rostro y con la torva mirada en el suelo escuchó el príncipe Sidi Jalíl la plática de Abenamar y aunque la cólera, que le hervía en las entrañas, le hizo llevar más de una vez la crispada mano á la empuñadura de su alfanje, cierto de que le escuchaba el rey, viéndose rodeado de los almoxarriques y comprendiendo que al menor amago contra la persona del alguacil rodaría su cabeza por los suelos, compuso, como pudo, el rostro y, haciendo de tripas corazón, con labio bulbuciente y convulso dijo á Abenamar:— ¿Tiene vuestra honrada persona algo más que mandar? Y como el alguacil dijera que no, pidió licencia para retirarse, y, acordada, salió del alcázar á paso largo, henchido el pecho de víboras, con dirección á su palacio, donde, apenas hubo llegado, convocó á consejo á los arraeces, alcaides y almocadenes de sus taifas, á quienes dió cuenta del agravio. Hicieronlo suyo sus capitanes y, viéndose afrentados y amenazados de muerte en la persona de su jefe, resolvieron á una, dársela al rey, antes de fenecer el día.

Con este acuerdo, retiráronse los conjura-

dos á las alhóndigas que tenían por cuarteles en las avenidas del alcázar, y enjaezados sus caballos y apercebidas sus armas esperaron á que los almuedanos de las mezquitas hicieran desde sus alminares el llamamiento á la azalá de *al-adçar* (8), que era la señal convenida para llevar á cabo su dañado intento. Llegó por fin la hora, y apenas hirieron los aires las palabras *Allah akbar* (9), con que comienza la convocatoria á la oración, salieron de sus cuarteles, como legión de demonios vomitada por el infierno, aquellas hordas desenfrenadas con sus adalides y cabeceras al frente y atravesando á todo correr el campo de la Asabica (10), arrollaron las guardias de las puertas Xarea, Sultania y Algodor, (11), y penetrando en el alcázar por la de Aben Samaá (12) con horrible estruendo y algazara, comenzaron á dar desaforados gritos de ¡muera el tirano!

Mal lo hubiera pasado el sultán Sidi Saád de haberse hallado en él en tan aciaga hora; pero por dicha buena encontrábase á la sazón del alboroto en Daralabiad (13), espléndida almunia de recreo, situada como á una milla

de la ciudad, frontera del arrecife de Málaga, donde las princesas sus hermanas solían pasar el *alazir* ó estación de la vendimia. Allí había ido aquel día el rey, terminada la audiencia de Sidi Jalil, con su hijo Muley Abulhasan, el alguacil Abenamar, el alférez Sidi Yahya, el mezuar y el escuadrón de caballeros Abencerrajes que componían su cortejo.

Estaba el rey de plática con las princesas sus hermanas, recostadas sobre sendos almadragues bajo el frondoso alarije que daba sombra y frescura á la placeta, que se hacía delante de la almunia, cuando vieron venir hácia ellos á todo correr por el arrecife á un caballero, jinete sobre un caballo morcillo. Era Ahmed, eunuco mayor del harém, el cual, llegado que fué á la presencia del rey, con voz entrecortada y trémula le dijo: Señor, poned luego al punto vuestra real persona en cobro: el jeque *algozá*, á la cabeza de los Gazules, Gomerés y Beni Mansor, ha asaltado el alcázar de la Alhambra y apoderándose de la ciudad, aclamando al príncipe Mohammad el-Ahnaf. Daos prisa, Señor, si quereis salvar la vida.

No hay que decir el efecto que produjo la

triste nueva. Dióle fililí á una de las princesas, cayó la otra de espaldas, presa de mortal desmayo, y la más entera de ellas, puesta en pie y con los brazos en alto, tomaba el cielo con las manos y ensordecía el aire con sus clamores y alaridos.

¡Charranes! dijo el príncipe Abulhasan, arrojando fuego por los ojos. Y encarándose con su padre, añadió, hinchada sobre la frente la vena de la cólera: dejadme á mí esa taifa de harones que yo juro por Dios, por Dios, por Dios, que con la ayuda de estos bravos caballeros daré cumplida cuenta de los traidores. Clavó el rey, rígido el rostro, la imperiosa mirada sobre su hijo, como imponiéndole silencio, y, volviéndose á los que le rodeaban, les dijo: presto, enjaezad tres hacaneas para las princesas y, antecogiéndolas, marchad á toda prisa por el camino de Málaga. Mientras se hacía esta diligencia iban llegando á la almunia otros caballeros que confirmaron al rey las tristes nuevas de Ahmed. El último que pareció fué Mesrúr, su bufón favorito, á quien los sediciosos habían chamuscado la barba con un hacho de esparto, dejando al pobre



jorobado hecho una lástima. Lloraba el infeliz que se escurría, abrazado á las rodillas de su amo. El cual, viéndolo todo perdido y que la tardanza en huir podía serles funesta, mandó montar á caballo, y, puesto al frente del escuadrón, rompió la marcha á trote largo por la calzada de Málaga, llevando á su derecha al príncipe Abulhasan y á su izquierda al alguacil Abenamar.

Una hora después llegaban los sublevados á la almunia, pero encontrando el nido sin el pájaro, y graduando por la delantera que llevaban los fugitivos que no era empresa llana darles alcance, después de saquearla é incendiarla, regresaron á Granada.



## CAPÍTULO II.

Razonamiento del sultán Sidi Saád á su hijo el príncipe Abulhasan, yendo camino de Archidona.

**C**OMO una legua llevaría andada la regia comitiva, cuando echando de ver Sidi Saád el tenaz silencio de Abulhasan, le dijo estas blandas y amorosas razones: ha causado en tí enojo, hijo mío, que mi autoridad de padre haya atajado tus bríos de mozo, cuando sin otro auxilio que el de este puñado de gentiles hombres querías acometer la empresa temeraria de atacar á los rebeldes. ¿Á qué bueno ese sacrificio? Rey soy, y, como rey, padre soy de todos, de tí, como de estos nobles caballeros. Pues si lo soy de tí por naturaleza y de ellos por obligación, por ellos debo igualmente mirar y procurar su bien, como si los hubiera engendrado. ¿No salta en tus ojos que esta mi solicitud es más razona-

ble y cuerda que la irreflexible tuya de inmo-  
larlos estérilmente en aras de tu vanidad, de  
tu despecho ó de tu locura? Y si en la muerte  
estuviere vinculado el remedio de los males  
que afligen en este momento á mi pueblo ¿crees  
tú, por ventura, que habría de consentir que  
otro, pudiendo serlo yo, se ofreciera á Allah  
como víctima espiatoria de nuestras culpas?  
Demás de esto, si yo, en vez de refrenar tus  
ímpetus, les hubieras dado alas y hubieras  
muerto en el combate ¿qué hubiera sido de  
mí? Solo en este mundo ¿quién me consolaría?  
Caído ¿quién me daría la mano para levantar-  
me? Y agobiado por la inmensa pesadumbre  
de los años ¿quién sería el báculo de mi vejez?  
El valor, hijo mío, que no va acompañado de  
la prudencia, no es valor, sino temeridad.  
Nunca hace más falta el seso que en los tran-  
ces apurados de la vida. Los contratiempos y  
adversidades de la fortuna son piedra de toque  
del corazón recio ó flaco, de la paciencia ge-  
nerosa y de la resignación heróica. Desecha  
como mala tentación tus negros pensamien-  
tos. Quédese la desesperación para los pusilá-  
nimes y cobardes, y pues no se mueve la hoja

del árbol sin la voluntad de Dios, bendigamos su providencia, que pues Él, que quiere el bien de sus criaturas, nos da la llaga, de Él hemos de aguardar la medicina. Mi conciencia está tranquila; en Dios y por Dios hice á mi pueblo todo el bien que supe. Si con mal me lo paga ahora, en el pecado llevará la penitencia. Que el Señor le perdone, como yo le perdono. No desmaye, pues, tu corazón al ver caer el cetro de mi mano; si está de Dios, nuestro dueño, Él lo volverá á la tuya, y ungirá ¡oh hijo de reyes!, tu cabeza y la ceñirá, cuando sea servido, con la corona que ha rodado de la mía.



### CAPÍTULO III.

De cómo el sultán Sidi Saád acordó mandar en embajada á la corte de Castilla al príncipe Muley Abulhasan y de los avisos y consejos que le dió.

**D**ICE el narrador que, después de marchar toda la noche por trochas y atajos para abreviar el camino y hurtar la persecución de sus enemigos, llegó Sidi Saád con su comitiva, bien entrada la mañana, á la villa de Archidona, en cuya alcazaba, de que era alcaide un próximo deudo suyo, fué aposentado con su hijo Abulhasan y las princesas sus hermanas.

Al cabo de tres días recibió el rey nuevas de que toda la tierra se había alzado por Moammad el-Ahnaf. No le quedaba, pues, en obediencia más que el lugar que le servía de albergue. Á él acudían diariamente partidarios suyos de todas las partes del reino, mu-

chos de ellos gente principal y de cuenta, los cuales, certificándole que el negocio de su destronamiento había dependido de un golpe de mano de la soldadesca africana y no del descontento y mala voluntad de sus súbditos naturales, inclinaron su real ánimo á mandar una embajada al rey D. Juan II de Castilla, de quien era vasallo mudéjar, impetrando su ayuda para reconquistar el reino; y como este consejo sonaba ya en sus oídos y se meneaba y bullía en su pensamiento desde la fecha de la revuelta, acordó ponerlo en ejecución, y llamando á su alguacil Abenamar dióle encargo de visitar secretamente al alcaide de Antequera y de pedirle en su nombre un guayage ó salvo conducto con el que su hijo y los caballeros que fuesen en su compañía pudieran llegar hasta la villa de Olmedo, donde á la sazón se hallaba con su corte el rey de Castilla. Hízolo así Abenamar, y, sin que nadie notara su ausencia, regresó á Archidona con el salvo conducto al anochecer del mismo día. Después de conversar largamente con él, de darle menudas instrucciones, firmar y sellar con el anillo real las cartas de

creencia, resolvió el rey Saád que saliera la embajada en la madrugada del día siguiente, y mandando llamar á Abulhasan, que hacía cabecera de ella, con marcadas muestras de emoción le dijo:—Mañana, antes que el sol alumbre el nuevo día, partirás en embajada á la corte de Castilla. No sé, hijo mío, si será esta la última vez que te hablo, pero, por si lo fuere, cargado como estoy de achaques y de años, deber mío es refrescar en tu memoria los consejos, documentos y advertencias que de mucho tiempo acá te vengo dando. Y lo primero que te digo, por si no nos volvemos á ver y llegares á reinar, es que seas padre de tus súbditos y no padrastro, rigiéndolos y gobernándolos, como rige y gobierna á sus hijos el diligente padre de familia, siendo dechado de ellos en costumbres y piedad, porque si es bueno el modelo, bueno será el remedador y si malo, de juro habrá de serlo la copia. Procura ante todo adoctrinarlos sólidamente en la fe, que es acial de las pasiones y fundamento firmísimo sobre que ha de asentarse la fábrica de su bienestar á fin de que no se cuartée, se desvencije ó desmorone. Pon, al

efecto, tus cinco sentidos en dotar las escuelas y madrazas de maestros intachables, que no sean, como acaece á la continua, piedras de escándalo, estragadores de la juventud y ministros de perdición.

Hazles amable el trabajo, dándoles ejemplo tú de no estar ocioso, que al hombre parado lo tienta el pecado.

Elige para tu servicio y para el gobierno de tu estado á los que siendo sabios, sean á la vez honrados y virtuosos, porque la ciencia, sin el temor de Dios, es candela que no refo-cila y caliente, sino abrasadora llama que hace la conciencia pavesas.

Al que blasfemare de Dios, sustentador y padre de todas las criaturas, siéntale sin piedad la mano, sino quieres que las iras del cielo caigan sobre tu reino y lo devasten y aniquilen.

De los choros domésticos y callejeros, rate-ros y salteadores, ladrones en cuadrilla, esta-fadores y usureros, prevaricadores y concu-sionarios, cohechadores y simoniacos, truanes y granujas de toda laya, sea cual se fuere su calidad y estado, harás justicia seca según sus

merecimientos, cuidando que la pena encaje con el delito, con la dolencia la medicina, la reparación con el daño y la ejemplaridad con el castigo.

Y para que estos remedios no sean ineficaces y baldíos, labrarás casas de corrección en reemplazo de los actuales cotarros, sentinas inmundas en que, por tener todo vicio su asiento y toda podredumbre su morada, el malo se hace peor y el peor se torna en pésimo. En sus aulas, y bajo la dirección de maestros hábiles en los oficios manuales y mecánicos, aplíquese cada cual al que le lleve su inclinación, y, adoctrinados por los sabios alfaquíes, aprendan á amar y servir á Dios y á respetar el honor, la vida y la hacienda de sus prójimos, con lo que de miembros lacerados, podridos y hediondos del estado, se transformarán en ciudadanos probos, morigerados y útiles.

A los araganes y gandules, alcahuetes y traineles, bagasas y alcandoras y demás gente rufiana, mételos en costura, procurando empleo honesto á su ociosidad, que es madre de sus tráfgos y manejos: caso de reincidencia

paguen su rebeldía con las setenas, y en el de contumacia y protervia avéntalos del reino, aunque se quede yermo y despoblado, porque esas tales gentes son polilla de la honra, carcoma de la virtud y peste de la república.

En las dispensaciones de pena no te vayas de ligero, otorgándolas á granel y aun á almorzadas, como, con mengua del reposo público y afrenta de las leyes, acaece en otros reinos. Valiérate más cerrar las puertas de los tribunales y abrir de par en par las de los presidios. Misericordia es justicia, la cual, cuando lleva de reata la pena, que es medicina del alma, purga la libertad licenciosa del culpable cercenándole los vuelos, rasga las cataratas de su entendimiento para que, alumbrado por la luz de su conciencia, mire con espanto los temerosos abismos del pecado, enmollece y suaviza su corazón, empedernido por el hábito del crimen con las dulces lágrimas de la compunción y del arrepentimiento, y apareja y adoba su rebelde voluntad para que, enamorada de su verdadero y único bien, que es la práctica de la virtud, viva honestamente en este obscuro valle de quebrantos y tristezas.

Pero quita á la justicia estos sus regalados frutos con el abuso de esas gracias y la harás estéril é infecunda y crecerán las malas yerbas en tus campos y el añublo, el tizón y la alheña devorarán sus mieses y la desolación y la miseria serán en tu presencia. En resolución, hijo mío, no se te caiga de la mano la vara de la justicia que es juntamente vara de misericordia. Mide por igual con ella á todos tus súbditos, tomando ejemplo del mismo Dios, dechado y modelo augustísimo de perfección, el cual, siendo, como es, infinitamente misericordioso, la pasa pareja por justos y pecadores, galardonando á los buenos y castigando á los malos, y ten por cierto que te asistirá el Señor y acrecentará tu reino y prosperará tu honra y hará que te bendigan las futuras generaciones.

Todo esto, que te digo, con mucho más que me callo, y que hallarás en las *Ordenanzas* que tengo escritas, donde más largamente se contiene, dice relación con el régimen y gobierno de tu pueblo. Escucha ahora lo que singular y más señaladamente atañe á tu persona y á la conducta que te conviene obser-

var en la corte de Castilla. Ante todo te ruego y encargo, por el mucho amor que te tengo, que seas humilde y nunca altivo y arrogante, porque la humildad es cepa de virtudes, la cual, por ir, como va siempre, acompañada de la gracia, atrae y cautiva dulcemente los corazones y avasalla y rinde las voluntades. Ten por presupuesto que, de no ser humilde, concitarás los odios y malquerencias de los nobles castellanos y te pondrán la cruz, como á demonio encarnado, y te mirarán de reojo y excusarán tu arrimo y comunicación y te baldonarán y harán sus lenguas jigote y albondiguilla de tu honra. Y puesto por caso que no fueres humilde, no hagas semblante de serlo, como acaece á las cortesanas y rameras cuando visten con paños de pudor y de recato su liviandad y desenvoltura. Más te quiero altanero y soberbio, que no hipócrita solapado; erizo y áspero de natural, que no afectado y postizo, porque el ojo avizor y experto, reparando en tu disfraz, echará luego de ver que el riñón de tu fábrica no conviene con la fachada. Sé de verdad humilde, hijo mío, porque, en siéndolo, serás reflexivo y prudente,

majestuoso sin jactancia, modesto sin aliño, respetuoso sin bajeza, mesurado y circunspecto, galán, gentil y discreto con las damas, dulce y afable con los caballeros y escuderos, y, finalmente, bien quisto y honradó en el pensamiento y las lenguas de cuantos te tratan. Habrás reparado, acaso, que entre estas prendas del alma para nada figura la generosidad, preciadísimas virtud que, no tocando los límites del despilfarro, es imán que atrae y se lleva tras sí las voluntades, pero pues nuestra pobreza no consiente que seas largo de bolsa, suplan la liberalidad y garbo tu urbanidad y cortesía, que tienen ambas á dos juntas y cada una de por sí tanto ó más poder que el mismo oro de Tíbar. No es esto decir que no des de lo que tengas; más te quiero pobre franco, que no rico avariento, que es ser más pobre que la misma pobreza. Demás de esto sé mesurado en el hablar, cuidando de no poner en la lengua lo que no haya madurado tu entendimiento, y encárgote que, cada y cuando que se te brinde, lo hagas por boca de truchimán, pues, aunque platicas medianamente la aljama, no está exento tu discurso

de gazafatones y yerros, los cuales excitarían la risa de quien te oyere con mengua de tu realeza. Cierra con acitara de cal y canto tus oídos á la lisonja, que infla y desvanece el meollo, el cual, reflejando su propio ser en el cuerpo, deforma y abigarra su natural hermosura y gentileza. En el trato cotidiano excusa la comunicación con los livianos y rae-ces, porque el roce frecuente con ellos, dando al traste con los respetos humanos, engendra llaneza baladí y villana y es causa de menosprecio. Acompáñate siempre de hombres hidalgos, sabios y virtuosos, porque en los hidalgos tendrás escuela de nobleza, de ciencia en los sabios y de virtud en los virtuosos. Sé pulcro, sin pretender parecerlo, y limpio como los chorros del agua, porque la limpieza del cuerpo es claro testimonio, con excepciones que por sabidas se callan, de la pureza del alma. Sé parco en el beber y el yantar, porque la glotonería azolva los sentidos y es evidente señal de embrutecimiento del alma. Aprende á comer con trinchante, cuchara y ganivete, porque esto de hacer presa en los manjares con los cinco dedos de

la garfa es sucia y fea cosa entre las gentes cultas de Castilla. He dejado adrede por remate de estos avisos y consejos uno principalísimo en que debo hacer incapié á fin de que no se te vayan los tuyos. De atrás vengo observando con pena ¡oh hijo mío! que eres algo y aun algo enamorado y galán y hasta un tantico alegre de ojo y zaragatero y que en viendo dos varas de angeo te asemejas al toro bravo, que, apenas divisa el trapo del diestro, cierra los ojos y arremete brioso con el cuerno, sin recelar por ventura, que oculta en sus pliegues vá la espada que ha de darle la muerte. Damas de rostro placentero y de gentil garbo y donaire las hay, y tan espesas como dátiles en racimo, en la corte de Castilla; mira, pues, donde te cueles, que si algunas de ellas son ganado de pesca, anzuelo y garabato de cuitados, son las más la mismísima discreción y nada sufridos los que las sirven y cortejan y pudiera suceder acaso que, por meterte á cazar en vedado, salieras de la maleza con los zaragüelles rotos.

Aquí dió fin Sidi Saád á sus avisos y consejos, los cuales escuchó Abulhasan bajos los

ojos y en profundo recogimiento. Sólo una vez, y fué cuando el rey le tildó de un tantico enamorado y galán, se atrevió á alzarlos del suelo, dejando vislumbrar en ellos y en la ligera sonrisa de sus labios un como dejo de malicia y socarronería que no echó de ver su padre por tenerle las lágrimas enturbiados los suyos. De perlas, dijo Abulhasan, levantando la cabeza, me parecen esos castigos y documentos y yo juro á V. A. por el amor que le tengo que he de hacer de ellos doctrinal de mi vida, pauta y cánon de mi conducta. En diciendo esto, el rey, que estaba asaz doliente y conmovido, abrazó tiernamente á su hijo y le encargó fuera á despedirse de sus tías, Fátima, Aja é Ixnamacot.

---

## CAPÍTULO IV.

De las nóminas y amuletos que dieron á Abulhasan sus tías las princesas Fátima, Aja é Iznamacot, al despedirse de ellas.

**E**RANSE estas princesas esperpentos monumentales, que habiendo pasado vanamente su ya larga y cansada vida en expectativa de algún escudero ó rodrigón que por el cebo del ajuar ó por su elevada alcurnia les dijera por ahí te pudras, aunque á regañadientes y hartas de tragar saliva, se habían resignado al cabo, como todas las de su especie, á cuidar las macetas de sus arriates y azoteas, á departir con delectación morosa en regocijado é íntimo coloquio con los alfaquíes y demás gente menuda de las aljamas y mezquitas, á coser de punto los zaragüelles ó remendar las bragas de algún devoto morabito y á dar de aguja con almarada limpia, hechas las salvedades solapadas é hipócritas de ordenanza, á la buena reputación, buen nom-

bre y fama de cuantos caían por su banda y más señaladamente á la de aquellas personas de su sexo, en quienes la naturaleza había derramado el tesoro de sus dones. Éranse las tres, en suma, la quinta esencia y el dechado más refinado y perfecto de mojigatería y perversión. Y añade á este propósito el narrador de esta historia, á fuer de cronista honrado y verídico, que no faltaban malas lenguas que jurasen y perjurasen por su ánima que las tales estantiguas eran brujas en cañuto, con sus puntas y arrequives de hechiceras, que se sabían de coro el libro de la magia de Ahmed el Madrileño, que eran consumadas maestras en esto de confeccionar ensalmos y forjar nóminas y amuletos y finalmente, que, en un quítame allá esa paja, hacían mal de ojo al que se les ponía entre cejas.

Cuando penetró Abulhasan en la espléndida tarbea del alcázar que ocupaban sus tías, acababan de dar punto á la tarea que desde prima hora de la tarde traía cada cuál entre manos. Ven acá, pimpollo, cacho de sol, ven acá y asiéntate á nuestra vera, dijo al ver á su sobrino la princesa Fátima, que era de las

tres la más entrada en años y la más leída. ¿Con que mañana al despuntar el alba partes para Castilla? El Señor vaya contigo, te asista y te libre de todo mal en esa maldita tierra de perros infieles que muerden con la boca cerrada. Que no te ablanden sus halagos ni fíes en sus promesas. Obras quieras y nó palabras. A tu avío vas, que no á hacer el suyo. ¡Guarte, guarte, que son ladinos y asaz taimados y fulleros! Cuando movieres un pie, sea con licencia del otro, después de tentar el suelo, y no te se irá bajo tu planta. Ten los ojos como platos y en el sueño quede uno en atalaya; con la moneda que te dieren con esa haz de saldar sus cuentas. Bolsas erradas llevas; ábrelas en sazón y mercarás voluntades. Aler-ta con sus hembras, que quitan el sentido y si te echan el guiño, eres galán al hoyo. No te rindan sus camelos y si te rindieren, haz por no caer de espaldas, no sea que te desnocles. Contra sortilegios y maleficios irás bien abastado, amén de nóminas y amuletos para atraer corazones. Este que tengo en la mano ha de ganarte el del rey. Es el sello del león, llamado también del guijarro. ¡Mira y

qué brío el del sultán de las fieras, enhiesta la cola y los dientes clavados en la piedra que hiende en dos pedazos! Repara la serpiente que oprimen sus garras como enarquea el cuello y saca airada para herirle el dardo emponzoñado de su boca. El alacrán, que rastrea sobre su lomo, huye cobarde del azote, tieso como garzota sobre el turbante de un monarca. ¡Y qué olor á gloria trasmina! ¡Como que está bañado en agua de rosas saturada de azafrán! Este girón que aquí vés de azache amarillo, labrado de immaculados capullos de gusanos albarranes, que no tocaron el ru, es el preciado alquicel que le sirve de rebozo. Abre el tahalí y guárdalo como oro en paño.

Pues tienes ya el anzuelo para cazar al rey, ¡oh flor y nata de bizarros mancebos! dijo Aja, hágale compañía el amuleto séxtuplo que hará caer en tus redes al príncipe heredero y á los alguaciles y cortesanos. Hazte cuenta que está aderezado por estas manos y calcado punto por punto sobre el del *Quitáb-el-Ghaya* (14) en el supremo instante de las nobles indicaciones. Aspira su regalado aroma. ¡Capaz

sería de resucitar á un muerto! ¡Hasta el harambel que le sirve de envoltura va pasado de sus dulces perfumes!

Sírvales de corona y remate ¡oh manajo de claveles! dijo la princesa Ixnamacot, estotro, único en su género, que no le va en zaga al mismísimo del *Sirr-el-Maktum* (15). Fiador será, por mi salud, contra el mal de ojo de tu belleza y de tu gracia. Tómalo, hijito, tómallo, arrebújalo en tu seno y que te entren moscas.

A estos amuletos de tan maravillosas virtudes, añadieron las princesas razonable cantidad de nóminas, entre ellas un traslado en papel ceptí de las suras 113 y 114 del Alcorán contra la maldad de las jorginas que soplan en los nudos, escrito de puño y letra de un santo alfaquí y tocado para mayor eficacia, como lugar más pulcro y saneado, en la delantera de sus bragas.

Pero no pararon aquí las muestras del amor que las princesas tenían á su sobrino. Mirando por el lustre de su persona y estado, cada cual de ellas le dió sendas bolsas repletas de adinares de buena ley, que fueron para

el príncipe de más satisfacción y alborozo que cuantos talismanes y amuletos llevaba encima, aunque hubiesen sido adobados por el mismo Ahmed el Madrileño.

Con esto y una gruesa de estrechos abrazos y besos por barba, acompañados de chorros de lágrimas, sollozos é hipidos, se despidieron las tías del sobrino, el cual se retrajo á descansar á su algorfa por ser ya la hora de la media noche.

---

## CAPÍTULO V.

En que se dá cuenta del recibimiento que hizo el rey D. Juan II al príncipe Abulhasan, del discurso que éste le tuvo, y de lo que S. A. le respondió.

**L**A del alba sería, cuando atravesaba Abulhasan la puerta de Antequera, una de las que se abren en el muro de Archidona, de donde arranca el arrecife que conduce á la frontera castellana. Componían su comitiva el alguacil mayor Abdalláh Abenamar, un su hijo, alférez, de su propio nombre, que llevaba el pendón rojo de los Alahmares de dobles astas con moharras doradas, borlas y rapacejos de seda y oro, Alí el Garnatí, *alcatib* ó secretario de la embajada, el *moalem*, ó profesor de la madraza *alajiba* (16), Yusuf el Araní, que hacía los oficios de truchimán, el bufón Mesrúr, el adalid Reduan, el mudéjar, el almocaden Sofian ben Obeidallah y ciento cincuenta Abencerrajes, la flor

de la hermosura y de la caballería granadina.

Catorce días llevaba de camino el hijo del rey Saád, cuando cerca de una pequeña alquería que le decían el Marchal, distante como diez millas de Olmedo, salieron á su encuentro unos criados del rey, noticiándole en su nombre que, teniendo acordada la traslación de la Corte en la tarde del siguiente, á la villa de Arévalo, cuyos aires puros y apacibles habían recomendado los físicos á la reina doña María, convaleciente aún de unas ciciones perniciosas, había resuelto recibir á la embajada del sultán su padre, antes de emprender la marcha. Con este aviso, prosiguió la suya Abulhasan y al romper la aurora del décimo quinto día, llegó á la vista de Olmedo, en cuyos alijares mandó descargar los equipajes y armar el alfareque (17), en el que penetró con los caballeros de su séquito para aderezar sus personas, acicalar sus armas y adobar los paramentos de sus caballos.

Como á eso de medio día, hora fijada para el recibimiento, mandó el príncipe montar á caballo y tomar la vuelta de la villa, en cuyas puertas lo esperaba el Infante D. Enrique

con lucidísimo acompañamiento de nobles, caballeros y escuderos, entre los cuales descollaba por su deporte altivo y arrogante un muy gentil mancebo, doncel que había sido de la casa del rey, que le decían don Tristán Aceja, hijo de un ilustre prócer de Galicia y de una muy principal señora de Sevilla, de la nobilísima estirpe de los Farfanés, esforzados campeones que, después de haber servido por muchos años á los sultanes de Marruecos, se habían trasladado á España y avecindándose en aquella ciudad famosa, reinando don Juan el I.

No sin enojo echó de ver el príncipe Abulhasan en la altivez y arrogancia de aquel novel caballero un como desdén á su persona, lo cual le llegó tan á lo vivo, que desde aquella hora lo miró con ojeriza.

El pueblo cristiano, compuesto en gran parte de enaciados y tornadizos muslimes, gente la más levantisca y bellaca que se vió jamás en el mundo (18) y las aljamas de moros y judíos ocupaban la carrera que tenía que recorrer la embajada, y las azoteas, finiestras y balcones de las casas se veían

pobladas de rozagantes dueñas y doncellas, ávidas de presenciar la entrada del heredero del trono granadino y de su brillante séquito de caballeros y escuderos, de cuyo aire marcial se hacía todo el mundo lenguas. Y no había sido avara la fama, pues al ver desfilar al príncipe Abulhasan y á su lucido escuadrón de Abencerrajes, jóvenes todos apuestos y galanos, en muchos de los cuales aún no apuntaba el bozo, con sus almófares de acero nielado, las crestas ó cimeras cubiertas de chapas de oro, sus lucientes y fuertes corazas, sus marlotas de terciopelo carmesí, sus zara güelles y alquiceles, blancos como los ampos de la nieve, los borceguíes datilados de finísimo tafilete, sus alfanjes con las guarniciones, arriaces y vainas de plata esmaltada, pendientes de ricos tiracuellos con borlas de seda y oro á los cabos, sus tahalíes sujetos al talle por espléndidas cintas de seda tachonadas de piezas de plata á martillo y finísima pedrería, sus largas lanzas de fresno y sus fuertes adargas de ante, jinetes sobre poderosos alazanes de pura sangre árabe, lujosamente enjaezados, las nobles damas castellanas,

hecha la boca agua, se decían las unas á las otras: ¡Lástima que estos moros no se salven!

Iban tras el escuadrón del príncipe los harruqueros encargados de portear el presente del rey Saád, compuesto de tres briosos overos ricamente arreados, las sillas ginetas de muy lindo cuero marroquí leonado, los frenos, acciones y jáquimas con hermosas cuerdas y adefiras, labradas de seda, oro y aljófar y en sus remates aquellas preciadas borlas que se dicen adul. Conducidas de los ronzales por los almayares, con destino á la reina doña María, marchaban dos mulas rucias con seras de higos de Málaga, sendas cajas de almizque, algalia y alámbar y otras muchas maneras de perfumes de que, por hacer honra á su futuro rey, le habían provisto largamente los alatares de Archidona. El príncipe Abulhasan traía también para el infante don Enrique, que se preciaba mucho de la vestimenta morisca, cantidad de ropa delgada de lino y seda y una aljuba de zarzahán brocada de oro, y para el Condestable D. Álvaro de Luna una marlota de ricomás y un capuz de muy fina grana.

Llegada que fué la comitiva á la plaza del alcázar y formado en batalla el escuadrón de Abencerrajes, echaron pie á tierra los embajadores y, precedidos del infante D. Enrique y de los caballeros que le acompañaban, penetraron en el gran salón destinado á esta suerte de solemnes recibimientos. Érase una vasta cuadra de estilo moderno, suntuosamente dispuesta, la techumbre labrada á maravilla, el suelo cubierto de almocelas, las paredes toldadas con tapices que representaban pasajes de la Escritura y los balcones con vistosas vidrieras de imaginería en colores, guarnecidos de amplios cortinajes de seda carmesí con flecos de hilo de plata. Al cabo de ella, frente por frente de la puerta de entrada, se alzaba el estrado real y bajo el dosel de camocán con alamares de oro que le cobijaba, sentado sobre su trono, veíase al ínclito monarca castellano D. Juan el II, y partidos en dos filas, á la una y á la otra banda del solio, al Condestable don Álvaro de Luna y á los nobles y altos dignatarios de la corte.

Hecha por Abulhasan y por los otros embajadores la zalema de costumbre, y besado

que hubieron todos, como es uso entre moros, el pie derecho del rey, le hizo entrega el príncipe granadino de las cartas de creencia, y, seguro de no errar, tan á su sabor traía repasado el discurso, con habla grave y reposada dijo el que se sigue: Muy alto y excelente príncipe, poderoso rey y señor: El sultán, mi padre, ensalce Dios su honra y le devuelva su estado, besa humildemente las manos y los pies de tu señoría y la tierra que huellan tus plantas y te hace saber por mi lengua, como á causa de querer meter orden en su reino, lacerado por menguados repúblicos, que, so color de labrar su bien, solo procuran su propio medro y engrandecimiento, y de gobernarlo y regirlo en justicia conforme á los mandamientos y devedamientos de la Xara y de la Zuna, que son como entre vosotros el derecho civil y canónico, ha sido expulsado en hora aciaga de Granada con liviano motivo por la soldadesca extranjera y reemplazado en el trono contra todo fuero y ley por el príncipe Mohammad-el-Ahnaf, viéndose reducido á la extremidad de buscar refugio en Archidona, única, entre las otras vi-

llas y ciudades principales del reino, que se ha mantenido en su obediencia. Y, pues, tú, ¡oh magnánimo y poderoso rey! eres nuestro dueño y señor y nosotros tus atreguados y apazguados, sé nuestro amparador y valedor prestando tu poderoso arrimo al sultán mi padre para restituirlo en su estado y reino, que yo en su nombre te declaro y prometo, y aún, si necesario fuere, te juro por el sagrado Alcorán, de ser siempre tu leal servidor y vasallo mudéjar, de tener á tu devoción cuantos lugares de su tierra se vuelvan á él, de pagarte religiosamente las parias en doblas zahenes de oro de ley, de respetar los tratados y conciertos, de no estragar con racias y algaradas tus estados y señoríos y finalmente, de asistir á tus cortes siempre y cuando tu Alteza se lo ordene.

Mucho holgó el rey D. Juan en oír el discurso y suplicación de Abulhasan por vislumbrar en él cierto como augurio de no estar lejano el venturoso día que cayera en sus manos aquel codiciado pedazo de la tierra española. Mucho placer hubo también al ver el desparpajo y donaire con que lo dijo, y sobre

todo la corrección y pureza del lenguaje, el cual, quitado cierto dejo de extranjerismo, no parecía sinó que lo habían hablado labios de Castilla. Con estas disposiciones, regocijado y benévolo, contestó en sustancia el rey de Castilla al príncipe granadino: que en el alma se dolía de la mala ventura del sultán, su padre; que siempre él le había hecho honra y que dende adelante entendía de se la hacer mucho más cumplidamente; que como amigo muy leal que era y lo había sido siempre suyo, procuraría poner orden y concierto en su tierra y asistirle con todo su poder; que luego incontinenti mandaría sus cartas á los alcaides y capitanes de sus fronteras para que le favoreciesen y auxiliasen, pregonando paces con todas las ciudades, villas y alquerías del reino granadino que se tornasen á él y entrasen en su obediencia, y, en resolución, que no excusaría medio ni se daría punto de reposo hasta verlo restituído en el trono.

No fueron baladíes estas promesas del rey; pues en aquella hora mandó extender las cartas al Condestable con otras para ciertos ca-

balleros principales de la ciudad de Granada y de su Albaicín, las cuales, suscritas con su nombre, selladas con su sello é interpretadas por sus truchimanes, fueron expedidas por correos especiales y llevadas á su destino.

¶ Terminada la audiencia, fué presentado el regalo del sultán y de su hijo al rey, á la reina, al Infante y al Condestable, todos los cuales fueron muy contentos de él, enviándosele mucho á agradecer.

Á la caída de aquella tarde partió el rey con toda su corte para Arévalo, llevando en su compañía al príncipe Abulhasan y á sus caballeros, á los cuales, luego de llegado á la villa, mandó aposentar en unos palacios muy ricamente aparejados de un mudéjar que le decían Sidi Mohammed ben Aliatar, situados en la morería, á cuyas posadas, por encargo expreso de S. A., se les mandaron abundantes manjares y viandas aderezadas á uso y costumbre de los buenos musulmanes, servicio que les fué hecho durante los días que la embajada estuvo en la corte, de tal manera y con tal largueza, que los Abencerrajes, al-

mayares y traficantes moros, que con ellos eran venidos de Archidona á Arévalo, se maravillaban de la desmesurada despensa que el rey les hacía.



## CAPÍTULO VI.

De cómo llegaron nuevas á la corte del arribo á Sevilla de la princesa Zoraida, hija del gran emperador de Tartaria, de su salida para Arévalo y de los aprestos que acordó el rey D. Juan para su recibimiento.

**P**LACÍA grandemente al rey de comunicar con Abulhasan y sus caballeros, los cuales, como muy diestros en la silla, en el jugar de cañas, en rejonear toros bravos y en otros muchos y arriesgados ejercicios corporales, traían cautivados á las damas y gentiles hombres de la corte y muy señaladamente al infante D. Enrique, gran cabalgador á la jineta. Y aunque en ella eran los Abencerrajes consumados maestros, con todo, ninguno le hacía ventaja al príncipe Abulhasan. Llegó acaso por esto el Infante á cobrarle tal apego, que no le dejaba pie ni pisada, y aun parecía, al decir del vulgo ignorante y zafio, que le había cortado el ombligo. Tan-

tos y tan repetidos eran los agasajos y finezas que le tenía á toda hora con admiración y asombro de cuantos le conocían, por ser don Enrique huraño y áspero de condición y nada comunicativo, como no fuera con aquella taifa villanesca que traía de ordinario á su servicio, no sin gran pena del rey y de la reina su madre, baldón y afrenta de su real estado. Solo para Abulhasan no eran un misterio aquellos extremos, pues aunque poco ó nada supersticioso, no lo era tan de remate que negase toda eficacia á las nóminas y amuletos que le habían aparejado sus tías. En resolución, debiéralo á sus secretas virtudes, al don de gentes que Dios le había dado, ó, lo que parece más cierto, á la conducta astuta y mañera de la corte castellana, ello es, que el rey, el Infante su hijo, el Condestable don Álvaro de Luna y los otros cortesanos se lo rifaban á porfía.

Pero un suceso tan peregrino como inesperado, vino á apartar la atención de la corte de Abulhasan y sus caballeros. Sucedió, pues, que un día, en que el rey hacía sala con sus ministros y cortesanos en honor de los moros

sus huéspedes, le vinieron cartas del conde de Benavente, por quien á la sazón corría el gobierno y regimiento de Sevilla, en que le hacía saber cómo era arribada á aquel puerto una flotilla, compuesta de varias fustas, gripos y carracas, la cual traía á la princesa Zoraida, futura *cano* ó emperatriz del trono de Tartaria, acompañada de dos príncipes ó mirasas, tres damas y muchos criados y sirvientes, con un muy rico don que le enviaba su padre el emperador Xah Roj, sucesor del gran Tamorlán. Que luego que supo que la corte se hallaba en Arévalo, sin tomarse más tiempo que el necesario para dar descanso á su gente, había ordenado la marcha para la siguiente mañana; que con esta resolución dispuso despachar correos á toda prisa á los lugares por donde tenía que transitar la comitiva para que se le tuviesen aparejados toda suerte de refrescos y mantenimientos; y, finalmente, que, habida consideración al rango y jerarquía de tan elevada dama, él en persona con otros muchos y principales caballeros de la ciudad le servirían de escolta. Y como las susodichas cartas traían diez días de fecha,

graduaron el rey y su Condestable que, de no ocurrir algún percance imprevisto en el camino, no habrían de pasarse cinco sin que la futura emperatriz de Tartaria, llegase á la venturosa villa de Arévalo.

Todo era en la Corte hacerse cábalas y forjar fantasías sobre la venida á Castilla de la futura dueña del imperio más dilatado, más temido y más poderoso del mundo. Cierto que, reinando la majestad del rey D. Enrique III, trabó este príncipe relaciones estrechas con su abuelo el gran Timurbec, el cual correspondió á la embajada que le mandó el monarca castellano con otra de que fué cabecera un mirasa, próximo deudo suyo, alto dignatario de la Corte, que le decían Mohamad Alhagi, el cual, entre otros presentes de gran valía, le trajo dos damas de singular hermosura del harém de Bayaceto, emperador de los turcos, cautivadas en la sangrienta jornada en que este príncipe fué desbaratado y hecho prisionero. Pero esto de venir en persona al cabo del mundo nada menos que la excelsa nieta de Timur, arrostrando las molestias y peligros de tan largo y ajetreado via-

je, era cosa de misterio. Todos los palacianos, desde los más encortezados y romos, hasta los más agudos y ladinos, se devanaban los sesos sin acertar á declararlo. Ni el rey, que no era lerdo de entendederas, ni el Condestable D. Álvaro de Luna, que las tenía asaz despabiladas y despiertas, ni aun el mismo D. Enrique de Aragón, con tener por presupuesto diario, á fuer de consumado zahorí y astrólogo, el desentrañar las cosas más intrincadas y recónditas, lograron dar en el clavo. En tanto, y como la venida de la princesa tártara se les echaba encima y no había tiempo que perder, reunió el rey D. Juan su Consejo, en el cual se acordó que, sin perdonar gastos ni sacrificios, se hiciesen cuantos aprestos fueren necesarios para el recibimiento de la princesa; que se dispusieran para su hospedaje y el de su servidumbre las mejores tarbeas del alcázar; que se hiciera pregón en la villa para que, durante los días de la estancia en ella de tan grande y renombrada señora, toldasen los vecinos las fachadas de sus casas y las alumbrasen por la noche con antorchas, cirios y faraones; que el infante don

Enrique, el reverendo obispo de Búrgos y D. Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, con copia de caballeros y escuderos, pajes, farautes y ministriles y los hombres de armas que al Condestable D. Álvaro de Luna pluguiese designar, saliesen á su encuentro obra de media legua de la villa; que no consintiendo lo angustioso del tiempo mayor divulgación, se expidieran correos á los pueblos comarcanos para hacerles saber los días en que habían de tener lugar las fiestas; que mientras durasen se haría despensa muy largamente á costa del tesoro á cuantos á ella viniesen, dando á todos aves y pescados de muy diversas maneras y vinos castellanos, griegos y malvasía. Finalmente, acordó el Consejo los pasos, fiestas y torneos, entremeses, personajes y momos y otras muchas suertes de invenciones y esparcimientos que habían de celebrarse durante la permanencia en Arévalo de tan ilustre dama.



## CAPÍTULO VII.

Del recibimiento que hizo el rey D. Juan á la gran princesa de Tartaria.

**L**EGÓ por fin el anhelado día. Muchedumbre inmensa de toda edad, condición y estado, así de la villa, como de las ciudades, alquerías y aldeas comarcanas, atraída por el anuncio de las fiestas, discurría vestida de gala desde la hora del alba por sus calles y plazas. Las nobles damas castellanas, resplandecientes de hermosura, como luminarias del cielo, ocupaban los antepechos de los balcones y ajimeces de las casas. Los mudéjares, con sus capellares de color amarillo verdoso y la luneta azul sobre el hombro derecho, los judíos, con sus tabardos de mangas bobas abiertas y en ellas la señal bermeja, y las moras y judías de los arrabales espléndidamente ataviadas con sus corpiños reca-

mados de pedrería, sus alcandoras y marlotas de toda estofa, corte y color, sus almegías y almalafas orladas de aljófares y sus albanegas y almaizares bordados á franjas en hilos de plata y oro, parecían sobre la vasta planicie de los alijares una como dilatada almáciga de alelíes y azucenas, margaritas y amapolas silvestres.

Bandas de músicos y ministriles, castellanos, mudéjares y judíos, con albogues, ajabebas y añafles, laudes y guitarras de la tierra y moriscas, trompetas rectas y de vuelta, adufes, atabales y tamborinos y otras muchas suertes de instrumentos de viento, de cuerda y de percusión, se extendían en ordenadas filas por uno y otro lado del arrecife, desde el cabo de los alijares hasta los fosos y rebellines del muro de la villa. Sirviendo de atajo y dique al creciente oleaje de la multitud, que pugnaba por invadir la vía, se encontraban gentes de armas á caballo. En la puerta principal de la villa se había situado, para hacer homenaje y reverencia á la princesa, el ínclito, ilustre y muy renombrado señor D. Enrique de Aragón con otros caballeros y

gentiles hombres de la casa del rey y los regidores de la villa, vestidos de ceremonia en ropas talaras de escarlata, enforradas en martas cibelinas. Delante de ellos, cuatro de los altos dignatarios de palacio tenían las varas de plata labrada del palio de camocán con flecos de seda carmesí y oro, destinado á cobijar el palanquín en que venía la princesa tártara y á preservarla de los rayos del sol. Á un lado de los susodichos dignatarios, veíase á la clerecía de la villa y en el opuesto, á la otra parte del arrecife, al mefti y los alfaquíes de la mezquita aljama con su Alcorán y con su Tora al rabí y los otros ministros de la sinagoga.

En deseos Abulhasan de tomar parte en el recibimiento de la princesa Zoraida, pidió licencia al rey D. Juan por conducto del Alguacil Abdallah Abenamar para salir al campo con su escuadrón de Abencerrajes, y, habiendo venido su Alteza gustoso en ello, tomó puesto junto á la aljama de los mudéjares.

Á eso del medio día, y cuando el desasosiego y la impaciencia comenzaban á notarse en el concurso, vióse venir á todo correr por la cal-

zada y en derecha de la villa á un doncel de la casa del rey, ginete en un brioso alcaillo, agitando en el aire un mocadero blanco que traía en la mano derecha, dando á entender que se acercaba la comitiva. Y con efecto, aún no había franqueado las puertas de Arévalo, cuando pareció la cabecera, compuesta de catorce pajes muy bien guarnidos con birretes, jubones y gregüescos, calzas y alcorques de paño de seda á dos colores, mitad azul y mitad oro, ginetes sobre caballos blancos. En pos venían cincuenta hombres de armas sobre briosos overos, paramentados á maravilla, las cabezas cubiertas con lucientes almetes y vistosos penachos, y largas lanzas de fresno en las manos. Detrás, y á poco trecho, marchaban á pie cien ballesteros de la guardia de maceros del rey con sus clavas de plata al hombro engastadas en pedrería. Después, y partidos en dos filas, caminaban doce atabaleros y trompeteros, haciendo gran estruendo con sus instrumentos. Á la zaga de éstos cabalgaban sobre rocines en correcta formación los reyes de armas, farautes y perseverantes del rey con sus birretes de ter-

ciopelo carmesí, guarnecidos de plumas, sus dalmáticas de ricomás, calzas y zapatos de grana. Luego á continuación, gobernados por esclavos negros, acomodados en el arranque del pescuezo, veíanse cuatro marfiles, sobre cuyas espaldas traía cada cual una como torrecilla entoldada y dentro de ella el presente que el emperador de Tartaria mandaba al rey D. Juan. Arreo de ellos, y arrastradas por bueyes, rodaban dos carretas, muy bien aderezadas, que llevaban en jaulas de fuertes barrotes de hierro un león y una leona de Hircania, y conducidas del diestro por sus domadores iban dos abadas, dos girafas y dos cebras. Á continuación del presente venían cantidad de seis trompetas con los pendones en ellas de las armas del Tamorlán, que eran tres *oes* en esta forma  $\circ\circ$ , labradas con rubíes, tamaños como huevos de tórtola, y tras de ellos un apuesto caballero, que le decían Nuredín, ginete en un caballo muy grande y muy hermoso, soberbiamente encubertado, con una cimitarra en la mano derecha, la punta para arriba, en muestra de que el reino en que se hallaban no estaba su-

jeto al imperio de Tartaria. Finalmente, precedida de dos mirasas, vestidos de sendas túnicas de setuní vellud vellutado escarlata con brosladuras de oro en los pechos, mangas y espalda y altos sombreros guarnecidos de aljófares y balajes bien gruesos, pareció la princesa tártara dentro de un suntuoso palanquín taraceado de marfil, sándalo y ébano, ceñida la cabeza de una suerte de tocado, á manera de antifaz de novia, de finísimo encaje, bordado de perlas y recamado de pedrería, que los tártaros llaman *bocthae*, el cual, por caer los rapacejos por la espalda hasta los carcajes del pie y ser un tanto diáfano por la parte delantera, permite adivinar la pureza y corrección, gracia y hermosura del rostro de quien lo trae. Cuatro esclavos negros, altos y fornidos, como jayanes, llevaban en hombros las varas de bambú del palanquín, marchando tras ellos á pie otros tantos azacanes de repuesto. Á una y otra banda del vehículo cabalgaban, sin otra excepción que el infante D. Enrique, los miembros deputados por el Consejo para ir al encuentro de la princesa y dos hermosos galanes, el Farfán Aceja y un

su amigo, de la casa del Condestable D. Álvaro de Luna, no menos garrido y bizarro que él, que le decían Alvar Yañez. En pos de la princesa, sobre sendas hacaneas, iban las tres damas que la servían, llamadas Dilcoltagana, Mundasaga y Cholpamalaga, que era la principal. Cerraban el cortejo el conde de Benavente con los caballeros sevillanos, un escuadrón de lanzas de hasta cien caballos, mitad con uzas escarlata y mitad gualdas, varios gentiles hombres tártaros, vestidos de setuní rojo con alfaremes en la cabeza, y los acemileros que conducían el bagaje de Zoraida.

Al divisar el numeroso concurso el palanquín de la princesa una inmensa albuélvola resonó en los espacios. Echáronse á vuelo las campanas, sonaron con estrépito las zambras, retumbaron los tiros de pólvora disparados de la alcazaba, con el fragor del trueno en las oquedades de los cerros y alcudias circunvecinas y los gritos y alaridos de júbilo de la multitud ensordecían el aire. Todo era alborozo en los alijares de la villa. Sólo al rey se lo comía la pena desde que supo por el Con-

destable que el Infante, su hijo, teniendo á menos el acuerdo del Consejo, había escurrido el bulto, yéndose con la gentecilla ruín, que traía de ordinario á su lado, á un bosque no distante del alcázar, lugar apacible y deleitoso por sus frescuras y muy abundante en caza.

Cuando pasó Zoraida frontera al sitio en que se hallaban los Abencerrajes, clavó en ella el príncipe Abulhasan su codiciosa mirada y vislumbrando al través del velo, que encubría su rostro y talle, la más hermosa mujer que en sus días se había echado á la cara, se sintió tocado de amor por ella. No otro sentimiento había despertado la excelsa dama en uno de los caballeros que cabalgaban á su lado. Era el Farfán Aceja, en cuyo pecho alzó su trono el demonio de los celos, cuando al derramar receloso la vista, como tomado de un vago presentimiento, por el apuesto escuadrón de Abencerrajes, tropezó con la de Abulhasan, fija en el rostro de la princesa. Desde aquel instante miró con tal odio el Farfán al hijo del sultán Sidi Saád, que sólo era comparable al que su ademán altivo y arrogante

había hecho nacer en el corazón del príncipe granadino. El cual, absorto en la contemplación de la princesa, no reparó en las personas que cabalgaban á su lado. «¡Oh, se dijo, volviendo en sí, luego que la perdió de vista, y qué pieza tan brava para mi haren!» Y como si el bufón Mesrúr, que se hallaba á su vera, hubiera calado su pensamiento, le dijo con mueca socarrona: «Chacho, gentil bocado para la geta de un rey. *Bocato di cardinale*, como dice Micer Tommaso Pancini; sí hombre ¡y qué flaco de memoria eres!, añadió al reparar que no sonaba aquel nombre en las orejas de su amo; el genovés arrastrado que te trajo ogañazo de Italia aquella moza metida en carnes, endiñándotela por pulcela, cuando había dado más esquilmos que una viña vieja. Pero, chacho, esta es harina de otro costal. ¡Bravísima hembra á lo que se parece! ¡Y cómo te regalarías con ella en tu Alcázar de los Leones á poderle echar el guante!» Rióse Abulhasan de la salida de Mesrúr, y, dando la voz de marcha, se colocó con su escuadrón á la trasera de la comitiva.

Al llegar Zoraida á las puertas de la villa, echaron pie á tierra D. Enrique de Aragón y sus caballeros, y después de hecho el acatamiento, al que siguió el de los regidores, clerecía y aljamas de moros y judíos, volvieron á cabalgar; pero cuando, cobijada la princesa bajo el palio, se disponía el cortejo á seguir la marcha, se pareció de improviso delante del palanquín una muy lucida cuadrilla de juglaresas moriscas, las cuales, tras muchas zalemas y asperges de agua de azahar y de rosa con las diminutas almarrajas que traían pendientes de la cintura, comenzaron á cantar y bailar muy pulida y regocijadamente las unas con las otras, acompañadas de la zambra, una danza de movimientos tan lánguidos y lascivos y de tales meneos de brazos y quiebros de cintura, que, á no ponerles coto el adusto confesor del rey, Fray Lope Barrientos, que hacía de cabeza de la clerecía, no queda uno entre todos los espectadores, incluso su Reverencia, que no se hubiera visto tocado del baile de San Vito.

Puesto fin por Fray Lope, por pecaminosa y maleante, á la desenvuelta danza morisca,

no sin la clamorosa protesta y rechifla de los circunstantes, y, lo que le llegó más á lo vivo, de la mal disimulada risa de D. Enrique de Aragón y sus caballeros, siguió su curso la procesión en derechura del alcázar por la calle principal de la villa, desde cuyas casas, colgadas de muy ricos paramentos, arrojaron al pueblo, que llenaba las aceras, multitud de palomas con cintas de seda, flores y versos, compuestos en loor de la princesa por los más renombrados vates de la corte, entre los cuales fueron muy celebrados los que repentizó el converso Alfonso de Baena, cuyo sentido era el que se sigue: «¿Quién es esta que de tan luengas tierras se parece entre nosotros, envuelto el rostro en transparente velo, como luna rebozada en blanca nubecilla? Tibia cual la del alba es la dulce luz que despiden sus ojos; mas si descorre el velo que la amortigua y encubre, es refulgente sol de rayos abrasadores. Como lirio entre zarzas ¡oh hija de reyes! eres tú entre las vírgenes, como rosa fragante entre flores inodoras! Rubia eres como espiga de estío y tu rosada mejilla como mixtura de leche y grana. Cintas de carmín

son tus labios y finísimos aljófares tus dientes. Como torre de marfil es tu cuello, tu pecho como alcudia cerrada de sabrosísimas pomas y esbelto tu talle como el de gentil palmera. Panal de miel es tu boca y al pasar por ella los tonós de tu voz, saturados van de suavidad y fragancia. Cierra por piedad los ojos cuando venga la noche, no sea que, engañados por sus lumbres, parezca que no ha fenecido el día y huya el sueño de nosotros. Con haber avasallado á sangre y fuego tu glorioso abuelo, el gran Timur, á numerosos pueblos y naciones, todavía es mayor la irresistible fuerza de tus encantos, pues con sola una mirada posees el don de esclavizar á las gentes. ¡Oh hermosa entre las hermosas! ¡Oh manojito de mirra! Bien venida seas á esta bendita tierra de hidalgos y caballeros que profesan rendido culto á la mujer. Y vosotras, ¡oh gentiles damas castellanas, en quienes jamás logró hacer mella la envidia!, festejad alegres á vuestra ilustre huéspedea, la sin par Zoraida, celebrad regocijadas en este dechado de belleza el gran poder de Dios y admirad agradecidas las maravillosas obras de sus manos».

## CAPÍTULO VIII.

De cómo el mirasa Jamelique dió cuenta de la embajada del emperador Xah Roj, de lo que le contestó el rey D. Juan y de lo que dijo la princesa Zoraida.

**C**UENTA el narrador que, al entrar Zoraida en el gran zaguán del alcázar, salieron á darle albricias por su feliz arribo el rey D. Juan y la reina D.<sup>a</sup> María y ella se llegó á ellos con gran acatamiento y dióles la paz. Hecho esto, tomóla el rey del brazo y, seguida de sus damas y mirasas y de los caballeros principales de la corte, entre los cuales se hallaban Abulhasan y el Farfán Aceja, llevóla á una sala muy ricamente toldada, en cuyo centro se le había aderezado una hermosa silla, puesta sobre tres gradas y cubierta de riquísimo brocado con un vistoso dosel á las espaldas de la misma preciada estofa. Ocupado que hubo Zoraida su asentamiento y acomodados el rey y la reina en sus tronos, se dió comienzo á la ceremonia por la

entrega que hizo el mirasa, que parecía hacer de cabecera en la embajada, anciano mal encarado, de luenga y poblada barba y cabello crespo y blanco, que le decían Thermaxerin y por apodo el Velludo, por tener el cuerpo cubierto de cerdas, de las cartas de creencia del gran emperador Xah Roj, al Condestable don Álvaro de Luna, de cuyas manos pasaron á las del rey.

Dada licencia á los mirasas para declarar su embajada, adelantóse el uno de ellos, que le decían Jamelique, hacia el estrado real y después de hincar de distancia en distancia y por tres veces arreo ambos hinojos en tierra, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada en señal de reverencia, poniéndose de pie, dijo al rey, con asombro de todos los circunstantes, en muy castizo castellano: «Muy alto y muy poderoso señor: Costumbre añeja es en los pueblos del extremo Oriente la de que al llegar á la edad nubil las hijas de los reyes, que han de heredar sus estados, recorran, acompañadas de hombres expertos y sabidores, las cortes extranjeras para elegir marido entre aquellos príncipes y ca-

balleros, que merezcan por su desnudo y valor y las otras prendas del alma la señalada honra de compartir con ellas el trono de sus padres. Esta muy acordada costumbre, que acaso en los ojos de tu Alteza parecerá peregrina, fruto es del saber de nuestros ilustres abuelos, á los cuales enseñó la experiencia, gran maestra de la vida, que en lo que toca á la elección de estado hay que dejar á la voluntad seguir sus inclinaciones y no hacerle fuerza ó torcerla, so pena de exponer á tremendos tumbos y descalabros y á perdurables duelos y quebrantos á los hijos de nuestras entrañas que, en el hecho de serlo, son objeto de todos nuestros extremos y complacencias. Tierras hay, haga Dios que por ventura no sea de entre ellas la tuya, en que los padres de familia, deslumbrados por el falso esplendor del oro ó el brillo aparente de las grandezas humanas, sin darse cuenta de lo que hacen, sacrifican á sus hijos en aras de su vanidad ó de su codicia, labrando míseros su ruina temporal y eterna. Porque ¿qué es un rico bobo sino una acémila cargada de plata? ¿Qué el vicioso encumbrado

sino un dorado tiesto repleto de basura? Y la mujer hermosa, pero fatua, ¿qué es, sino anillo de oro en la geta de un cochino, como dice el sabio Salomón en su admirable libro de los Proverbios? Hagan caudal los amantes del santo temor de Dios, que los demás bienes de este mundo se les darán por añadidura. Y con ellos dulzura y templanza, economía y acrecentamiento en la hacienda, seso en el pensamiento, medida en el lenguaje, prudencia en las obras, en los enojos disculpa, modestia en el atavío, moderada alegría en las bienandanzas, humildad y paciencia en los trabajos y finalmente, caridad en todo, suprema virtud que, por ser la clave de los mandamientos de la ley, es crisol purísimo en que se funden y amalgaman en uno todos los amores, desde el amor de Dios, que en sí los encierra y contiene á todos, hasta el amor del prójimo, una de cuyas más precias especies es el que sin pausas ni intermitencias debe profesar el esposo á la esposa y la esposa al esposo en tanto en cuanto les durare la vida. Pero para lograr esta felicidad suma, es forzosa condición en los amantes

la igualdad de naturaleza, que lleva, tira y arrastra dulcemente la una hacia la otra ambas á dos voluntades. Por contra, la diversidad de natural y condición engendra alejamiento y discordia, que divorcian y disgregan con odio y aborrecimiento eternos los corazones de los amantes. Por esto, nuestros mayores, adoctrinados en la experiencia, consagraron, inscribiéndolo en sus leyes, el libre albedrío de los que se aman, á cuyas inclinaciones no pusieron otro freno que el de la prudencia, la cual, por ser recta razón de los actos humanos, modera los ímpetus irreflexivos de la juventud, desvanece sus fantasías y quiebra las alas de su locura. Teniendo esto presente, acordaron los sabios antiguos que acompañasen á las princesas, en casos semejantes á este, aquellos de entre los hombres doctos de su tierra que por su sabiduría y virtud pudiesen desempeñar cumplidamente el oficio de consejeros y maestros. He aquí, ¡oh rey venturoso y magnánimo!, el fin que trae á estos tus estados, como rezan esas cartas de creencia del emperador Xah Roj, mi augusto amo, á su excelsa hija y heredera la

sin par Zoraida, llamada por otro nombre Yanguasaga, que en nuestra habla vulgar tártara vale reina del corazón, la cual por consejo de la sultana Hausada, su madre, admiradora que fué de las prendas y virtudes de Alonso Pérez de Santamaría, de Ruy González de Clavijo y de los otros legados que mandó en embajada tu glorioso padre y señor D. Enrique III, de feliz memoria, al gran Timur Lenk, dejando todos los reinos del Asia y del África, ha venido á estos extremos del mundo, prefiriendo la noble tierra española á las otras de los francos, por ser entre todas ellas la más renombrada y famosa como cantera de héroes, plantel de caballeros, almáciga de hidalgos y fecundísimo venero de finos y amarretados amantes. Haga el cielo piadoso que nuestra graciosa dueña y señora, la incomparable Zoraida, encuentre entre los príncipes y gentiles hombres de tu corte, ó presentes ahora en ella, al afortunado mortal que merezca ceñir á sus sienes la inmarcesible corona de los tres imperios».

Imposible es describir el efecto producido por el discurso del mirasa Jamelique. En

todos los rostros se veía pintado el asombro. Miró la reina al rey, el rey al Condestable y éste á don Enrique de Aragón y al marqués de Santillana, maravillados de lo que acababan de oír.

—¡Donosa costumbre! compañero, dijo el obispo de Ávila al de Burgos, que estaba á la derecha del estrado real con Fray Lope Barrientos y el conde de Benavente. Venir una doncella de estos perendengues de ceca en meca y de zoca en colodra por esos mundos de Dios en demanda de marido! ¿Ha llegado á noticia de vuestra Reverencia cosa más peregrina? Paréceme aventura ésta más propia de figurar en uno de esos desatinados libros de caballería franceses que se nos han entrado de rondón por las puertas y que por mala ventura han engendrado ya un hijo!

—Pues mayor extrañeza debería causar en vuestra Reverencia, respondió el prelado de Burgos, el meollo de ese discurso, que más que de truchiman tiene sus puntas y ribetes de teólogo moralista. Á la mía fe que no se han cocido esas habas en marmitas de Tartaria ni adobado esos conceptos en testas de

Mahoma. Y no digo nada del habla castizamente castellana con que los ha declarado!

—Aquí hay intringulis, dijo con gravedad al obispo de Ávila Fray Lope Barrientos, terciando en la conversación.

—No mas, dijo el conde de Benavente, sino que el que lo ha dicho es tan tártaro de Tartaria como su mismísima Reverencia.

—Pues ¿qué es ello? replicó con rostro curioso el confesor del rey. ¿Ha pescado algo de sustancia vuestra Señoría?

—Y aun algos, repuso el de Benavente. El que veis ahí con ese disfraz y ese cucurucho blanco por sombrero es ni más ni menos que un cierto pajecico que se dejó Ruy González de Clavijo moribundo en Samarcanda, cuando su regreso á España y, á lo que él mismo me ha declarado, parece ser hijo de un alfageme de Medina del Campo.

—Ta, ta, ta, dijo Fray Lope Barrientos con visible alegría, le recuerdo muy bien; como que fué acólito algún tiempo en mi propia parroquia, y, si la memoria no marra, creo que se llama Juan Díaz.

Empero el discurso de Jamelique no se

limitó á producir estos ó semejantes coloquios. De más alcance fué el efecto causado en los galanes. ¡Oh y qué de ambiciones despertó en aquella hora! ¡Á cuántas hizo salir de madre! ¡Qué de imaginaciones y fantasías se forjaron en las cabezas de aquellos noveles caballeros! ¡Cuántos sueños soñaron despiertos! Mas ninguno debió ser comparable, á juzgar por su recogimiento, al que en aquel instante embargaba los sentidos y potencias del Farfán Aceja, en el cual tenía clavados sus grandes ojos garzos el príncipe Abulhasan.

—¡Bah! pensó el hijo del rey Saád. ¡Apostaría que este caballero se cree ya por lo menos emperador de Tartaria!

Pero la estupefacción llegó á su colmo al hacer ademán el rey de responder al discurso de Jamelique, en que alzando Zoraida el velo de su rostro, mostró en él y en su gentil garbo y talante tan subida y alta belleza, que no pareció á cuantos embelesados la miraban sino trasunto fidelísimo de la que debió de tener Eva, cuando el prototipo infinito y eterno de toda perfección la crió á su imagen y se-

mejanza, aderezándola con todos los primores y encantos de la hermosura y todos los hechizos y atractivos de la gracia. Y cierto, la naturaleza humana en la princesa tártara daba clarísimas muestras de su alcuña divina. Toda la hermosura del mundo era en ella junta; así resplandecía entre las damas como la luz contra la sombras. ¿Era aquella mujer un ángel bajado del cielo ó una criatura mortal? Extasiado y atónito el numeroso concurso, reinó por un momento en el salón profundísimo silencio. Palidieron las damas, flaquearon las piernas de los gentiles hombres y caballeros, reverdecieron los corazones de los viejos, y todos, mancebos y ancianos, hombres y mujeres, abriendo cuán grandes eran sus ojos, no se hartaban de mirar y remirar la belleza de aquellas formas virginales, la corrección y pureza de sus líneas, su morbidez y elegancia y aquellos sus dulcísimos ojos de paloma por los cuales se derramaba la gracia.

*Gratior et pulchro veniens in corpore virtus,* exclamó el santo obispo de Burgos, echando de ver cómo la humildad revestía con sus

resplandecientes lumbres y las suavísimas tintas del pudor el hermoso rostro de la princesa tártara. Gloria, honor é inmarcesible corona de grandeza será esta ilustre dama, dijo á Fray Lope Barrientos el prelado de Avila, á juzgar por lo que se parece, del venturoso mortal que fuere digno de merecerla. Cierto, y don y joya preciadísima y bendición de Dios, añadió el confesor del rey, que no quitaba embelesado de ella los ojos.

Con todo esto, aquella alma candorosa, que prestaba su forma seductora y sus delicados colores y matices al gentil cuerpo de la princesa, no era para ser vista por los ojos carnales de Abulhasan ni por los codiciosos de encumbramiento y grandeza del Farfán Aceja. ¡Ah! ¡Con ser ambos á dos los galanes de más porte y brío de todos los presentes, ninguno de ellos era digno de descalzar los chapines de Zoraida!

¡Qué dicha para nosotros, dijo por lo bajo la reina al rey, si esta angelical criatura pusiera los ojos en nuestro hijo! Asintió D. Juan á éstas palabras de doña María, y acordándose tenía que contestar al mirasa Jamelique,

dirigiendo el habla á Zoraida, con voz visiblemente conmovida, dijo: «Bien venida seais ¡oh princesa incomparable! á esta hidalga tierra de España, en la cual hallareis la hospitalidad que se merecen vuestro alto rango y estado. Y pues, haciéndonos merced, á vos os plugo con beneplácito de vuestro honrado padre, el gran emperador de Tartaria, mi apazgado y amigo, y con el de la excelsa emperatriz Hausada, vuestra madre, de venir á estos nuestros reinos y señoríos prefiriéndolos á los otros de los francos, podeis á vuestro grado ordenar y mandar en ellos, como si fueren vuestros, y disponer de nosotros y de nuestros haberes á vuestro antojo y albedrío. Por lo que toca al arduo negocio que aquí os trae, quiera el cielo que halleis entre los príncipes, caballeros ilustres y gentiles hombres de mi tierra, quien merezca por su valor y virtudes la suprema honra de poseer á la más noble, más bizarra y más cumplida hermosura del mundo.»

Á esta graciosa respuesta del rey, encendido el rostro en modestia, contestó Zoraida con voz suave y dulcísima en chapurrada

lengua castellana, que prestó más encanto á su discurso: «En mucho tengo ¡oh poderoso rey y señor! y en mucho habrán de tenerlo mis muy amados padres, el recibimiento y agasajo que me haceis, y la honra que os servís otorgarme. Ya sabía yo por los relatos de mi piadosa madre y los de mi sabio ayo y maestro el mirasa Jamelique, que en este rincón del mundo, patria de tantos santos, héroes y caballeros, como ilustran las historias, habrían de hallar término venturoso mis cuitas y satisfacción cumplida mis anhelos. Permita el cielo que estas esperanzas mías no se vean defraudadas! Sierva de Dios soy, mi causa está en sus manos. Que las claras lumbreras de su divino rostro iluminen mi entendimiento é inflamen mi voluntad, para que pueda yo cumplir la suya adorable y santísima».

Al oír estas palabras el obispo de Burgos, transfigurado el rostro y levantados los ojos en alto, exclamó en tono inspirado y profético, que oyeron muchos de los circunstantes: «¡Oh alma naturalmente cristiana y cuán cerca te hallas del redil de Cristo!»

## CAPÍTULO IX.

De la plática que tuvieron los reyes con la princesa y de la sabrosísima de Fr. Lope Barrientos con los prelados de Avila y Burgos y el Condestable D. Álvaro de Luna.

**C**ERMINADA la ceremonia, pasaron los reyes con Zoraida á una cuadra contigua, seguidos de los Reverendos Obispos de Burgos y Ávila, de Fr. Lope Barrientos, del Condestable D. Álvaro de Luna, de D. Enrique de Aragón y del mirasa Thermaxerin, al cual, aunque nada ducho en la lengua castellana, que tan bien platicaba su colega, algo se le alcanzaba de la italiana, muy en uso á la sazón en el Asia, por ser los de aquella tierra gente de suyo andorrera y trashumante, más fina que el coral y capaz de ensartarse sin ajena ayuda por el ojo de una aguja. Con este adminículo, y su mirada escudriñadora y penetrante, no echó Thermaxerin en saco roto el efecto producido en la

asamblea por la oración de su colega Jamelique y la hermosura de Zoraida, cuyo aspecto había levantado de cascos á los noveles caballeros y muy señaladamente á los más bizarros y apuestos de entre ellos, el príncipe Abulhasán y el Farfán Aceja.

La idea de que la princesa pudiera haber puesto los ojos en ellos, sacábale de quicio y le quebraba las hieles; porque es de saber, que este condenado viejo se hallaba tan loco de amor por ella, que no había perdonado hasta aquella fecha cuantas trazas y expedientes diabólicos le habían sugerido su pericia en la magia y en el arte de los filtros y encantamientos para ganarse su corazón. Tenaz en éste propósito, y con la esperanza de encontrar favorable ocasión de reducirla ó de alzarse de grado ó por fuerza con ella, logró que el emperador Xah Roj le nombrara, como su alguacil mayor que era, cabecera de la embajada y, lo que es más, que eligiese entre las otras damas de la corte, que habían de acompañar á su excelsa hija, á Cholpamalaga que, aunque aniñada de rostro y en la apariencia candorosa, era una muy artera y pér-

fida vieja alcoholada, adoctrinada por él en la teoría y práctica de sus embolismos satánicos y cómplice suyo en muchas fechorías y desaguisados. Pues á esta mala hembra la traía consigo Thermaxerin de atalaya para espiar á la princesa tártara.

Sentados en sendos sitios estuvieron los reyes pieza de una hora con Zoraida, haciéndole toda suerte de preguntas sobre sus padres, los usos y costumbres de su tierra y los accidentes de su largo viaje, á todas las cuales contestó brevemente con mucha discreción y gracia, y como observara que la reina D.<sup>a</sup> María no alzaba los ojos de ella, examinando menudamente los atavíos y preseas de que venía adornada, le significó sonriendo que le placería más vestir á la castellana, indicación á que satisfizo muy cumplidamente la reina, pues cuando, terminada aquella noche la sala, llegó la hora de retraerse á sus cámaras, mostróle Cholpamalaga ocho grandes azafates con cantidad de vestidos muy lindos y lujosos, que días antes habían traído á su Alteza de Italia, amén de un muy rico collar de zomordas, crisólitos, rubíes y tur-

quesas, engarzadas en oro, sendos trajes castellanos, añazmes y almanicas para sus damas, dos corochas y dos carmañolas de gran lujo para los mirasas Thermaxerin y Jamelique, con otras joyas, guarniciones y piezas de paños de seda para los otros caballeros tártaros.

En tanto que Zoraida departía con los reyes, sostenían animada conversación en un ángulo de la estancia sobre el suceso del día los Reverendos Prelados y el Condestable D. Álvaro de Luna. Enfrascados en tirado coloquio y retraídos en el opuesto se hallaban D. Enrique de Aragón y el mirasa Thermaxerin, los cuales, con haberse apenas visto, parecían en aquel punto amigos de toda la vida. Y aunque hablaban en voz baja, como lo pedía la presencia de los reyes, todavía, por alguna que otra palabra que se dejaba oír, podía caerse en la cuenta que lo hacían en italiano, y al parecer sobre materia astrológica. Echólo de ver el primero Fray Lope Barrientos, grandísimo enemigo del Sr. de Iniesta, y volviéndose á los prelados y al Condestable, exclamó con aire y ademán sentenciosos: *omne*

*animal diligit simile sibi*, cada obeja con su pareja, Dios los cría y ellos se juntan.

—Y con qué retintín lo dice su Reverencia! dijo riéndose el Condestable. Paréceme, añadió, que la mala voluntad que le tiene al bueno de D. Enrique es madre de ese juicio temerario.

—¡Temerario! ni aun en los ojos de vuestra señoría, respondió Fray Lope Barrientos. Á perro viejo no cuz, cuz. Á esta gente non sancta la conozco yo al dedillo. Acaéceme con ellos, lo que al can con el gato ó viceversa, que aunque jamás en su arrastrada vida se hayan visto, en punto de tropezarse, se reconocen mutuamente como enemigos mortales. Esto que los filósofos llaman virtud estimativa, no es peculiar y privativo de los brutos animales, sino del hombre también, que no por ser racional, deja de ser animal.

—Vaya por el amor de Dios, dijo el venerable prelado de Avila, y cómo se le ha atravesado á su Reverencia, que de ordinario tan blandas entrañas tiene, ese tratado de don Enrique sobre *El libro de Rasiel ó libro del aojamiento*.

—Y otros de la propia laya, replicó el confesor del rey, que, demás de combatirlos en mis *Tractado de la adivinanza, Libro de los ensueños y Tractado de casso é fortuna*, pienso, con el favor de Dios y del rey y la ayuda del Sr. Condestable, hacer de ellos pasto de las llamas, y aun aventar sus pavesas para que no quede rastro de escritos tan perniciosos en esta república de católicos, apostólicos, romanos. ¿Quién ignora, añadió, que ese hombre funesto cultiva la alquimia, que es consumado maestro en el arte de los encantos, que un día, que, si mal no recuerdo, fué martes, tornó en bermejo el disco del sol con la piedra heliotropia, que adivina lo futuro con la cheilonites, que se hace invisible con la andromena y que produce el trueno y la lluvia con el baxillo de arambre, amén de otras muchas y abominables diabluras? ¿No es público que mantiene á diario secreta correspondencia con los astrólogos y nigromantes, encantadores y magos, rabinos y alfaquíes, irreconciliables enemigos de nuestra santa fe? Pero ¡qué más! ¿No recuerdan, acaso, Vuestras Reverencias el viaje de Valladolid á Zamora del relator Fer-

nando Diaz de Toledo, que recorrió en un verbo por los aires las diez y seis leguas mortales que distan una ciudad de otra por obra y arte del susodicho señor?

—Consejas son esas forjadas en las cabezas fantásticas del vulgo ó por las viejas al calor de la lumbre para dormir á los niños, dijo el Reverendo obispo de Burgos. Cercene de ellas su Reverencia las cuatro quintas partes, y me quedo corto, y estará en lo justo.

—¡Para cercenes estamos! replicó Fr. Lope Barrientos. ¡Medrados de nosotros! añadió con santa indignación. Y luego... detente lengua, que si te doy suelta, no me daría trazas de recogerte en días del mundo!

—¿Pero no valdrán nada á los ojos de vuestra Reverencia los muchos y señalados servicios que ha prestado D. Enrique á las letras con sus otras ópimas obras? dijo el obispo de Burgos, llevando el diálogo á terreno menos espinoso.

—*Bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*, y punto redondo, respondió Fray Lope. Presérvese á las almas, añadió, de esas pestilencias, que es lo que importa. Letrados

hay muchos en los infiernos y no les ha valido una higa lo que han escrito. Obras en prosa ó verso que vayan contra las leyes del orden moral ó los sacratísimos dogmas de nuestra santa fe deben ser sin más apelación quemadas, aunque abogara por ellas el mismo Apolo. Es remedio probado contra ese sutil y mortífero veneno del alma, que los hombres de estado, como el Sr. Condestable, deben aplicar cada y cuando fuere necesario para que los súbditos de nuestro católico rey no se pudran y perezcan de la peor de las muertes, es á saber, de la muerte del alma, que es muerte, como no sea por un milagro de la gracia, de difícil resurrección.

—Con todo eso, dijo el Condestable, y aun presuponiendo que su caridad no tenga inquina al marqués por sí mismo, sino por sus obras, por aquello de *parcere personis dicere de vitiis*, que recomendaba nuestro Marcial en uno de sus epigramas, todavía no se me alcanza el parentesco encontrado por su Reverencia entre el marqués y ese príncipe tártaro, recién llegado á nuestra tierra, para envolver á ambos en el mismo anatema.

— ¡Pues ahí verá el Sr. Condestable! respondió Fray Lope. ¿Ha olvidado, por ventura, su señoría aquel común brocardillo, verdadero, como los otros que engalanan, esmaltan y hacen grandemente lacónica, sentenciosa y expresiva nuestra hermosa habla castellana, de dime con quién andas y te diré quién eres? Repare vuestra señoría cómo ese zorrocloco del tártaro, haciéndose el sueco, nos mira y nos remira á hurtadillas y de reajo, sospechando que nos ocupamos en él. En fin, al tiempo. ¡Ojalá me equivoque y sean simples antojos estas aprensiones mías! Pero, si la cara es el espejo del alma, el cielo haga que ese taimado viejo, que tiene herrado en la suya el marchámo de la astucia y la marrullería, no nos juegue á la postre, que es cuando dejan los de su ralea esta suerte de memorias, alguna que sea sonada, porque, á lo que dicen su gesto y trazas, capaz sería de jugársela al mismísimo demonio.

Encendido en santo celo contra las supersticiones y hechicerías, no se sabe hasta donde hubiera llevado el discurso el confesor del rey de no habérselo atajado la presencia del mayor-

domo mayor de palacio que venía á participar á SS. AA. que en la cuadra contigua se hallaba ya colocado en aparadores el presente del emperador Xah Roj.

---

## CAPÍTULO X.

Del rico presente que mandó al rey D. Juan el emperador de Tartaria.

**C**ON este aviso, después de despedirse de Zoraida que, acompañada del Condestable D. Álvaro de Luna y del mirasa Thermaxerin, se retiró á su aposento, pasaron sus Altezas con los Prelados á ver el presente. Componíase de muchas piezas de camocan, de zarzahan, de setuní, de tabí y de otros paños de muy diversas suertes, de paramentos de finísima seda de color rosado, guarnecidos de chapas de plata, de ellos no pocos engastados de esmeraldas, aljofares y otras piedras finas con borlas de oro en los cabos; de ataifores de sándalo con hileras de rubíes y turquesas en los cantos, de tazas de oro macizo, adornadas por la parte de adentro de jacintos, crisólitos y záfiro, gruesos, redondos y claros con un gran balaj de muy buena

luz en el fondo; de plateles del mismo preciado metal, cincelados ó repujados, y una docena de bacines de plata tirada á martillo. Las arracadas, zarcillos, ajorcas y carcajes eran cosa peregrina de ver, lo propio que las preciadísimas vasillas de porcelana de la China. Luego á seguida descendieron los reyes á un gran corral del alcázar, que daba á los jardines, en el cual se hallaban los alfiles, leones y las otras bestias, que completaban el presente. En estando allí tuvo noticia el rey, de como el Infante acababa de regresar del campo por una puerta excusada del alcázar. El rey, que esto oyó, frunció las cejas con mal encubierto despecho y, habiendo hablado al oído á la reina, se fué derechamente en busca de su hijo, á quien encontró en su cámara dando de comer aliaba á un soberbio tagarote que le habían traído días antes de la isla Alhabiba.

---

## CAPÍTULO XI.

Del coloquio que pasó entre el rey D. Juan y su hijo el infante D. Enrique.

**G**ENTILMENTE te has portado! dijo el rey al Infante en tono de amarga reconvencción. Y luego dirás que en nada me tienen mis grandes, cuando eres tú el primero en faltarme á la obediencia. ¿Olvidaste, por ventura, que te había designado mi Consejo por cabeza de la comitiva que había de ir al encuentro de la gran princesa de Tartaria? ¡Vamos, está visto que quieres matarme á enojos! La corte está escandalizada; no hay quien deje de motejarte. Pregunta al Condestable, pregúntale lo que, sin morderse la lengua, murmura todo el mundo de tí.

—¡Que pregunte al Condestable! respondió el Infante con calma glacial, atracando de gorga á su halcón. ¡Siempre con el Condestable! Mejor haría ese buen hombre, que le tiene á

V. A. sorbido el seso, en seguir haciendo su guilla de honores y mercedes, que en meterse en lo que no le importa y buscar los tres pies al gato.

—Al gato maimón, querrás decir, replicó el rey, negro el semblante de ira, al garduño de su propia honra, que no gusta sino de la soledad de las selvas y de las asperezas de los bosques; al que me empobrece y arruina despilfarrando mi hacienda en labrar en el riñón de sus escabrosidades y malezas, pobladas de toda suerte de salvajina, alcázares tras alcázares para encerrarse en ellos con las táifas de desalmados y facinerosos que le hacen compañía, cuando no los tiene apostados en las encrucijadas y veredas para impedir que alma viviente, sino es ellos, tenga acceso á su persona! ¿Y eres tú, rapaz, el que, sin guardar respetos ni miramientos al padre que te enjendró y á tu rey y señor natural, tienes la frescura, por no decir la arrogancia, de echarme en cara la merecida privanza en que tengo al hombre de más prendas y virtudes de cuantos mantiene nuestra tierra, al por todos lados ínclito é insigne repúblico D. Álvaro de

Luna? Acaso sus émulos y enemigos te han calentado los cascos, aposentándote en ellos las calumnias que á diario forjan en su contra, divulgando entre las gentes que cuantos males y daños, disipaciones y trabajos padecen estos reinos por culpa de los tiempos son obra de su tiránica y dura gobernación con gran deservicio de Dios y cargo de mi conciencia ¡Por vida de... que esto pasa ya los límites de mi prudencia!

—Yo no echo nada en rostro á V. A. ¡el Señor me asista! respondió con gesto el Infante, volviéndose á su padre y dejando de administrar al halcón la gorga. Al fin y á la postre lo que hoy hace D. Álvaro, lo haría cualquier otro de vuestros nobles en su caso. No quiero mal al Condestable, sábelo Dios, que me ha de juzgar, sino á sus obras. Hoy es el amo de las cargas y el ojo derecho de V. A.; mañana lo será otro, quizá con menos merecimientos. El privado de hoy se defiende á coces de los que tratan de birlarle el puesto y lo propio hará el de mañana con sus adherentes y apañados. El *quid* está en ver quien se alza con el santo y la limosna y mangas

son pascuas. Así son todos los repúblicos. *Ab uno disce omnes*. No dirá V. A. que encaja aquí mal esta sentencia latina.

—Otras quisiera yo, dijo el rey cada vez más alterado, aplicables á tu vida y costumbres y al respeto que se merecen los padres, que no se te hubieran caído de la memoria.

—Así reverenciaran y acataran á V. A., replicó el Infante, como yo le reverencio y acato, esas cáfilas de merodeadores que á toda hora le importunan y asedian, constriñen y explotan á la sombra del Condestable. ¿Y cómo quiere V. A. que, haciendo la vista gorda, mire con ojos modorros su desapoderada codicia? Á ser yo V. A. no tendría ya aguantantes para sufrir á esa taifa de bellacos que trae desasosegado y empobrecido el reino. Pero, perdóneme V. A.; andando las cosas como vienen de atrás, no veo la hora de sacudir la albarda. Con ser de acero acabó trágicamente el rey D. Pedro, víctima de aquella nobleza levantisca, á quien trató en vano de meter en cintura. Cierto que estos son otros tiempos; pero los chornos de aquellos mastines llevan al cuello las mismas carlanças. Echáme en

cara V. A. mi soledad y apartamiento del mundo. Es que quiero pasar la vida sin cuidados, el sueño sin pesadilla, el yantar sin recelo, traer vestimenta sin zozobra de que la inficionen con yerbas, entrar y salir sin sobresalto cada y cuando me venga en gana, en suma, sin que me asalte el temor de ser blanco de las asechanzas y ojeriza de aquellos que, en su afán de mandar, quieren á toda costa la menor cantidad de rey posible. Pues todo esto, y mucho más que me callo por no estirar el discurso, lo tengo yo logrado con retraerme en lugares escondidos ó vagando á mis anchas por sendas solitarias. ¡Oh, y cómo lo entendía el bueno de Horacio! ¿No se le acuerda á V. A. aquella su famosísima oda que comienza *Beatus ille qui procul negotiis?* Pues la aprendí de mi ayo Fr. Lope, y, como venía de molde á mi natural, puedo recitársela de coro á V. A. ¡Ah, soledad, soledad y cuán ignorados son tus encantos!

—Cierto, replicó el rey con sarcasmo, y sobre todo con la honrada compañía que traes.

—Con lobos de otra camada, querrá decir V. A., dijo el Infante. Pues, lobos por lobos,

prefiero los rústicos y montaraces, á quienes contento con unos cuantos arrelles de carne, un azumbre de lo caro y media docena de blancas, á los cortesanos y palaciegos que con piel de oveja se introducen en el aprisco y no dejan res con vida. Siempre se dijo que del buen pastor es trasquilar el ganado, mas no estragarlo y destruirlo. Pero eso era en tiempos en que la grey tenía rabadanes. En resolución: tenga caridad V. A. de este hijo pródigo que, sin haber guardado marranos, preferiría el hacerlo á tener montados en las narices á toda hora á esos egregios repúblicos que, como las sucias moscas, solo clavan el aguijón en los bueyes magros y flacos. Veinte y más coronas, que no la averiada nuestra, renunciaría yo de grado á habérmelas con tal tabarrera.

Estas palabras del Infante dejaron al rey consternado.

—¿Serías capaz, dijo D. Juan, de renunciar mi corona?

—Tiene en estos míseros tiempos tantas quiebras el oficio y hacen los reyes, que se gastan al día, papel tan desairado, que no se

yo quien la apetezca. En otros siglos ¡vaya! la gente no había perdido el sentimiento del deber y, acordándose de aquello de *per me reges regnant*, miraba á los reyes como representantes de Dios en la tierra. Pero ahora *¡quantum mutatus ab illo!* Á dicha buena V. A. está día y noche barajado con su musa y de cuanto pasa en el reino no sabe más de lo que quiere decirle el Condestable. Por de contado que, sin tenerla yo, me acaece dos meajas de lo mismo. Envidia me dan esos monarcas de Oriente que todo lo ven por sus propios ojos y, cuando llega el caso, se toman la justicia por su mano.

Un rayo de luz iluminó la faz conturbada del rey al oír las últimas palabras del Infante.

—Enrique, le dijo con tono blando y suave, siéntate á mi lado y escúchame atento: bien sabes, hijo mío, lo mucho que te amo y mi anhelo por engrandecerte y honrarte. El cielo haga que esos tus bríos de mozo no se te emboten el no lejano día en que tengas que bregar con tus cortesanos. Mas, por malos que se fueren, no eches jamás en olvido aquella cuerda sentencia del sabio Salomón: *Mi-*

*sericordia et veritas custodiunt regem et roboratur clementia thronus ejus.*

No es toda la culpa tuya del desenfado con que me hablas, sin curarte de poner freno en tu lengua ni reparar lo que dices ni á quien lo dices. Buena parte me toca á mí por no haber reprendido en sazón tus antojos y libertades. Achaque ordinario es este de muchos padres, los cuales, llevados de ordinario de un mal entendido afecto, labran con sus blanduras la infelicidad de sus hijos, cuando, con no disimularles desde niños las faltas más mínimas, afianzarían su bienestar futuro. Pero como nunca es tarde si la dicha es buena, colmada sería la mía si, reducido al cabo por mis consejos, renunciáras de ahora para siempre á la compañía de los malos, los cuales son como el carbón que apagado tizna la mano y encendido la abrasa. Cierra ¡oh hijo mío! tus oídos á sus lisonjas, que esos tales son como los mosquitos que cantan á sus víctimas antes que el agujón les claven. Dices que envidias á los sultanes de Oriente en razón de su albedrío. Pues en tu mano está, si quieres, ser el rey de Ultramar más poderoso del mundo.

—¿Como es eso? replicó con extrañeza el Infante.

—Pues nada, dijo el rey; casándote con la sin par Zoraida, heredera de Xah Roj, emperador de Tartaria, hijo del gran Tamorlan. No trae su viaje á estos nuestros estados y señoríos otro objeto, por más que te sorprenda, que el de elegir marido, como lo acaba de declarar el truchiman de su embajada.

—Pues si es ese su propósito, á la mía fe, padre, que no va conmigo. No me llama Dios por ahí. Bien lo sabe Vuestra Alteza. Y si no, ahí está la princesa D.<sup>a</sup> Blanca. Posible es que con los años mude de parecer y me dé por el amor conyugal. Por lo que ahora hace aun no han echado de menos mis espaldas la costilla de Adan, de que formó Dios á nuestra madre Eva. A mi ver, y al del algebrista con quien consulté el caso, las tengo todas completas. Acaso sea yo una excepción de la regla y fuere ello parte para esta repugnancia mía al sacramento del matrimonio, porque yo veo á muchos que se pasan la vida acomodándose costilla tras costilla sin que ninguna tenga el talle de la que les falta, quiero decir,

casándose una, dos, tres y siete veces y aun setenta veces siete veces cargarían con la gamella á tener fuerza y resuello y consentirlo el breve plazo de la vida. Padre, por el amor de Dios, no me hable V. A. de casorio, que me tiemblan las carnes, ni que fuera con la mismísima doña Venus, antes querría que me empalasen ó que malos mengues cargaran conmigo.

Quedó el rey con esto tan descuajado que, sin despegar los labios, tomó mohino la puerta de la cámara renegando de su hijo, de sí mismo y aun hubiera renegado en su enojo de la madre que le parió á no amarla de todas veras.



## CAPÍTULO XII.

Dónde se declaran los quilates del amor que sentían por la princesa tártara el hijo del rey Saád y el Farfán Aceja.

 H misterios del corazón humano! ¡Oh arcanos de la naturaleza, dice al llegar aquí el narrador de esta historia, que lo que el uno rehusa el otro lo apetece y lo que á éste desplace á aquél le deleita y enamora! Mientras el Infante se muestra esquivo á la propuesta de su padre, suspiran por Zoraida el príncipe Abulhasán y el Farfán Aceja. Prendados uno y otro de aquella excelsa dama, solo en un punto coincidía su pasión, en el rigor y vehemencia con que tiranizaba sus corazones. Abrasadas sus entrañas en el fuego impuro del amor, no veía en ella el príncipe de Granada más de lo que caía por de fuera, el ajuste y proporción, la esbeltez y elegancia, la morbidez y tersura de aquella admirable fábrica y de aquel hermoso color

que iluminaba su rostro. Criado el infeliz desde niño en el cenagoso charco del harén, liza perenne de aborrecimientos y de odios, de trampas y de celadas, de rivalidades y querellas, de celos desesperados y rabiosos, de dolores y de lágrimas sin cuento, no era para él la mujer sino prenda vil de sus apetitos sensuales, blanco de sus desabrimientos y desdenes y mísero despojo de su inconstancia y veleidades. ¡Qué mucho, pues, que ni tuviera olfato para oler la deleitable fragancia del pudor, ni gusto para gustar su apacible dulcedumbre, ni ojos para ver aquellos delicados y suavísimos matices con que esmalta las mejillas de las vírgenes en quien tiene su morada! La hermosura, que se lleva tras sí los ojos carnales y enciende el corazón en lujuria, es flor de un día, que aun no reluce, cuando fenecer; es ráfaga luminosa en noche sin luna que á medida que recorre el breve espacio del cielo se la van tragando las hambrientas sombras: clavel es sin aroma, alcancía sin óbolo, diamante sin brillo y, en resolución, fuego fatuo que, apenas se divisa y persigue, tira de él la fosa, que le ha dado vida, para ence-

rrarlo de nuevo en su oscuro sepulcro. Otra pasión, no menos avasalladora y tiránica que su apetito sensual, á pesar de aquellas su afabilidad y cortesanía aparentes, que lo hacían á todos amable, era su orgullo satánico. Engreído por las adulaciones y lisonjas cortesananas, ahogábale la soberbia. Como que en estando él en una asamblea de príncipes, todos le parecían escuderos. ¡Bien se sabía el rey Saád, al encarecer la humildad á su hijo, lo menesteroso que andaba de ella! Con esta disposición de ánimo, no hay que decir si abrigaría Abulhasan la duda de triunfar de sus competidores en el corazón de Zoraida.

Su única preocupación era cómo, siendo aquella dama de su ley, había venido á Castilla á elegir marido, cuando en su propia tierra y en las otras del Islám tenía donde escogerlo á su grado. Lo de menos era para él el trono que traía por dote. Aunque menguado el de su padre, y en poder de Mohammad el Ahnaf, preferíalo todavía al de Samarcanda, mayormente cuando, conocida, como lo era, la desmedrada situación del de Castilla, hondamente perturbado por la desatada ambición

de la nobleza, le lisonjeaba la esperanza de engrandecer á su costa un día el de Granada hasta el confín por lo menos del antiguo califato de Córdoba.

De no más finos quilates era el amor que el Farfán Aceja sentía por la dulce Zoraida. Lo que él codiciaba en ella no era solo su belleza, que esta tiene la singular virtud de cautivar á todos, sino la diadema imperial que un día había de coronar su frente. Era la ambición desbordada y sin límites su pasión dominante. Roído su corazón desde niño por esta cruel carcoma, apenas ciñó espada, acarició el loco ensueño de conquistar con la sola fuerza de su brazo el gran imperio de Marruecos. Traíale tan trastornado este pensamiento que más de una vez, atropellando por el respeto que se merecen las canas, apostrofó con frase enconada y dura á sus ancianos é ilustres deudos los Farfanes por no haberse alzado con él, cuando se hallaban al servicio de sus reyes. De lo cual fué buen testigo su propia madre, quien atormentada un día por el pertinaz regomello de su hijo, temerosa de verle engolfado en peligrosas aven-

turas, reconviéndole dulcemente le dijo:

—¿Pero crees negocio fácil, hijo mío, que aunque por un audaz golpe de mano hubieran podido dar cima los Farfanes á esa empresa desleal y temeraria, habría de haber aguantado en paciencia la morisma la tiranía de un puñado de caballeros que no profesaban su fe?

—¡Valiente reparo! respondió Aceja. ¡Con haber abrazado la suya!

Hasta tal extremo, y á pesar de su sólido adoctrinamiento en la fe cristiana, arrastraba la ambición á este novel caballero, cuyo insaciable corazón, semejante á una escarcela sin fondo, no se veía satisfecho ni con la fama y renombre que le habían granjeado su denuedo y valor en los combates, ni con la afición que le mostraban muchas y muy principales damas de la corte, cautivas de su hermosura, ni aun con la risueña esperanza de llegar á ser, en no lejano día, señor de vasallos y parejo de los primeros próceres del reino, que esto y más hubiera logrado con un ventajoso enlace. ¡Ó ser rey ó no ser nada! Esta era su eterna pesadilla: con ella le rondaba el sueño las orejas; con

ella pasaba en claro las noches; con ella le entraba el día y con ella y por ella alentaba y tenía apego á la vida.

Desazonado su ánimo al ver que el tiempo pasaba sin poner su pensamiento por obra y armado caballero á raíz de estos sucesos, resolvió allegar el mayor golpe de gente que pudiera é ir á ofrecer su espada al emperador de Marruecos. Pero como el hombre propone y Dios dispone, quiso su providencia torcer los rumbos de aquel galán trayendo á Castilla á la princesa tártara. Pues lo que hasta entonces no merecía otro nombre que el de una vana quimera, declarado por el mirasa Jamelique el objeto de su venida, podía de la noche á la mañana tornarse en realidad de caer en gracia á la hermosa Zoraida.

Esta idea estuvo á punto de volcarle el juicio. Seguro de aventajar á todos los gentiles hombres asistentes á la corte castellana, no hubiera abrigado recelo de ser él el elegido por la princesa tártara, á no encontrarse en ella el hijo del rey Saád, único en sus ojos que por su probado valor y varonil hermosura pudiera hacerle competencia.

Y, como el corazón raras veces engaña, recordaba con pena el novel caballero la mirada codiciosa y ardiente del príncipe granadino, que, no sin alteración y enojo suyo, sorprendió aquella mañana clavada en el rostro de Zoraida, cuando, al atravesar los alijares, pasó su palanquín frontero al sitio en que los Abencerrajes se hallaban. Pero no era solo esto lo que más preocupado le traía. El alto estado de Abulhasan, heredero del trono de Granada, y la circunstancia de pertenecer á la secta mahomética, que era también la de la princesa tártara, le colocaban á él, simple caballero cristiano, en situación asaz desventajosa. Cierto que la oración al rey del mirasa Jamelique parecía denotar que la voluntad de la sultuna Hausada era que eligiese su hija marido entre los príncipes y gentiles hombres de la corte castellana; pero también lo era que el mirasa tártaro había hecho alusión á los presentes á la sazón en ella, lo que, á no dudar, rezaba con el hijo del sultán Sidi Saád. Con todo eso no eran parte estas reflexiones, que hubieran arredrado seguramente á otros de menos bríos que los suyos, para hacerle

cejar en sus propósitos ni desmayar en sus esperanzas. Pagado, como Abulhasan, de sus partes, ansiaba se le ofreciera ocasión de medir sus armas con las suyas. Al considerar que en aquella misma tarde luciría su persona en el torneo de los veinte y cuatro donceles de la casa del rey, armados caballeros juntamente con él en la capilla de palacio la antevíspera de la arribada á la corte de la princesa tártara, torneo que había de tener lugar durante el yantar de sus Altezas con su ilustre huésped, no cabía dentro de sí de gozo, pues, seguro de la victoria, se proponía hacer honra á la sin par Zoraida eligiéndola reina del venidero en uso del derecho acordado al que saliera vencedor en uno de los capítulos de aquel paso de armas.

En estas plácidas imaginaciones se hallaba engolfado el novel caballero, cuando vinieron á sacarle de ellas el doncel Alvar Yañez, mozo de grandes alientos, y su fiel escudero Juan Fortun, hombre ya entrado en años, grave, sesudo y sentencioso, con sus puntas y collares de físico y algebrista, gran caudal de experiencia y más de encendido afecto á su

amo, al cual, por haberle conocido en mantillas, cuando, ahorcando los estudios, entró á servir á su difunto padre, quería sobre las niñas de sus ojos.

Al verlos parecer el Farfán, comprendió, como era la verdad, que venían á avisarle ser llegada la hora de armarse por estar casi al caer la del torneo.



### CAPÍTULO XIII.

En que se describe el festín que tuvo lugar el día del recibimiento de Zoraida.

**H**ABÍA ordenado el rey hacer en los jardines del alcázar un muy rico pabellón de zarzahan á dos colores, amarillo y rojo, tendido sobre maromas de seda ramblí en fuertes aros de plata. En el centro de él, frente por frente de su espaciosa entrada, se alzaba el estrado real, vestido de una grande almocela morisca, con cuátro suntuosos asentamientos cobijados por un dosel de camocán, los dos del centro para el rey y la reina y los de los costados para la princesa y el infante D. Enrique. Ascendíase á ellos por siete gradas cubiertas de preciosas alcatifas, desde donde se divisaba muy distintamente la tela en que habían de justar durante el banquete veinte y cuatro caballeros en arneses de guerra, partidos en dos cuadrillas, de una de las

cuales era jefe el Farfán Aceja. Á una y otra banda del arranque de la escalinata se habían dispuesto para los convidados otros asentamientos bizarramente decorados de gentil tapicería de guadamecí estampado y dorado y delante de ellos retahilas de mesas de preciadas maderas, taraceadas con variedad de incrustaciones muy maravillosas de ver, aunque aventajase á todas la del estrado real, en la cual se alzaba una muy gentil torrecilla de filigrana de plata, á modo de calahorra ó baluarte defensivo, de no más de cuatro palmos de altura, con puertas, ajimeces y almenas moriscas, esmaltadas de azul y rojo, en cuyo centro ondeaban graciosamente entrelazados unos pendoncillos de tisú con las armas en ellos de los reinos de Castilla y de León y del gran imperio Chagatay. Dentro de la susodicha torrecilla, que por estar hueca hacía los oficios de jaula ó alcahaz, saltaban alborozados lindos pajaritos de variado y pintoresco plumaje, los cuales alegraban en alto contra-punto la sala del banquete con los primores de sus trinos y gorjeos. Á ambos lados de la entrada del pabellón, que era toda su parte



delantera, se hallaban muy bien arreados y galanes con sus mazas de hierro al hombro sin gallones, chapeadas de plata de ley á martillo, los porteros de sala. Repartidos por toda ella, de distancia en distancia, ardían en braseros de plata el alcohol, el alámbar y las renombradas sahumaduras sevillanas. Los tapices y alfombras que cubrían el pavimento, rociados por los reposteros del estrado y mesa con algalia, agua de azahar, de rosas y otras esencias aromáticas, despedían suave y deleitosa fragancia. En cada costado del pabellón se había colocado un aparador suntuoso, labrado de finísimos entalles. Artísticamente colocados veíanse en el de la derecha multitud de platos, plateles, escudillas, azafates y bateas, de oro y plata, de toda forma y hechura, lisos y martillados, con esmaltes y figuras, tazas, almofias, altamias, bacines y escudillas, brocas, tajadores, punjanes y ganivetes y otra multitud de utensilios de mesa que sería prolijo referir. De pie y en cuerpo gentil, aderezados de vistosas aljubillas, se hallaban en fila delante de él los reposteros de la plata con la toalla del manjar al brazo izquierdo y

en la mano del derecho y descansando sobre el pecho el platel que, hecha la salva, habían de alargar á unos muy apuestos pajecicos, cuyo era el oficio de ponerlos en las de los comensales cada y cuando lo reclamase el servicio. Gloria daba de ver á aquellos garri-dos rapaces, semejantes á rosas en capullo, con sus chupas de bellud carmesí y azul, de amplios y descotados collares, las mangas lisas y sin brahones, sus gregüescos de la propia estofa, ceñidos al muslo, sus calzas de grana á dos colores, sus zapatos de terciopelo de larga punta encorvada con lazos y caire-les de oro en los cabos y sus hermosas cabe-zas, ora desnudas, ora cubiertas con boneti-llos y alharemes. El aparador de la izquierda se hallaba repleto de jarros, cuernos de nácar montados sobre pies de oro con engastes de piedras finas, altamias, jarras, ginetes de Sa-lamanca, inias y alflavias catalanas, redomas mallorquinas, de ellas las unas de oro rica-mente labradas con flores, cintas y figuras de animales, y de plata, lisa ó cincelada las otras, limetas, vasos y flascos iraquies. Á buen tre-cho de él veíase al copero mayor, á los dos

botilleros principales y á los mozos encargados de servir la copa al rey y á los demás comensales, todos ellos en traje de gala.

Cerca de la hora de sexta, fijada previamente, en consideración al torneo, para el yantar de aquel día, que de ordinario tenía lugar á la de nona, se cubrieron las mesas de manteles y servilletas de finísimo lino y en cada una de ellas se colocaron por el maestra-sala y sus oficiales sendos candelabros de plata maciza con cirios de purísima cera y los cuchillos y cucharas, platos, plateles y bateas para arrojar los huesos.

Dispuesto todo y en su punto dióse aviso al rey, el cual, después de ordenar á su guarda mayor que luego incontinenti principiáse el torneo, penetró en la sala del yantar en medio del estruendo de los instrumentos músicos, llevando á su derecha é izquierda lujosamente prendidas á la reina doña María y á la princesa tártara, que así brillaba entre las damas, que la servían de cortejo, como la luz de la aurora cuando avanza sobre las sombras. Venían detrás de los reyes el infante D. Enrique, el condestable D. Álvaro de Luna,

los prelados asistentes á la corte, el limosnero mayor, Fr. Lope Barrientos, el príncipe Abulhasan, D. Enrique de Aragón, el marqués de Santillana, el conde de Benavente y cantidad de dueñas, damas y caballeros, así castellanos, como Abencerrajes y tártaros, entre estos los mirasas Thermaxerin y Jame-lique. Multitud de curiosos, no invitados al yantar, con el afán de columbrar algo de su magnificencia y boato y de presenciarse á la vez el paso de armas, discurrían por los corredores altos y bajos del alcázar, que daban á aquella banda, y por los arriates de los jardines, viéndose no pocos en la misma sala del festín, entre ellos los vates cortesanos, encargados por el rey de amenizar el acto con sus versos, y los truhanes, bufones y locos albardanes, cuyo era el oficio de hacer reír á los comensales con sus trufas y chirigotas. Más nutrida aun, que la que ocupaba las galerías voladas del alcázar y sus jardines, era la muchedumbre de espectadores que se veía en la talanquera que rodeaba la tela, en la cual hacían en aquel instante su primera entrada por las respectivas puertas del palenque las dos

cuadrillas de justadores entre los alborozados aplausos del público, el son de los instrumentos marciales y la algazara y jaleo de los farautes y ministriles, animándolos al combate.

Dada agua perfumada á los reyes, á la princesa Zoraida y al Infante por el mayordomo mayor y á los otros comensales por sus donceles y pajes en aljofainas y jarros de oro para enjuagarse las manos, y recitado el *Benedicite*, que todos rezaron de pie, por el limosnero mayor, se dió comienzo al yantar, echas la salva y reverencia de ordenanza, que se repetían en cada servicio con acompañamiento de música, por albaricoques azucaríes, albérchigos, albacoras, alfostigos, albudecas, sandías, bergamotas, manzanas xabies, higos xaharies, cotíes, doñigales y brevales, uvas hebénes y atauvíes, granadas zafaríes y otras muchas frutas de varias guisas á gusto de cada cual.

La diversidad de viandas de carne salvagina y doméstica, de aves de cielo y tierra y de pescados de mar y río, cocidas, fritas ó esparbilladas, adobadas con toda suerte de salsamentos ó sazonadas con cubeba, galanga,

grano del paraíso ó bayas de cedro rojo, que tras las frutas sucesivamente se sirvieron, sería harto de decir.

De letuarios, confites y grajeas hubo variedad adunia; catites y alfeñiques de Ecija, alajú de Loja, almíbar de azahar y de zumo de membrillos de Córdoba, hostias de alfajor de las Alpujarras, anís y matafalua de Alejandría, alfeloas y acipipes portugueses, adraque de Montpellier, alcorzas y regaifas de Valencia y, amén de ellas, muchas y muy peregrinas figurillas de pasta de azúcar candí, que remedaban gacelas, damas, pavones, faisanes y otros animalejos con sus propios colores y matices, de cuyos cuellos pendían cintas de seda con los blasones de las casas reales de Castilla y del Chagatay. Pero donde el dispensero mayor echó el resto, demás de los vinos generosos de la tierra y extranjeros, fué en los confeccionados con las famosas especias agudas del Oriente, como el machumacete, el hipocrás, el hidromel, el melicrato, el clarete y el nunca bien ponderado y sabrosísimo néctar ó alfajor catalán. Todas estas maneras de aloja sirviéronse á los convidados

en copas iraquíes sobre bandejas de oro con emblemas heráldicos.

Como de ordinario acaece, comenzóse el yantar en el más profundo silencio; pero luego que el vino cocho y el espirituoso de Toro caldearon el meollo de los comensales, se hizo la plática general en cada una de las mesas. Referían por menudo al rey los cortesanos, que le asistían, las ocurrencias y dichos agudos de la gente popular, que había salido al recibimiento de la princesa, la suntuosidad y aparato con que se hallaban toldados los edificios, la riqueza de los trajes, preseas y atavíos de castellanos, mudéjares y judíos, sin olvidar la escena cómica de las juglaresas moras, que le dió mucho que reir. Atajábanles de vez en cuando el discurso los versos graves y entonados de los poetas en loor de la ilustre huéspedada ó los decires regocijados y chispeantes de los truhanes y locos albardanes, entre los cuales sobresalía el bufón Mesrúr por su gracejo y buena sombra, ó el alborozado estruendo de los instrumentos músicos que celebraban la fortuna de los caballeros que justaban en la tela ó, finalmente, las

doctas y razonadas advertencias que el físico de cámara hacía de vez en cuando á SS. Altezas en orden á los manjares que se les servían y al inmoderado uso de las salsas. Gustaba mucho de ellas el rey, con excepción de las aliñadas con almafio, acipipes, orégano, berros y ápio, las cuales, demás del oído y la vista, tienen la singular virtud de aguzar la memoria, porque decía que, con la que Dios le había dado, tenía la sobrada para no poner en olvido los muchos desabrimientos y pesares que había sufrido en la vida.

Pero cuando la animación llegó á su colmo, fué luego que comenzaron á escanciar los comensales, copa tras copa, las alojas y vinos compuestos con pimienta, clavo y nuez moscada ó con aguardiente de uvas cardeniellas ó alfonsinas blancas y negras. Transformóse entonces el palacio, como por encanto, en torre de Babel, pues, con no ser aquel día pascua de Pentecostés, alumbrados los comensales, con excepciones contadas, y roto el freno del temor, *loquebantur variis linguis*, sin que fueran parte á contenerlos el lugar en que se hallaban, el rostro estirado y grave de los pre-

lados, los refunfuños de Fr. Lope Barrientos, y aun la augusta presencia de los reyes y de la princesa tártara. ¡Oh, y qué de chistes se oyeron en aquella hora! ¡cuanto de sal y pimienta! ¡qué partido sacaron los noveles caballeros de aquellos viejos alcoholados, convertidos en zaharrones y botargas sin ser carnestolendas, de sus desvaimientos y chocheos, de su lujuria caduca y de sus pujos por parecer enamorados y galanes! Cierto, día fué aquel de medro para los alatares. ¡Qué derroche de almazarrón y albayalde! La adeza y el asfa andaban allí en competencia con las legías para enrubiar los cabellos ó tornar los blancos en negros. ¡Oh enemigo sutil y artero del humano linaje, exclama al llegar aquí el narrador de esta historia, que, envidioso de tu celestial hermosura, procura afearla con sus sucios y asquerosos afeites! ¿Por ventura las obras de Dios, en cuyos ojos todas son buenas, han menester que el hombre las corrija ó perfeccione? Quédense los menjurjes y badulaques para las lumias y cantoneras, pero guárdense de ellos las mujeres honestas, que no quieran enojar al Señor y poner náuseas

en quien las mire. Y vosotros ¡oh viejos y viejas verdes!, si quereis ser verdaderamente hermosos, miraos en el espejo de la vida y reparad que en cada paso de la existencia humana se halla vinculada una faz de su total hermosura. ¿Acaso, con ser distinta su luz, es menos bello el resplandeciente astro del día cuando amanece, que cuando toca al zenit, ó cuando, quebrando sus rayos, declina por el ocaso?

Terminado el yantar, durante el cual no apartó Abulhasan los ojos de Zoraida, grandemente complacida de la suntuosidad del festín y de los agasajos y finezas de que era objeto hasta por parte del Infante que, con marcado gozo de sus padres y extrañeza de todos, estuvo con ella comunicativo y locuaz, y á punto de salir los reyes del pabellón, se oyeron distintamente, dominando los vítores atronadores de la multitud y el ruido estruendoso de los instrumentos músicos, las voces de los farautes proclamando vencedor del torneo al Farfán Aceja. El cual, en las entradas que hizo sobre sus contrarios con los gentiles hombres, sus parcioneros, se mostró mu-

cho más valeroso y ardid que todos ellos, como gran caballero de la brida que era y muy atentado y diestro en todos los actos de las armas.

## CAPÍTULO XIV.

De la sala que, terminado el yantar, hicieron los reyes de Castilla.

**V**ENIDA la noche, y pasada que fué la hora de ánimas, hizo el rey sala á todos los grandes y señoras de estado de la corte, que fueron en el recibimiento de la princesa tártara, á los asistentes al yantar y á los gentiles hombres que habían justado en el torneo, en una gran cuadra de madera ricamente toldada con paños de seda morado y amarillo, la cual, por comunicar con el pabellón en que se había celebrado el banquete y con otros muchos aposentos y piezas lujosamente arreadas, parecía casa muy gentil de aposentamiento.

Abrió la danza el rey con la princesa Zoraida, la cual bailó sucesivamente con el infante D. Enrique, el Condestable, el príncipe

Abulhasan y el Farfán Aceja, que se disputaban á porfía el platicar con ella; tan apacible y dulce era su conversación. Preocupado y en ascuas traían á Thermaxerin las galanterías y rendimientos de aquellos caballeros y tan absorbida tenía la atención en ellos que apenas si contestaba por monosílabos á ciertas dudas, que le acababa de proponer D. Enrique de Aragón sobre el astrolabio llano, que más larga respuesta pedían.

Acabada la danza, en que tomaron parte la reina y muchas de las damas y gentiles hombres que en la sala estaban, leyó el rey, que, demás de bailar, tañer y cantar muy bien, presumía de gran trovador, una muy graciosa poesía en loor de Zoraida, tan honesta y pulcra y de tan sùtiles y acordados conceptos, que por todos fué sin reserva aplaudida y más señaladamente por la princesa, la cual, encendidas en rubor las mejillas y los hermosos ojos puestos en tierra, le expresó en breves palabras su obligación y agradecimiento.

Siguieron á la del rey, y sobre el mismo tema, otros no menos regocijados decires en toda suerte de metros, haciendo en ellos alar-

de sus autores de su lozano estro y de su consumado arte en limar, escandir y medir por sus pies y pausas cada uno de los versos. Tomaron parte en esta justa poética D. Enrique de Aragón, el marqués de Santillana, Juan de Mena y el príncipe Abulhasan, que improvisó en arábigo una casida de las llamadas *mowaxaha* (19), la cual, declarada que fué en aljamia por el truchimán de su embajada, valió á su autor los plácemes de SS. AA. y de su grande amigo el infante D. Enrique, las alabanzas de damas y caballeros y, lo que tuvo él aun en mucha mayor estima, las albricias de la princesa tártara.

Mortificado y corrido quedó el Farfán Aceja de tener que renunciar á ellas por su falta de numen poético, aunque, para remediar este mal en lo posible, hizo formal propósito de acudir, luego que terminara la sala, al fecundísimo de Alfonso Álvarez Villasandino para encomendarle un poema en versos de arte mayor, que se dejara atrás, por la alteza de pensamiento, tersura y primor de lenguaje y estilo, á cuanto de más acabado y perfecto se había oído aquella noche.

No quedó el Infante en requiem en estos regocijos, pues, aunque muchos creyeron ver en sus torvos ojos manifiestas muestras de tedio, obedeciendo á una indicación de su padre, interesado con la reina en que se hiciera agradable á la princesa tártara, cantó unas endechas amorosas, acompañándose de la guitarra, que tocaba á maravilla, con tal sentimiento y gusto, que con ser feo de gana, pareció dejar de serlo en aquel punto. Nunca, como en esta ocasión, pudo con verdad decirse, al ver transfigurado el rostro acedo del Infante y aquella su torva y fiera mirada, cuya volubilidad extrema revelaba de ordinario la sorpresa ó la amenaza, alumbrada por una expresión de indefinible dulzura, que la música amansa á las fieras y torna en corderos á los hambrientos leones.

Fué tal el efecto producido en el concurso por la voz del Infante, tan marcada era su expresión de profunda tristeza, que no hubo uno entre todos los oyentes que no se sintiera hondamente conmovido. Lloraron el rey y la reina de gozo, derramaron abundantes lágrimas las damas al oír la letra de aquella

sentida cantilena en que lamentaba el amante la ausencia de su amada, y por las hermosas mejillas de Zoraida rodaron, tamañas como garbanzos, dos líquidas perlas, al recordar que lejos, muy lejos de aquel cabo del mundo, se hallaban las prendas queridas de su corazón, á quienes acaso no volvería á ver. Hasta los caballeros y gentiles hombres, que censuraban á diario la dureza de condición y el carácter áspero y esquivo del Infante, se reconciliaron con él en aquella hora. ¡Cuán cierto es, dice con este motivo el narrador de esta historia, que bajo de una mala capa se encuentra un buen bebedor, como en las entrañas del pedernal se alberga la piedra preciosa! ¡Y cuán errados andan los que tienen por presupuesto ordinario juzgar á los hombres por la corteza, sin reparar que bajo de ella, como bajo de humildes harapos, palpitan á veces corazones de purísimo oro!

—*Si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi,* que dijo Horacio, exclamó Fray Lope Barrientos, reparando que sus Reverencias los prelados de Ávila y Burgos tenían, como él, humedecidos los ojos.

—¿Y quien será esa Guiomar que reza la endecha, que no conozco ninguna entre las damas de la corte castellana que lleve ese nombre? preguntó D. Enrique de Aragón.

—¡Toma! Alguna zagala de los andurriales por donde anda ó de esas ásperas selvas que de ordinario frecuenta su Alteza, que, así como crían hardas y conejos, pueden criar buenas mozas, respondió el conde de Benavente.

¡Y tan buenas y variles que quiebran los corazones!, dijo el Condestable. Y si no aquí está el de Santillana que no me dejará mentir.

—¡Ya, ya, la vaquerilla de la Finojosa!, contestó sonriéndose el marqués.

—Pues á lo que yo entiendo, observó don Enrique de Aragón, esa Guiomar no debe ser hembra de carne y hueso. Hasta ahora, que yo sepa, no le ha dado por ahí el naipe á su Alteza.

—De enamorados, músicos, poetas y locos todos tenemos un poco, dijo Alfonso de Baena, que estaba con ellos en el corro. Y, á lo que pienso, acaece á los músicos, por lo que tienen de artistas, lo propio que á los poetas, que, aun no siendo amadores de ningún ser real, lo son

de uno ideal, que se forjan y adoban á su an-  
tojo, en cuyas altas perfecciones se remiran  
y embebecen, el cual, con ser de etéreas é  
impalpables formas, es la antorcha que en-  
ciende la almenara de su fantasía, el fuego  
sagrado en que se templan sus alas para al-  
zarse sobre la vil materia y batir con ellas los  
aires y volar como águila caudal por el espa-  
cio inmenso y remontarse hasta las inaccesi-  
bles alturas del cielo, abrevadero deleitable y  
purísimo, donde el numen, que en ellos alien-  
ta, liba en copas de oro, engastadas en reful-  
gentes estrellas, el néctar de los dioses y, em-  
briagado y tomado de locura, abrasa sus es-  
píritus y pone en ellos regaladas y sublimes  
inspiraciones y, dando libre suelta á sus len-  
guas, las hace hablar palabras y discursos de  
ángeles.

Llegó en esto la hora de zahorar y servida  
que fué la colación, que rehusaron los Reve-  
rendos prelados y Fr. Lope Barrientos, toca-  
ron los trompetas y ministriles la alborada,  
que se entraba á más andar, ceñida la sien de  
rosas, azucenas y alelís, por las puertas del  
Oriente y, terminada, mando el Condestable,

en nombre del rey, á los músicos y oficiales de armas hacer largueza, retirándose sus Altezas con Zoraida y el Infante, y tras ellos todo el mundo á descansar, excepción hecha del mirasa Jamelique y Fr. Lope Barrientos, el cual, despavilado por la curiosidad de oír las aventuras del antiguo acólito de su parroquia de Medina del Campo, apenas penetró en la antecámara del sobrado, destinado, á petición suya, por el mayordomo mayor de palacio, para posada de ambos, repantigóse en un alto sillón de baqueta y haciendo ademán al mirasa Jamelique para que tomara asiento en el frontero, luego que lo vió en él acomodado, le rogó le refiriera los sucesos de su vida, súplica á que aquel satisfizo, dando comienzo de esta suerte á su relato.

## CAPÍTULO XV.

Donde el mirasa Jamelique cuenta á Fr. Lope Barrientos los sucesos de su vida en la corte del emperador Xah Roj.

**C**UANDO Alonso Pérez de Santamaría y Ruy González de Clavijo, á quienes servía de paje, dejaron á Samarcanda para regresar á España, estaba dando yo las boqueadas. Pero como nadie se muere hasta que Dios quiere, este sabio físico, que llaman naturaleza, obró tal milagro en mí que, con general asombro, me hallé á los pocos días convaleciente del cuerpo, más tan postrado del alma, al verme desamparado en tierra tan apartada de la mía, que mis ojos eran dos fuentes de lágrimas. Tenía por único caudal la traída ropilla que vestía, otra de gala, que me había servido en los recibimientos del Timur, y el equipo de Gómez Salazar que, por haber muerto de peste en Nixaor, nadie quiso cargar con él. Pues á esta herencia forzosa

debí mi futuro encumbramiento, porque entre los otros papeles, que encontré en sus mochilas, halléme con un manuscrito en romance de Pedacio Dioscórides sobre materia medicinal, y como á mí, hijo del mejor alfageme de nuestra villa, demás de afeitar y sangrar, poner bizmas, vejigatorios y ventosas, extraer dientes y aplicar sanguijuelas, algo se me alcanzaba de la virtud de ciertas plantas, acusado por la necesidad, que es aguda consejera, resolví echarme á curandero, y arremetiéndome con el infolio de Dioscórides, hice en breve espacio tan gran caudal de ciencia que, casi de la noche á la mañana, me ví transformado en físico. Si aquellos, á quienes maté mi atrevimiento ó torpeza, hubieran de pedirme el día del juicio cuenta del desaguisado que les hice, no querría yo resucitar por nada del mundo. Sírveme, empero, de consuelo que ni los más estirados maestros en el arte de curar, ni aun los graduados por Salamanca, están exentos de esta culpa. Pero como hace más ruido un vivo que cien difuntos, y más si es persona señalada y de cuenta, quiso mi buena estrella que sacara de las garras de la muerte

al príncipe Pyr Mahommad, nieto del gran Timur, aquejado de unas pertinaces cámaras, que se lo llevaban de vareta. El príncipe, á quien pareció mentira verse con el vientre en caja y en disposición de engullir á dos carri-  
llos, pues era por extremo glotón, no solo gratificó largamente mi asistencia, sino que obtuvo para mí de su tío el Khan el nombra-  
miento de físico de cámara. Esto, y unas fie-  
ras almorranas que curé á S. M., quien, con mengua de su realeza, se veía forzado á sen-  
tarse de media anqueta sobre los almadragues reales, pusieron el sello á mi reputación. Tuvo  
este servicio en tanto la emperatriz Hausada, que perecía de amor por su marido, que no se  
contentó con menos que con ponerme en los  
cuernos de la luna. Pero llegó al quinto cielo  
su agradecimiento cuando, hallándose al si-  
guiente año fuera de cuenta y para liarlas,  
por traer de no sé cuántos días muerta la  
criatura en la madre, la dejé horra de aquel  
empacho, sin más que con el cocimiento en  
agua miel de una hierba, que nuestros popu-  
lares dicen farfara. Esta nueva cura, de más  
valor y resonancia que las otras, fuéme galar-

donada por el Khan con el título de profísico de su casa y mayoral de los del gremio de Samarcanda. Creció tanto con esto la fama del elche, como seguían llamándome aquellas buenas gentes, que, rebasando los límites de la metrópoli, llegó hasta las más apartadas ciudades del imperio. Receloso de que mis colegas, muchos de los cuales no podían disimular el enojo que les causaba mi rápido encumbramiento, se conjurasen en mi daño, y considerando que mi único lado vulnerable era mi fe religiosa, resolví hacerme, en la apariencia, celosísimo neófito de la suya, asistiendo diariamente á las horas de la azalá. Mi recogimiento en la mezquita, donde, divertido en mis cuidados, pasaba las horas muertas, llamó de tal suerte la atención de los devotos, que concluyeron por tenerme por santo. Yo, empero, padre mío, nunca abjuré de la fe de Cristo, á cuya misericordia, mediante el patrocinio y favor de su Santísima Madre, andaba siempre encomendado. Resuelto á desorientar aun más á mis émulos y enemigos, apliquéme á estudiar el Alcorán, detestable libro que, mediante el conocimiento que casi

todos los castellanos tenemos en la lengua arábica, barajados como estamos desde niños con los moros mudéjares, tardé poco en tomar de memoria. Hice más todavía: leí sus mejores comentaristas, estudié la Jara y la Zuna, y, en resolución, labréme tal renombre y fama de letrado y teólogo musulmán, que no había embolismo dogmático de que no fuera yo el obligado intérprete. Ni Malik ben Anas, ni los otros trapaceros doctores de la grey moslémica tenían que hacer conmigo.

Era mi posada un continuo jubileo. Consultábanme los alfaquíes, proponíanme dificultades los mestis, aconsejábanse de mí los cadís; aun los mismos alguaciles dejaban en suspenso á veces la resolución de los graves negocios de estado hasta oír mi parecer. Y como todos ellos se hacían lenguas de mi tino y prudencia, sin pretenderlo ni esperarlo, me ví sorprendido un día con un albalá real en que se me nombraba miembro del mezuar ó consejo aúlico. Nada diré á vuestra Reverencia de las visitas que recibía y de las embajadas que me enviaban las damas de la ciudad y de la corte, las unas para pedirme un colirio

para los ojos, enjundias y emplastos las otras para resolver tumores fríos, aquéllas un elixir contra el dolor de muelas, éstas, que eran las más, un remedio para el mal de madre y, finalmente, no faltó alguna que me echara memoriales en solicitud de mi mano, sin otra mira que la de que no se acabara mi casta. Decir á vuestra Reverencia los ensalmos que forjé, las aleluyas que dí, las nóminas que aderecé para acordar los ánimos discordes, remendar descosidos, aventar los malos espíritus y hacer que las estériles quedaran preñadas, sería cuento de nunca acabar. ¡Más cuernos puse yo en pocos años contra el mal de ojo á los niños mamones, que puede haber en una jerquería! Esto de salir á la calle, perdone vuestra Reverencia por Dios! Tenía que hacerlo bien entrada la noche y en disfraz. Elche por acá, elche por acullá, elche por arriba, elche por abajo, elche á todo trapo. Vamos: era cosa de desesperarse. ¡Ni el santo Job con su paciencia heróica hubiera aguantado tanta pejiquera! Todas me llamaban para alguna urgencia. Quien para que recitase una *aleya* á un su niño tomado de alfeliche,

quien para que resolviera con un guiño un bubón de que estaba inficionado el pobrecito de su marido, quien para parir hijo macho. Si sería yo santo en el magín de aquellas sencillas gentes que hubo noche que, por hacer reliquias de mis vestidos, me dejaron casi desnudo en la calle, viéndome en el trance de tornar á mi posada en el fresco traje de Adán. ¡Y gracias que no regresé á ella hecho un San Bartolomé! Lo que más contribuyó á realzar mis virtudes entre los populares era que yo lo hacía todo de balde y sin baladronar. Ni una humilde empanada, ni siquiera un mísero torrezno, nada, en suma, que oliera á alboroque, logró franquear jamás el zaguán de mi casa. Contentábame con las albricias y *laus Deo*.

En este auge de fortuna me hallaba, cuando tuve la suerte ó la desgracia, que no sé como llamarla, de que Quinchicano, que en lengua tártara vale la reina chica, así nombrada por haber sido la más chavala de las mujeres del Timur, un día que fué á visitar á la sultana Hausada, me encontrase en el alcázar y, como observara yo que ponía en mí sus reales ojos, tocado de envanecimiento, clavé en ella con afán

los codiciosos míos y el advertir ella esto y enterarse al punto de quien yo era, dió ocasión para que entrase en su comunicación y trato.

Venía siendo de años atrás consejero íntimo de Quinchicano un cacís, que es como clérigo entre nosotros, que le decían el Hají Sidi Yahyá. Y aun cuando jamás debió pasar por sus merecimientos de simple almocrí, dióse el muy bellaco tales trazas, que fué elevado en breve á la dignidad que tenía. Traíale fuera de sí la codicia de los bienes terrenos. Con esta comezón logró mañosamente ingerirse en la corte y ganar la voluntad de las mujeres del harén y de las más principales damas de Samarcanda, á las cuales, con achaques de piedad, explotaba á mansalva, yendo á parar á sus arcas las cuantiosas limosnas que les sacaba. Nunca ví despensa más provista, ni ajuar mejor arreado, ni más ricos atavíos que los suyos.

—En todas partes cuecen habas, dijo á este punto Fr. Lope Barrientos, interrumpiendo á Jamelique. No andamos, hijo mío, por acá más medrados que en Tartaria. Por fortuna son contados entre nosotros esos raposos de la

viña del Señor que hacen por sí solos más estragos en ella que en un sembrado una nube de langostas; porque es de saber que el vulgo ignorante (y cuento aquí por vulgo no ya á la gente rústica, maliciosa y socarrona de suyo, sino á los que presumen de ladinos y letrados) barajando á los buenos, que son los más, con los malos que son los menos, los hacen solidarios de sus baldieces y villanías. El alma se me enciende en santa ira al ver tanto clérigo trashumante en la corte de España, arrastrando sus hopalandas por las cámaras del alcázar ó las antesalas de los grandes en solicitud de alguna prebenda. ¡Bendito Dios y á qué tiempos hemos llegado! Si en mi mano estuviera, ya daría yo su merecido á esa cáfila de intrigantes simoniacos que, olvidados de quien son, á fuerza de zalemas, cuando no media el soborno, hacen granjería de su ministerio, poniéndolo en baldón en los ojos mismos de aquellos cuyo favor y valimiento mendigan. Busque el destino al hombre y no el hombre al destino, que medios tienen los reyes y sus ministros para enterarse por los prelados de quienes por su ciencia y virtud

son dignos de merecerlos. Y no digo nada de las fullerías y teje maneje del cacis con las damas de Samarcanda, que tampoco falta por acá alguno que otro que, so color de religión, vive y medra á costa de las cuitadas. Pero ve adelante con tu relato, porque llagado de estas desaposturas, nunca sabría dar de mano á mis querellas.

Sucedió, pues, que entre las altas señoras de la corte, cuya caridad tenía secuestrada Sidi Yahyá, figuraba en primer término la ex sultana Quinchicano, la cual tuvo un día la flaqueza de confiarle la inclinación que por mí sentía, y como viera el mal hombre en ella el fenecimiento de sus explotes y socaliñas, dió tortura á su ingenio, y entre las otras tachas, que adujo para perderme, le dijo saber de ciencia cierta por haberme visto desnudo un día en el baño, que continuaba siendo yo tan elche como el padre que me enjendró. ¡Qué se diría en la corte, exclamó escandalizado, al ver casada nada menos que á la viuda más linda del gran Timur con un incircunciso!

Cayó esta revelación como un rayo sobre

Quinchicano, pero era tanto el amor que me tenía, que llenos los ojos de lágrimas rogó al cacis que á nadie comunicara el secreto. Prometióselo aquel protervo, más apenas se vió en la del rey, tirando la piedra y escondiendo la mano, hizo que uno de sus seides produjera ante el cadí la denuncia.

No era pasada una hora, cuando andaba la nueva en lenguas de todo el mundo. Muchos de los que hasta aquella fecha saludaban con veneración al favorito de la reina Hausada, imaginando eclipsada mi estrella, al reparar en mí, hacían semblante de no verme. Ni faltó quien, con deberme sendos favores, escupiera gargajeando al pasar á mi lado. Y á todo esto sin que yo me diera razón de aquellas bellaquerías. Por ventura no fueron ingratos todos los que habían recibido de mí mercedes. Contábase entre ellos el cadí, el cual, habiendo venido aquella noche de secreto á mi posada, me dió cuenta del caso, añadiendo, al reparar en la palidez y desencaje mortal de mi rostro, que estuviera ó no retajado, él haría que declarasen estarlo los peritos que habrían de reconocerme, y que

por lo que á él tocaba había de dar sentencia absolutoria con todos los pronunciamientos favorables, amén de hacer pechar al denunciador con las costas é indemnización de daños y perjuicios, cuya sentencia daba ya por pasada en autoridad de cosa juzgada y por ejecutoriado de ahora para siempre hallarme yo tan circunciso como el mismísimo Mahoma. Este oficio nuestro, añadió el Cadí, tiene mucho en que entender. Por lo general los jueces, tenidos por rectos y timoratos, pegan su criterio moral, como lapa á la roca, á la letra muerta de la ley y á las tituladas pruebas auténticas del proceso, sin parar mientes en que muchas veces se adoban con su cuenta y razón á gusto del consumidor por el alfaquí cartulario; y como yo veo en esta denuncia el desamor de alguno de tus émulos que, con el afán de perderte, no repara en meterse en tan sucias interioridades, aunque adujera más testimonios que pelos tengo en la barba (y la tenía asaz luenga y espesa), la justicia demanda que á ambos os la haga cumplida, sin tener para nada en cuenta lo que te debo, sino lo que á mí mismo me

debo, como dispensador que soy de ella en nombre de Dios. Bien sé que no falta ahora alguno que otro cadí, que tiene por supuesto dictar sentencia en pro del mejor postor ó darla á trueque de ascensos y galardones; pero eso no vá conmigo, que sé tengo de morir y que con la vara que mida, con esa he de ser irremisiblemente medido.

Agradecí en el alma al cadí la voluntad que me mostraba, besándole muchas veces las manos, que humedecí con mis lágrimas. Terminadas á los tres días las diligencias sumariales, inclusa la de reconocimiento del cuerpo del delito, y corriendo la causa sus trámites legales, á los quince pronunció el cadí sentencia absolutoria en los términos susodichos, y aunque se alzó el denunciador de ella, declaró en nueva providencia no haber lugar al recurso, por no haberse presentado en tiempo, con lo que quedó ejecutoriado mi retajamiento. La alegría que la nueva produjo en Quinchicano, solo es comparable al despecho y rabia que causó en Sidí Yahyá, al cual le dió tal inflamación en las quijadas, que no le quedó hueso sano en la boca. Y no

paró aquí su desgracia, pues, hechas públicas sus trapacerías, perdió su nutrida clientela, viéndose obligado á dejar á Samarcanda é irse con la música á otra parte.

Pasados que fueron dos días, contraje matrimonio con Quinchicano delante del mismo cadí y de dos alfaquíes de la mezquita del alcázar, á cuya ceremonia asistieron los sultanes, en calidad de padrinos, y no pocos de aquellos mismos cortesanos, que, al creerme caído, me habían vuelto las espaldas.

Venturoso fué el año que pasé con mi mujer, á quien, á pesar de sus preocupaciones, reduje al gremio de nuestra fe, bautizándola por mí mismo con el nombre de Costanza, que era el de mi madre. Es más; encarecíle tanto esta bendita tierra de Castilla, que la puse en ganas de conocerla, pero cuando arreglados nuestros equipos estábamos á canto de emprender la marcha, tomóle una fuerte calentura, que al cabo de tres días se la llevó al sepulcro. Quebrantóme de tal suerte el ánimo este cruel contratiempo, que resolví venirme á España renunciando mi alta jerarquía, pero la reina Hausada, á quien comuniqué mi pro-

pósito, no tuvo á bien consentirlo, por tener convenido con el Khan, su augusto marido, nombrarme ayo de su única hija la princesa Zoraida Yanguasaga, y, para más obligarme, añadió que desde aquella hora entraba en el desempeño de mi cargo.

Contaba á la sazón la princesa cinco años, revelando su hermosa alma tan precoces disposiciones, que no es para dicho el fruto que saqué de ella en poco tiempo. Era un portento de memoria y un modelo de discreción. Su avidez por saber me servía de poderoso acicate y estímulo, como acaece á los celosos maestros con sus buenos discípulos, para estudiar yo más y tener más que enseñarle. En resolución; en los años que cuenta, que aun no son los diez y siete, se sabe á la perfección la gramática, la retórica, la lexicografía, la historia y la cosmografía; canta como un ruiñeñor, haría competencia, si viviera, al famoso Isac de Mosul y aun al mismísimo Ziriab en esto de pulsar los instrumentos músicos, señaladamente el harpa y el laud, y platica y escribe, como el mejor pendolista, á más de la suya, varias lenguas, entre ellas la arábi-

ga y la nuestra castellana, como habéis tenido ocasión de oír.

Pero no paró aquí la solicitud de la sultana Hausada. Teniendo en cuenta que al dar Dios compañera al hombre, se la dió, no para licenciada ni doctora, sino para que fuese la ecónoma y gobernadora de su casa, tomó á su cargo y tan á pechos el instruir á su hija en todas las faenas y quehaceres domésticos, que, si por contratiempos de la vida llegara un día á dejar de ser lo que es, nada le vendría grande.

—De persona de seso es eso que me cuentas, dijo fray Lope, y mucho más de aplaudir cuando la que lo pone por obra es nada menos que una reina. El alma se me cae á los pies al considerar el error de aquellas madres que, sin tomar consejo en la experiencia, crían á sus hijas con tal mimo y regalo, que de todo se hacen dengues y melindres. Antojáseles que con pulsar el laud, cantar una jácara, hacer unas piruetas ó recitar de coro una trova, son todo unas damas hechas y derechas. Pues con saber eso, es como sino supieran nada. Enséñeselas á administrar su

hacienda, á manejar la aguja y á ser atalayas y veedoras de cuantos las sirven, y no haya miedo de que falte el pan en la mesa, ni que el marido y los hijos anden descosidos, ni en requiem y modorros los criados, ni la casa por barrer. La boca me duele de recomendar á las madres de familia estas virtudes domésticas; pero, hijo, como si predicara en desierto; por un oído les entra y por otro les sale. ¡Cuán pocas son las que, reparando en la inconstancia y veleidad de la fortuna y en que el rico de hoy es el pobre de mañana, crían y educan á sus hijos como Dios manda! Mas basta de interrupción y continua tu relato.

—He dejado para la postre, dijo Jamelique, lo relativo á su educación religiosa, fundamento de todas las demás enseñanzas. Desde que me penetré de las felicísimas disposiciones de la princesa, concebí la idea de instruir-la, en cuanto se me alcanzara, en los misterios de nuestra fe y de reducir, á ser posible, al gremio de la santa iglesia de Cristo su alma nobilísima, mostrando en sus ojos la falsedad de la abominable secta mahometana, que profesa su nación. Puesto por obra, con

la cautela y sagacidad que eran menester, este mi pensamiento, no se hicieron esperar sus frutos, pues es tan encendido su amor á Jesucristo y tan extremada y tierna su devoción á Lela Marien, que es como llaman allí á la Virgen María, y son tales sus ansias por conocer las prácticas de nuestro culto, que abrigo la esperanza de que en no largo plazo ha de entrar ese ángel en la tierra en la grey de los elegidos.

Dios lo haga, dijo fray Lope. Que en ella hay buenas disposiciones, no hay dudar. Tal es el común sentir de cuantos han oído la breve oración que ha tenido al rey en el acto del recibimiento. Pues, á pesar de esto, no las tengo todas conmigo. Tiran mucho los padres, y yo hallo por experiencia que son raros estos saltos mortales de una á otra fe, cuando son sinceros. Esto no quita para que yo pida al Señor en el Santo Sacrificio de la misa asista á esa excelsa dama con los tesoros de su gracia.

—Pedidle también, replicó Jamelique, que la ilumine para que escoja, de entre los caballeros de la corte, uno que sea merecedor de

tan preciadísimas joyas. Ya sabéis que no es otro el propósito que nos trae á estas apartadas tierras. Si Dios, Nuestro Señor, en su inefable misericordia se dignase oír nuestros votos y llegara á sentarse en el trono de Tartaria un príncipe católico, no tardarían aquellas sencillas gentes, tomando ejemplo en sus reyes, de abrazar en masa la fe de Cristo.

Aquí dió fin á su historia el mirasa Jamelique.

—Nada me has dicho de ese príncipe tártaro que os acompaña, dijo fray Lope. Hágote esta pregunta, por que, desde que le eché el ojo, parecióme pájaro de mal agüero. Nadie más que tú, que debes de conocerle á fondo, puede borrar de mi ánimo la prevención en que le tengo.

—En cuanto á conocerle á fondo, difícil cosa me parece, respondió Jamelique. Es el tal Thermacherin, uno de esos zorros curtidos en años, que rara vez ó nunca muestran el hopo. De mí sé decir, que no se lo he visto en el tiempo que llevo de tratarle, que no va más allá del en que dió comienzo nuestro viaje, durante el cual ha estado tan cortés y

afable conmigo y tan rendido y solícito con nuestra augusta señora la princesa, que no había más que pedir. Recien nombrado alhagib ó alguacil mayor del emperador Xah Roj, supe por referencias que es indio de nación, que allá en Palibotra, su ciudad natal, perteneció á una cofradía de Brahmanes, que entrado al servicio de Tartaria fué *Dina* ó alcalde mayor en Samarcanda, de donde, á la muerte del Tamorlán, pasó de gobernador general al Jorasan, cargo que ha desempeñado hasta su reciente elevación al que hoy tiene. De público se dice que es un sabio de tomo y lomo y que en esto de las artes mágicas, astrológicas y adivinatorias, muy en boga en su tierra, es tan consumado maestro, que puede poner cátedra en el mismo infierno.

—¡Y qué narices las mías!—exclamó el confesor del rey.

Al llegar aquí se presentó uno de sus familiares, preguntando á su Reverencia si pensaba decir misa en la parroquia, á lo que contestó el santo prelado afirmativamente, ordenándole que dispusiera el recado y mandara dar los toques.

## CAPÍTULO XVI.

De las fiestas y comportes con que agasajaron los reyes de Castilla á la princesa tártara y de la rivalidad de sus enamorados, el hijo del rey Saád y el Farfán Aceja, con lo demás que verá el curioso lector.

**E**N los días que se siguieron á la entrada de Zoraida en la villa de Arévalo, no cesaron los comportes, agasajos y placeres con que procuraban festejarla los reyes, ya cazando en los campos con galgos y podencos, ya en las riberas con azores yalcones, ya corriendo cintas y cañas, ora lidiando toros bravos, ora celebrando alardes, carreras y asaltos de esgrima con espada, lanza y dardo, amén de otros muy regocijados y vistosos juegos de manos y de trepares. Andaban en competencia en estos ejercicios los unos con los otros, moros y cristianos, pero nadie de entre ellos aventajaba en habilidad y destreza al príncipe Abulhasan y al Farfán Aceja. Lo que más placía á Zoraida era ver-

los cabalgar con sus escuadras á la gineta, ejercicio propio de escaramuzas y algaradas, ó sobre corceles encubertados á la castellana con ricos arreos y espléndidos aparejos. Dulce y afable con todos, parecía serlo más la princesa tártara, al decir de los émulos del Farfán y del hijo del rey Saád, con estos dos caballeros. Cierto que gustaba de jugar con ellos al ajedrez, nobilísimo pasatiempo muy en boga á la sazón y en el cual era muy perita la ilustre dama; pero en ésta, como en otras diversas maneras de esparcimientos, terciaban también el infante D. Enrique y otros galanes de la corte, sin que se le ocurriese á nadie decir nada parecido. Tuvieran, ó dejaran de tener, estas cavilaciones fundamento, en lo que no había dudar era en que el príncipe Abulhasan y el Farfán Aceja se bebían los vientos por Zoraida y que en puja uno y otro por ganar su corazón, hacían los imposibles. Iba en esto tomando tal vuelo la malquerencia de aquellos galanes, que en los ojos del menos avizor saltaba, que, si en público hacían semblante de mirarse bien, no estaba lejano el momento en que con la

más liviana ocasión, arramblando por todo miramiento y respeto, se fuesen á las manos, como estuvo á punto de suceder un día. Con efecto, obra de una milla del parque del alcázar se hacía un dilatado y frondoso bosque, cerrado de altos tapiales, donde por disposición del infante D. Enrique y con el fin de tener próxima la caza, se había soltado toda suerte de salvajina, traída de otros lugares más ásperos y agrestes. Aquí fué donde se retrajo el Infante, cuando la entrada en Arévalo de la princesa.

En uno de los días posteriores á este suceso, invitada por el Infante, fué la corte de caza á aquel sitio, dándose comienzo á ella por una muy brava batida con alanos, lebreles y sabuesos, que los ojeadores y monteros hicieron por los extremos de la selva á fin de asombrar á las fieras y arredrarlas á los diversos sitios en que se hallaban respectivamente apostados su Alteza, el príncipe Abulhasán y el caballero Aceja.

Todas las piezas que cada uno de ellos cobraba, eran luego á seguida presentadas á la princesa, la cual, en compañía de los reyes,

del Condestable y de otros muchos grandes de la corte, ocupaba en el prado del alcázar, por la parte aledaña al bosque, un muy gentil cadalso, vestido de ricos paños franceses. Sucedió, pues, que perseguido por unos alanos un formidable oso, cuando se hallaba á canto de entrarse por un espeso jaral, término divisorio del terreno acotado á Abulhasán y al caballero Aceja, con recelo de que fuera á dar la fiera en jurisdicción de su adversario, empujados de su codicia y sin tener aguantes ni pararse en barras, le dispararon á una sus venablos con tan fina y certera puntería, que fueron los dos á clavarse en su pecho. Abanzáronse prestamente ambos caballeros al lugar en que había caído con las copagorjas en la mano por si había necesidad de rematarlo y como llegáran á él en un punto, puestos en presencia el uno del otro, comenzaron á hacer valer su derecho, primero con palabras medidas y blandas, luego con otras descomedidas y crudas, y finalmente, con tan enconadas y acerbadas, que, á no promediar el Infante, que acudió al clamor de la querrela, la gira venatoria hubiera rematado en sangre.

—Esa pieza, dijo el Infante en llegando, iba ya mortalmente herida por uno de mis dardos. Reparad si nó el que tiene clavado en los hijares. En ley de montería mía es y no vuestra. Y sin alegar otras razones, ni esperar respuesta á la dada, mandó á sus criados que la levantaran y fueran con ella á ofrecérsela en su nombre á la princesa.

Dijose entre los monteros que, cuando más encrespados se hallaban Abulhasan y el Farfán Aceja, silbó por los oídos de éste una saeta arbolada, la cual fué á hincarse en un roble que tenía á las espaldas, y aun no faltó quien asegurara, por la dirección que traía, que la mano aleve que la había disparado, fué la del bufón Mesrúr.

Así lo pensó también el príncipe de Granada, el cual, luego que el Infante le departió del Farfán Aceja, volvió á ocupar su puesto. Salióle al encuentro Mesrúr, haciéndole, como de ordinario solía, sendas zalemas y zapatetas; pero de tan negro humor estaba el hijo del rey Saád que, pegándole un fiero empellón, le hizo rodar buen trecho por los suelos.

Sea por estar avezado el mezquino á esta suerte de caricias ó por tener el pellejo curtido á palos ó por haber caído en blando, es lo cierto que, haciendo del cuerpo arco, con ademán suplicante y sumiso, se fué á gatas hacia el príncipe y llegado que hubo á sus pies, como can que lame la mano del amo que acaba de castigarle, los cubrió de besos, exclamando con voz ahogada por los sollozos: no hay fuerza ni poder sino en Dios Altísimo; en Él confío, en Él espero. Y como la mansedumbre tiene la virtud de desarmar la ira, calmóse la de Abulhasán, aunque no queriendo dar al bufón muestras de desenojo, fruncido el entrecejo y con semblante hosco le dijo:

—¡Por la Santa Caaba!, largo de ahí, golfín, camello.

—Chacho, corcillo. ¿Te ha picado la mosca?, preguntó el bufón que, á través del aliñado gesto del príncipe, echó de ver que se le había templado el enojo.

—Y de asno jorobado y gofo, contestó el príncipe. ¡Por Mahoma!, ganas, so charrán, me dan de estrangularte.

—Pues al avío, chacho. Para las granzas que saco de esta arrastrada vida, nada, con perderla, pierdo, replicó el bufón. Al fin y á la postre, después de muerto, ni viña ni huerto. Con que venga el cordelillo y á la paz de Dios. Y qué bien decía aquel alcalde indio, cuyos servicios gratificó tu tío Mōhammed Alaisar empalando al pobrecillo: en los ríos, en la gente armada, en los animales de garras ó cuernos, en las mujeres y en los sultanes y sus alguaciles, nunca hay que fiar. ¡Oh, y qué de ingratos produce este pícaro mundo!

—Y de malandrines y deslenguados bellacos, dijo Abulhasan.

—A buen seguro, replicó cada vez más sereno Mesrúr, que digas eso por mí.

—Por tí y por tu mala ralea, respondió el príncipe.

—¡Aprieta manco!, dijo el bufón. ¿Y qué tiene que hacer conmigo mi parentela? ¡Ah! ya caigo; á lo que barrunto, quiéresme recordar que enforcaron á mi abuelo por cuatrero. ¡Pues su alma en su palma! Mal año para los albeitaires. En él perdieron al hombre más largo en bestias que jamás se vido. Nunca se

dijo de él que robára rocín con muermo, albardón con ajuagas, ni hamelgo con esperavanes. ¡Y qué ojo avizor el suyo! De noche era y distinguía el bayo del alazán y el cuatralbo del bialbo sin antiparras ni anteojos. ¡De su olfato, no se diga! Con aplicar las narices á la zaga de un mulo y sin meterse en más averiguaciones, jamás le marró la natura. ¿Y de su tacto? ¡Vamos, tan fino le tenía, que con pasar la mano á un caballo por el lomo sabía de qué pie cojeaba! Dígalo sinó la gran lumia de mi abuela, que en gloria esté. ¡Más mataduras le hizo por sus renqueos, que muecas él cuando le ahorcaron!

Y si no es por mi abuelo, diráslo por mi padre, por aquel bendito varón que oía y veía nacer la yerba y que, por no ir contra su cepa ni desmentir su casta, siguió los pasos del que le enjendró, aunque por otro arrecife. ¡Y qué devoto era su merced! A toda hora, bien se me acuerda, estaba en la mezquita con los ojos en la alquibla y el pensamiento y las manos en las faltriqueras de los fieles. Es tanto el frío que hace en nuestra tierra, que el pobrecillo las tenía siempre arrecidas.

¡Y que le empalaran por tales niñerías!

—¡Por Allah, eso merecerías tú, hijo de tal padre! dijo Abulhasan. ¿Sabes, liarte, añadió, si he menester yo de ayudas para despa-bilar á nadie?

—Chacho, vamos á cuentas, respondió el bufón. Eso que dices, como si lo viera, lo dices por lo de la saeta. Que me hagan tajadas si no son hablillas esas de gente que mal te quiere. Y para que te persuadas, que re-vientes tú y tu padre, si no digo verdad.

—¡Habrás truhán!, exclamó colérico el príncipe. ¿Con que reventemos yo y mí padre? Por Dios, que no sé como no te despanzurro de una coz.

—¡Vaya unas entendederas! ¡Por viche!, digo yó. Eso fuera bueno, de no ser verdad lo que digo; pero en siéndolo, como lo es, no hay tales carneros. ¡Querer yo nada malo para tí ni para el bueno de tu padre, cuando os tengo sobre las redis del redaño! En dientes de adives me vea, de cuervos sea comido, y que mal rayo me parta, si por agravio lo dije.

Fueron tantas las protestas de Mesrúr y las

maldiciones que se echó encima por sincerarse del atentado que le achacaba el príncipe, que concluyó por creerle, ó por aparentar que lo creía á puño cerrado. Sonaron en esto las bocinas de los monteros tocando á retirada é incorporándose Abulhasan con Mesrúr á la comitiva del Infante, regresaron al alcázar.

## CAPÍTULO XVII.

Del memorial que presentaron al rey D. Juan el Farfán Aceja y once fijosdalgo, sus parcioneros, para celebrar torneo en arneses de guerra con otros tantos caballeros, castellanos, Abencerrajes ó tártaros.

**T**ERMINADA la caza, llegó la hora del yantar y luego de concluído hizo sala el rey, como de costumbre, comenzándose la danza. Estando en ella, y á la sazón de acabar de bailar Abulhasan con la princesa tártara, parecióse de improviso el Farfán Aceja con otros once gentiles hombres, armados todos en blanco, y haciendo muy discreta y humilde reverencia al rey y besados que hubieron los pies y las manos de su señoría, por medio del faraute Escamilla, asistido de un notario de la corte, para que diese fe del acto, presentó el memorial que se sigue.

Muy alto y poderoso señor: Digno de toda

loa y encomio ha sido siempre en esta, como en las otras cortes extranjeras, el solemnizar los grandes y faustos acontecimientos con toda suerte de comportes, placeres y gasajados; y codicioso yo, con estos nobles caballeros, todos ellos, fijosdalgo de limpia sangre, de demostrar á la sin par Zoraida, ilustre heredera del gran imperio de Chagatay, el acendrado amor y afincamiento que los que rezan al pie de esta escritura profesan á su belleza, en mi nombre, como principal mantenedor, y en el de estos generosos, discretos, valerosos caballeros y leales amigos míos, vasallos y naturales vuestros, suplico á V. A. nos dé licencia para celebrar torneo en arneses de guerra y batallar y combatir en el día, hora y lugar, que designar le plazca, y con sujeción á los capitulos que acompaño, con igual número de caballeros cristianos, moros ó tártaros, que quisieren venir en ello. Otrosí digo: que habiendo salido vencedores yo y los bravos compañeros míos, aquí presentes, en el torneo habido el día del solemne recibimiento de la princesa y alcanzado por premio de la victoria, según declaran las estipulaciones de aquel

paso, el derecho de elegir la dama que de presidir hubiese en calidad de reina el primero en que fuésemos mantenedores, llegado, como es, el caso de ejercitarlo, los infrascriptos, de un acuerdo y conformidad, á una voz, mancomunada y solidariamente, elegimos y nombramos para tan alto puesto y envidiable dignidad á la muy cumplida, muy hermosa y graciosísima señora, la princesa Zoraida Yanguasaga, hija del gran emperador de Tartaria, en cuyas preciosas manos, luego que sea acordada por V. A. esta nuestra petición, con su soberana venia y beneplácito, le será entregado, juntamente con la corona de hojas de laurel, el anillo místico que ha de poner en el dedo del corazón de la mano derecha al venturoso caballero que, con el favor de Dios y el de sus buenos ojos, salga vencedor de la tela.

Un murmullo de aprobación se oyó por todos los ángulos de la sala. Con todo, no pocas damas palidieron al verse postergadas por el Farfán; de mil colores puso el semblante á otras el despecho y aun no faltó quien, murmurando entre dientes, dijese por

lo bajo á la que tenía á su lado: ¡Vaya por Dios, que de fuera vendrá quien de casa nos echará! Pero hay que decir en honor de las más, que la elección fué bien recibida, pues lo contrario hubiera sido fea conducta y muy censurable descortesía.

Luego sin más dilación dió lectura muy cumplidamente el notario real á los capítulos porque había de regirse el torneo, que fueron los usuales y ordinarios en esta suerte de paso de armas. Terminada que fué, entró el rey en Consejo con sus grandes señores y encontrando muy acordado y puesto en sus cabales el memorial del Farfán Aceja y de sus compañeros de armas, considerando que debía conceder y otorgar la licencia demandada, la concedió y otorgó efectivamente. Acto seguido y por mandato de S. A., en presencia suya y en la de los miembros de su Consejo, hizo el faraute pregón dentro de la sala, diciendo en alta voz:

Sean todos los caballeros y gentiles hombres aquí presentes ó que fuera de aquí estuviesen, así súbditos y naturales de S. A., como de los otros reinos y naciones, cristia-

nos, moros ó tártaros, como su Real Majestad, que Dios glorifique y ensalce, acaba de dar licencia al muy noble y esforzado caballero D. Tristán Aceja, comunalmente conocido por el Farfán, y á los otros sus once valerosos parcioneros, para acometer la empresa que pretenden de aquí á tres días, á contar desde mañana, en los alijares de esta villa, desde la hora de tercia á la de sexta, guardadas las condiciones que en los capítulos de suso declarados se contienen, los cuales no podrá añadir, mermar, suplir ni enmendar persona alguna, sea cual se fuere su calidad y estado, inclusa la sagrada del rey, nuestro señor.

Dado fin al pregon, y despojados de sus almetes el Farfán y sus compañeros, subieron unos tras otros las gradas del estrado real, donde, sentados en sendos tronos y teniendo á su derecha á Zoraida, estaban el rey y la muy ilustre, muy esclarecida, virtuosa y discreta señora la reina D.<sup>a</sup> María, y en nombre de todos dió el caballero Aceja las gracias más cumplidas á S. A. por la señalada merced que acababa de otorgarles. En seguida,

tomando la corona y el anillo, que un lucido pajecico traía en una bandeja de oro repujado sobre un cojín de terciopelo carmesí, hincado el hinojo derecho en tierra, hecha una profunda reverencia y besado que le hubo humildemente los pies, los puso en las manos de la princesa, la cual, encendido el rostro y sin ser poderosa á abrir los labios, tan grande era su emoción, significó al Farfán su gratitud con una dulce mirada.

Cuando el caballero Aceja descendió por la última grada del estrado con ánimo de abandonar la sala con sus compañeros para desarmarse, se le acercó el príncipe Abulhasan y, alargándole la mano derecha, le dijo con rostro alegre y en voz baja:—Espero tener la honra con once de mis Abencerrajes de medir mis armas con las tuyas y las de tus camaradas.

Á lo cual contestó el Farfán en el mismo tono y con no menos visible alborozo: ¡Loado sea Dios que habéis aceptado el reto!

Acto seguido encargó el hijo del rey Saád á su alguacil Abenamar, que diera una lista al faraute de la calidad y nombre de los once

gentiles hombres de su escuadrón, que habían de acompañarle.

Aunque nadie oyó las breves razones que pasaron entre aquellos caballeros, todos comprendieron, desde el rey al último de los asistentes á la sala, que el príncipe granadino había aceptado el duelo del Farfán.

—¡Será de ver el torneo!, se decían regocijados los unos á los otros, conocidos el empuje y bríos de los combatientes.

—Y tan de ver, dijo D. Juan de Merlo, que se hallaba en un ángulo de la cámara con el maestresala del rey, Mosén Pero Osorio y otros palacianos, que, como Dios no lo remedie, no ha de salir uno de los dos vivo de la tela. Al que, como yo, hubiese presenciado la reyerta de esta tarde entre estos caballeros, no le sorprenderá, cierto, el vaticinio.

—Lo que más me admira y adarva, dijo Mosén Pero Osorio, es que, por la futeza de si fué fulano ó zutano el matador del oso, vayan estos dos galanes á romperse la testa.

—No es esa la madre del cordero, dijo Pero de Briones, hijo del camarero mayor del rey, terciando en la conversación. Lo que hay es

que esos gentiles hombres, chalados, como están, por la princesa tártara, se estorban mutuamente y, como ni el uno ni el otro aguantan cosquillas, arden en impaciencia por quitarse de enmedio, ahorrando perplejidades á la dueña de su pensamiento.

—Eso es suponer, dijo D. Juan de Merlo, que esa noble dama no solo muestra afición á esos caballeros, lo que no veo yo claro, sino lo que es más, que, como suele decirse, no sabe á que carta quedarse.

—Pues que no le choque á vuestra señoría, replicó Pero de Briones. No es otro el común sentir de las gentes. Y si no, observad como clava ahora la princesa los ojos en el Farfán, que, después de desarmarse, acaba de regresar á la sala con sus compañeros en traje de corte. Y, sin embargo, aun no es pasada una hora que la veíamos conversar y bailar con el príncipe de Granada.

—Vamos, no hay que exagerar las cosas, dijo D. Juan de Merlo. Siempre fué achaque de galanes hacérseles los dedos huéspedes. Lo que yo veo es que la amabilidad de esa dama alcanza por igual á todos. Quien la

viera en estos momentos, como la estamos viendo, engolfada en conversación con el Infante, diría de él con más razón acaso de lo que á tí se te antoja del príncipe de Granada. Nunca hay que juzgar de las cosas por las apariencias.

Diálogos semejantes á éste, en que se comentaba el suceso de largo y tendido á gusto de cada cual, los había en otros corrillos de la sala. Lo que sí era de notar es que á todos los asistentes, damas y caballeros, les devoraba ya la impaciencia pensando que aun habrían de pasarse tres días antes de solazarse en aquel sangriento espectáculo.

Varias personas había en la sala, á más de los prelados de Ávila y Burgos y de fray Lope Barrientos, á quienes contrariaba el torneo: los reyes, que no veían con buenos ojos que el caballero Aceja ó el príncipe Abulhasan se llevasen la palma, que codiciaban para su hijo; Zoraida, porque no habiendo dejado de reparar en la voluntad, que aquellos caballeros le mostraban, y en la ojeriza que por ella se tenían, la angustiaba el temor de que se matasen por su causa; y el mirasa Ther-

maxerin, porque, en la firme creencia de que la princesa les correspondía, se le antojaba ser llegada la hora de la elección de esposo entre los dos pretendientes.

Terminada la sala, retiróse Zoraida á sus cámaras, acompañada, como de costumbre, por sus tres damas y el mirasa Thermaxerin, el cual, dadas las buenas noches, se dirigió á su algorfa.

## CAPÍTULO XVIII.

En que se dá sumaria noticia del saber satánico de Thermaxerin, de sus celos y de su plática nocturna con Cholpamalaga.

**L**UEGO que penetró en ella, acomodóse en un sillón de alto respaldo y á la luz de una almenara comenzó á hojear con febril inquietud el *Ghaya tel-Hakim* de Maslema ben Ahmed, el Madrileño. Pero tan versado estaba en la magia, que, á pesar de ser aquel libro espuma y nata en su género, poco ó ningún provecho debió sacar de su lectura. Y ¿cómo, sabiéndose, como se sabía de coro, los escritos de Ibn Nahxiya, los libros de los siete astros, los de Tomtom, el indiano, sobre las figuras de los grados y constelaciones, los de Chaber ben Haïyan, el *Tadil el caguaquib* del susodicho Maslema, el *Tich* de El-Bettaní, el *Sirr el Maktum* de Fajr ed-din ibn Aljatib y el famoso *Janceriya* (20)? Maestro graduado en nigromancia labraba con ma-

raviloso artificio imágenes de trapo, cera ó metal para hechizar á las gentes y confeccionaba filtros y brevajes para volver locas á las mujeres y hacer mangas y capirotos de su honestidad y recato. Presto siempre para el mal, nunca se dijo de él que hiciera nada en bien de su prójimo. Jamás sacó á nadie los enemigos del cuerpo, ni desligó á los ligados, ni desató las nubes preñadas de pedrisco, ni aventó las nieblas, que estragan los frutos y sementeras, ni mató langosta, ni destruyó el pulgón, que daña los panes y seca las viñas.

Eso de llamar al diablo, haciendo un cerco en el suelo con tizones de carrasca ó con cisco de tamarindo, pasado por tamiz, ó de hacerle parecer en el agua de un lebrillo, de una alfojaina ó de una redoma ó en la vislumbre de las uñas, era cosa baladí, propia solo de nigromante neófito. No se contentaba con menos que con traerlo, cuando se le antojaba, á su presencia para conversar familiarmente y mano á mano con él.

En el arte de los prestigios no tenía quien se le pusiera delante. Fantásticamente y á su antojo transformaba la naturaleza y era tal su

influjo satánico sobre la imaginación de quien se proponía fascinar, que le hacía ver cuanto forjaba la suya. Además de esto, bastábale señalar un objeto con el índice de la mano derecha para quebrarlo; mirar de hito en hito un vestido para hacerlo girones; murmurar entre dientes un conjuro para transformar á los hombres en bestias. Como los Bachin reven-taba con solo un guiño á los brutos animales, haciéndoles caer el mondongo por los suelos. Carecía, empero, como aquellos, del poder de quitar la vida á las personas horras de servidumbre; mas ¡ay del mezquino, blanco de sus iras, de ser esclavo! Con solo querer, le quebraba el corazón y aun haciále saltar del pecho sin dejar rastro en él de su existencia. Pero no se limitaba á esto su saber satánico: entre sus otros secretos diabólicos, poseía el de revestir formas juveniles, mostrándose en los ojos de la que quería perder con los atractivos y hechizos de los mancebos galanes. En el arte talismánico había tocado la meta. Pues con todo esto, y ser conocedor profundo de los números simpáticos *Rak* y *Rafd*, que tienen la secreta virtud de fundir

en una las voluntades discordes, no había logrado amalgamarse la de Zoraida, inocente y cándida paloma, que no se recelaba, que traía por servidor á un milano; el cual, creyendo ver en el amor, que mostraban á su ama el Farfán y el hijo del rey Saád, el fenecimiento de su codiciada ventura, resuelto á no soltar la presa de las garras, quiso contrastar de nuevo sus celos llamando á Cholpamalaga, con quien celebraba de vez en cuando entrevistas nocturnas. Poniendo por ejecución su deseo, asomóse Thermaxerin al ajimez de la algorfa y haciendo sonar por tres veces un silbo, no tardó en acudir la dama de la princesa, transformada en lechuza.

Era Cholpamalaga en perversidad y finta émula de su maestro. Celosa de Zoraida, hablábala siempre, solapada y artera, en el tono del que bien ama, cuando tan malamente la quería. Sabrosas y dulces como la miel brotaban las palabras de sus labios, cuando eran rejalgares adobados en ponzoña; aparentaba meterla en las entrañas, cuando se hubiera tajado un brazo por ver despedazadas las suyas; la adulaba, besuqueaba y la cubría de

extremos amorosos, cuando, de haberle valido, la hubiera consumido en sus manos. En resolución, haciale á toda hora rostro de risa, pero era la del conejo; porque al contemplar su resplandeciente hermosura, sin serle dado poner un lunar en ella, se moría á chorros desesperada y rabiosa. Lamentábase aquella sierpe de no tener el don del mal de ojo para hacérselo á su ama; pero dolíale aun más el tenerla que encarecer á diario las prendas de su antiguo amante Thermaxerin.

—Sábeta, oh Cholpamalaga, dijo el mirasa, enderezando el habla á la lechuza, que se había posado á guisa de alcándara sobre el palo en que remataba el espaldar de un sillón frontero al que él ocupaba, que estamos en el principio del fin. En el torneo, que de aquí á tres días ha de celebrarse, se decidirá de mi suerte. Si á lo que pienso, Zoraida ama á esos dos caballeros y anda en su elección indecisa, evidente cosa es que escogerá por esposo al que de ellos salga vencedor de la tela. ¡Oh mi bien, oh mi dueña, oh cara y dulcísima amiga mía!, tú que, sofocando el encendido afecto que me tienes, trabajas

á toda hora por ponerme en posesión de aquella por quien suspiro, no me ocultes la verdad; adolécete de mis penas; con tales ansias te escucho, como enfermo que desesperado batalla entre la vida y la muerte.

—A juzgar por las apariencias, contestó la lechuza con voz gangosa, cierta cosa es para mí que está tocada de amor ó, por lo menos, que siente inclinación por ellos y sabido se está que las cosas caen del lado á donde se inclinan.

—Un áspid que hubiera clavado en mis entrañas su emponzoñado diente, no hubiera causado tanto estrago en ellas, como tú con tu respuesta, dijo Thermaxerin. ¿Con qué no eran vanas mis celeras? Pues bien, añadió con voz bronca y cavernosa; ya que, como á hombres libres que son, no me es dado quitarles la vida, yo haré, si por fortuna mía ambos á dos no se matan en la liza, por estorbar su triunfo. Pero como pudiera acontecer que de aquí para entonces el fuego que me consume diera conmigo en el hoyo, es voluntad mía que seas albacea de mi venganza. Esta alhaja que aquí ves, joya única en su género, que me

legó al morir una famosa jorgina judía de la Meca, envuelta en un vellón de lana de cabrón negro castrado con un hueso de dátíl albarrano, secado en almijar, es el maravilloso peine con el cual, según se lee en el *Sahih*, fué hechizado nuestro profeta Mahoma. Haraste con presteza y diligencia del vellón y del dátíl y, caso de yo morir, las envolverás con el peine en un trapo, y allá, cuando te plazca, con solo pronunciar un conjuro, de los que te tengo enseñados, la princesa, esos caballeros y cuantas personas te viniere en gana, serán irremisiblemente encantados. Réstame por decirte que las púas de este peregrino peine, lanzadas á modo de agudísimas saetas, tienen la singular virtud de matar á los esclavos, caballos y toda suerte de animales ó de derrengarlos ó lisiarlos, según el sitio en que fueren clavadas. ¿Harás esto que te digo?

—Si haré, contestó la lechuza, asiendo con la garra del pie derecho el peine que le alargaba Thermaxerin. El cual, habiendo ordenado á la maga que se retirase, retrepóse sobre el respaldo del sillón y, rendido del sueño, no

tardó en roncar como un condenado. Era la hora en que las campanas de la capilla de palacio y de la iglesia parroquial daban el Ave María, y una banda de músicos y ministriles, sonando muy regocijadamente la alborada con sus dulzainas, chirimias y otros instrumentos, seguida de los farautes y persevantes del rey, salía por las puertas del alcázar á recorrer las plazas y cantones de la villa para hacer público pregón, en cumplimiento de las ordenanzas de la caballería, del torneo acordado por S. A. á suplicación del Farfán Aceja.

---

## CAPÍTULO XIX.

De la piedad y caridad de Zoraida; del anhelo de la Reina D.<sup>a</sup> María y de su corte por su conversión y de las desconfianzas de fray Lope Barrientos.

**Q**UIENTRAS Thermaxerin pasaba el tiempo engolfado en sus condenados libros y, apacentado en ellos, meditaba algo de siniestro contra el príncipe de Granada y el Farfán Aceja; su ama, la princesa Zoraida, como mujer de buen entendimiento, restadas las horas consumidas en las fiestas y las destinadas al descanso, había dado á las que le quedaron horras, desde su entrada en Arévalo, honestos y provechosos empleos. Iniciada por el mirasa Jamelique en los misterios de la religión cristiana, eran tales sus ansias por instruirse en sus prácticas, que no dejó de asistir un solo día al santo sacrificio de la misa que, á imitación de la reina, hincada de hinojos en tierra, oía con gran devoción y re-

cogimiento. Sentía aquella alma candorosa tan encendido afecto por la Virgen, á quien llamaba Lela Marien, y por su Divino Hijo, que una mañana en que, terminado el oficio, quedó sola en la capilla con la reina y el santo obispo de Burgos, mostró tan vehementes deseos de tener un ratito en su regazo al niño Dios, que una imagen de talla de María sostenía en sus brazos, que luego fué complacida. ¡Oh y que alegría tan inefable la suya cuando lo tuvo en las manos, que de mimos y de caricias le hizo, cuantas ternezas y requiebros de amor le dijo pasito! ¡Como que no parecía sino que los ángeles hablaban por su boca!

Lloraban y reían á un tiempo, dulcemente conmovidos, la reina y el obispo al ver aquellas muestras de piedad. Pero cuando, después de una buena pieza de mirarlo y remirarlo y regalarse con él, llegó el momento de restituir el niño Jesús á su Santísima Madre, fueron tales sus extremos, tan redoblados y ardientes los besos que le dió y tan copiosas las lágrimas que corrían por su rostro, que no parecía sino que, al quitárselo, le arrancaban el corazón del pecho.

—¡Ay que dolor de niña! dijo por lo bajo suspirando la reina al obispo de Burgos. ¡Cuan buena y bella es! La pena me ahoga al pensar que ha de llegar el día en que la perdamos para siempre de vista sin abjurar los errores de la maldita secta mahometana. ¡Oh, y que disposiciones tan hermosas las tuyas y cómo resplandece en ellas la suavísima luz de la gracia!

—Encomendémosla á Dios, dijo el santo obispo, elevando los ojos al cielo, y sea nuestra intercesora su bendita Madre, por quien muestra tan singular predilección esta criatura.

—¡Que suerte la del caballero en quien ponga esta perla los ojos! ¡Qué daría yo, añadió, por que los fijase en mi muy amado hijo! Ahora más que nunca querría, que fuera el Infante un dechado de perfecciones. Dicha grande la nuestra si este ángel en la tierra, renunciando al trono de Tartaria, llegara á ocupar el de Castilla.

Interesada la reina en el bien espiritual de la princesa, pasaba con ella buena parte del día satisfaciendo su curiosidad infantil sobre

lo que le preguntaba, aunque, cuando versaba el discurso sobre los misterios y artículos de la fe, tomaba á su cargo el explicárselos el reverendo obispo de Burgos, que ordinariamente las acompañaba. Este afán de la reina y del santo prelado era el de toda la corte, la cual, en los días que llevaba la princesa de estar en ella, había tenido ocasión de avalorar las altas prendas de alma con que el Señor la había enriquecido. Afable y dulce de natural, llevábase la princesa de calle á cuantos la trataban. Aunque su vestimenta era cual convenía á su alto rango y estado, en ella, como en la suavidad de su rostro, en la benévola sonrisa de sus labios, en el gesto y la mirada, en el timbre de su voz, en la manera de estar queda ó de moverse, en lo que decía y hasta en lo que se callaba, daba testimonio de su honestidad. De ella podía decirse que, así como en el agua clara se parece el semblante del hombre, según rezan las Escrituras, así se retrataba en el suyo su bondad interior. Parca en el hablar, nadie tuvo que reprender en su plática una palabra ociosa ni una pregunta indiscreta, ni una curiosidad importuna. Con

ser soberanamente hermosa y repetírselo todos, jamás hizo cuenta de serlo. ¡Hasta parecía haber puesto en olvido que era heredera de un gran imperio! Pues por ser humilde y sencilla tan á la llana y tenerse á sí misma en nada, era tenida en tanto por la corte de Castilla.

Entre las otras alhajas, de que le había provisto largamente la solicitud de su amadísima madre, la sultana Hausada, figuraba el famosísimo y muy peregrino anillo de su abuelo, el gran Tamorlan, cuya piedra, al decir de los sabios astrólogos de Samarcanda, labrada por los genios y tocada en el sello de Salomón, poseía la maravillosa virtud de enturbiar su color, siempre y cuando la persona, con quien platicase su dueño, faltara á la verdad. Con todo eso, nunca se le ocurrió á Zoraida sacar aquella alhaja de su guardajoyas, porque prefería ser engañada á pasar por el trance amargo de persuadirse que pudiera haber en el mundo quien se atreviera á mentir, lo que abonaba su discreción, pues, estando, como estaba á diario, en comunicación con la gente cortesana, no hubiera tenido su dolor inter-

mitencia al ver constantemente anublada la piedra de su anillo.

Solícita de acudir á las necesidades de los pobres vergonzantes, que son los que más urgente auxilio reclaman, aprovechaban ella y la reina el tiempo que mediaba entre la oración de la noche y las ánimas para visitar sus zaquizamís, consolarles y darles el óbolo de la caridad. Recatándose hasta de sus damas y sirvientas y cuidando de no ser de nadie vistas ni sentidas, luego de rezar el Ave María, salían cuotidianamente las ilustres damas, rebozadas en los mantos, por un postigo excusado del alcázar sin otra compañía que la del mirasa Jamelique, disfrazado de rodrigón, con quien recorrían las calles de la villa y los arrabales de los mudéjares y judíos. ¡Oh, y qué lluvia de bendiciones caía á diario sobre aquellas señoras misteriosas! ¡Cuántas fervorosas y agradecidas oraciones elevaban á Dios por ellas aquellas almas desoladas, que comenzaban por ignorar de donde les venían tan cuantiosas limosnas! ¡Y cuán ricas de dones espirituales, qué dulcemente satisfechas y alegres, cumplida por el amor de Dios y á sorbo

callado aquella hacienda de caridad, regresaban la reina y la princesa á su morada! Si los favorecidos de la fortuna, exclama al llegar aquí el narrador de esta historia, supieran que el óbolo que se dá al pobre, se dá á rédito al mismo Dios, que es el mejor y más espléndido de los pagadores, no se encontraría un solo cicatero en el mundo.

Pero las liberalidades y larguezas de Zoraida no se limitaban á socorrer á los pobres vergonzantes; alcanzaban por igual á los hospitales, fundaciones piadosas y casas de religión, que había en la villa, á las cuales iba de vez en cuando con la reina y el mirasa Jamelique, quien había hecho á la princesa, al explicarle la historia de la Europa bárbara, tan expresivo y acabado retrato de las órdenes monásticas, fautoras de su civilización y cultura, que fué todo su afán, al poner el pie en tierra española, el conocer y tratar á aquellas almas dulces y sencillas, que, obedientes á la voz de Cristo, renuncian al mundo para tomar su cruz y seguirle; á aquellas fragantes flores, nacidas al calor del santuario y regadas por el rocío bendito que desciende de las alturas misterio-

sas de la gracia, á aquellas palomas entre milanos, á aquellos corderos entre lobos, á quienes amansan con su humildad, á aquellos ecónomos y limosneros de los pobres, sostén de los huérfanos, báculo de los ancianos, paño de lágrimas del triste y del afligido, sal que sala la carne corrompida, preservándola de la moscarda de las pasiones, espumadera de vicios, santificadores del trabajo, transformadores en jardines y verjeles de los yermos y despoblados, criados, sin salarios, gajes ni adehalas, de los llagados y leprosos, aventadores de la ignorancia, cultivadores del entendimiento y del corazón, maestros en costumbres y piedad y tan rigurosos y crueles consigo que, tomando ejemplo en su Divino Redentor, hacen justicia en sí mismos con sus mortificaciones, ayunos y penitencias y hasta con el sacrificio de su propia vida de los pecados ajenos.

Al comunicar Zoraida con los frailes y freiras de los conventos de Arévalo, muchos de los cuales, como le dijo la reina doña María, eran hijos de las principales y más opulentas casas del reino, creía encontrarse en las ante-

salas de la gloria, y al ver en la suavidad y dulzura de sus rostros y en la apacibilidad y modestia de su continente resplandecer con la luz de los cielos aquellas peregrinas virtudes, con que se los había pintado su ayo Jamelique, pasmada de admiración y asombro, interiormente se decía: ¿qué religión es esta de Cristo crucificado, que tales prodigios obra y tan estupendas maravillas?

Con todo esto, se mostraba tan por extremo reservada en orden á su conversión, que había momentos en que la reina doña María, el obispo de Burgos y aun el mismo mirasa Jamelique se sentían descorazonados. De notar eran, en verdad, pasados, que fueron, los primeros días de su estancia en Arévalo, el recogimiento de la princesa, de ordinario comunicativa, y su abstracción á veces de cuanto la rodeaba, aun en ocasiones en que la plática, que con ella tenían, era más animada y viva.

—¿Cual será la causa de este estado?, preguntaba la reina la víspera del torneo á los prelados de Burgos y de Ávila, al confesor del rey y al mirasa Jamelique, que estaban con S. A. en la real cámara.

—Por lo que á mí toca, nõ lo se declarar por lo cierto, dijo el obispo de Burgos; pero, á lo que se me antoja, de algunos días á esta parte batallan á todo poder en el corazón de Zoraida dos encontrados é irreconciliables afectos: el encendido que muestra á la religión de Cristo y el que profesa á la de Mahoma, no por sí misma, sino por ser la de sus padres.

—De ser así, observó el obispo de Ávila, trabajo le mando al catequista que tome á sus costas el reducir al gremio de nuestra Santa Iglesia á esa ilustre dama en el breve tiempo que le queda de estar en Castilla.

—Bien se me alcanza, repuso el obispo de Burgos, lo arduo de la faena, ni se me oculta tampoco no ser obra de un día; pero Dios, Nuestro Señor, se encargará de abreviar el proceso y allanar el camino que resta por andar.

—Razón es esa que excusa todo discurso, dijo fray Lope, porque, si Dios quiere, negocio rematado; pero es el caso que, aun queriendolo, como ella no quiera, mala la hemos hecho. Doctrina es esta, bien se le acordará á vuestra Reverencia, de nuestro padre San Agustín.

—Así es la verdad, respondió el obispo de Burgos; pero advierta vuestra Reverencia, que yo doy por presupuesto que la lucha que en estos momentos libran en el pecho de la princesa los susodichos afectos, ha de venir á dirimirla la gracia.

—Amén, replicó fray Lope; pero hágalo pronto el cielo, que acaso, y sin acaso, sea para luego tarde.

—Y ¿por qué ese temor? preguntó la reina.

—Por ciento y un motivos, respondió fray Lope. De público se dice, añadió, entre los galanes, bien lo saben V. A. y sus Reverencias, que esa dama no pone malos ojos al príncipe Abulhasan y al Farfán Aceja; de público también se dice que, gustando de los dos, vacila hacia qué lado inclinarse. Pues figúrese V. A. que en el torneo de mañana dejara Abulhasan fuera de combate á su adversario. ¿Qué sucedería entonces? Vamos, no quiero pensarlo.

—Como nunca he dado crédito á esas hablillas, dijo el obispo de Burgos, no tengo para qué soltar la fantasía sobre lo que podría suceder de llegar el caso que vuestra Reverencia teme.

—Eso mismo me dice y me repite á toda hora el bueno de Jamelique, que nos oye, replicó fray Lope, y yo le he contestado que todo será muy cierto, pero que cuando el río suena, piedra ó agua lleva. Y ahora concluyo con una pregunta: la preocupación y ensimismamiento de la princesa ¿será por lo que se le antoja á su Reverencia ó por lo que le pasa con los amartelados galanes que le cuelgan las gentes? Allá veremos, si Dios nos dá vida, en la tarde de mañana.

Conturbados con este diálogo quedaron la reina doña María y el mirasa Jamelique, el cual, luego de retraído á su alforfa, hincado de rodillas ante una imagen de la Virgen, le pidió con abundantes lágrimas y sollozos no dejara de su mano á la princesa Zoraida, á quien muy más que á cosa del mundo quería.

---

## CAPÍTULO XX.

Del torneo que tuvo lugar en la villa de Arévalo entre moros y cristianos.

**E**N la mañana misma en que los farautes hacían por las plazas y cantones de la villa la divulgación del torneo, comenzó por orden del rey la fábrica del rencle, en la cual se dieron tal prisa y diligencia los operarios, que al caer de la tarde, víspera de la fiesta, habían dado de mano á la obra. De hasta quinientos pasos de largo por doscientos cincuenta de ancho, componíase de una doble valla, que dejaba franco un callejón para uso de los guardias, escuderos y criados, adscritos al servicio de la liza, en cuyos cuatro ángulos se alzaban otros tantos cadahalsos toldados de ricos paños franceses, de los cuales los dos, que daban al Sur, se habían destinado, el de la derecha de la puerta de entrada para los jueces, reyes de armas, farautes, perseverantes, músicos y ministriles, y el de la iz-

quierda para los ancianos caballeros, curtidos en esta clase de ejercicios marciales. De los otros dos, que caían á la banda del Norte, el uno era para los regidores de la villa y mayores de sus gremios y el otro para los gentiles hombres Abencerrajes y tártaros. Otros dos cadahalsos muy mucho más suntuosos, en los cuales tenían sus asentamientos los reyes y la princesa Zoraida, ocupaban, frente el uno del otro, la parte central de la talanquera. De ellos, el de la izquierda, que era el de SS. AA., semejaba un tan bizarro alhizan que, con ser de lienzo y madera, de tal suerte y con tal propiedad se hallaba pintado, que no parecía sino que sus torres y muros, sus pretilles y almenas, en que ondeaba el pendón de Castilla, habían sido labrados con sillares de piedra. No menos que por de fuera era de alabar aquella fábrica por de dentro, pues, demás de la principal, que daba á la liza, tenía espaciosas y muy cómodas salas y cámaras, tan bien ordenadas y dispuestas, como pudieran estarlo las de una fortaleza verdadera. En la buharda, que se hacía sobre el ancho ajimez de la sala principal, se había colocado

una campana, de cuyo badajo colgaba un cordón de seda, que daba á las espaldas del asentamiento real, á fin de que S. A., llegada que fuere la hora de comenzar el torneo, mandara dar en ella los tres golpes que, según lo previamente acordado, habían de ser la señal de la acometida.

Aunque menor en amplitud al de los reyes, no le iba en zaga en lujo y magnificencia el cadahalso de la reina del torneo, vestido, como se hallaba, de seda azache de broca y tapizados de preciadísimas alfombras persas el suelo y las gradas por donde se ascendía al alto sitial de ébano con preciadísimos entalles, que cobijaba un dosel de lama de plata con alhaites de aljófares por flecos. Aunque no tan rozagantes y vistosos, eran mucho de notar los asentamientos de las damas tártaras. A derecha é izquierda de los cadahalsos de los reyes y de Zoraida, rematando en los situados en los ángulos del palenque, corrían dos espaciosas galerías toldadas, alta y baja, con banderas y gallardetes, la primera para las damas y caballeros de la corte y la segunda para los de la villa y foráneos.

Las barreras de las bandas del Sur y del Norte del palenque, en cuyos centros se abrían respectivamente sus dos puertas de entrada, se habían dispuesto de tal suerte que los populares pudiesen ver desde ellas la liza y atisbarla desde los altozanos del ejido.

Como obra de cuarenta pasos de la puerta del Sur se hallaban las tiendas del caballero Aceja y sus parcioneros, cerradas de una fuerte empalizada, y á igual distancia de la del Norte y del propio modo circuido, veíase el alfareque de Abulhasan y sus ajariques. Pendientes de cordones de seda parecíanse sobre las entradas de los pabellones de ambos caballeros sus respectivos escudos, sin más diferencia que, mientras el del príncipe granadino ostentaba en el suyo el mote de los reyes Alahmares, no se advertía en el del Farfán empresa ni blasón alguno.

Demás de estas se habían plantado otras dos tiendas, la una en el sitio en que estaban las del Farfán y la otra cerca del alfareque del hijo del rey Saád, para que posasen en ellas los oficiales, que pedía esta suerte de

fiestas, como armeros, herreros, carpinteros, lanceros, alfayates, alfajemes, físicos y otros de otras facciones.

Aun no había echado Dios sus luces, cuando el dilatado campo de los alijares se veía poblado de gente menuda, que de la villa y de los pueblos y alquerías comarcanas acudían en tropel á presenciar el torneo, hallándose ya ocupadas las barreras francas del Sur y del Norte del palenque por cerradas filas de hombres y de mujeres. Y aunque alguno que otro modorro, haciéndose el sordo á los improperios y denuestos de los asaltados ó aguantando en paciencia sus coces y pescozones, había logrado hacer brecha en ellas á fuerza de codos y aun, sudando la gota gorda, acomodar su persona en sitio preferente; resignado el resto de los desidiosos con su abatida fortuna, tomó el prudente partido de quedarse á la zaga, ocupar las alcudias y oteros circunvecinos, que dominaban el palenque, ó encaramarse á los robles y pinos de un bosque frontero, haciendo asentamiento de sus ramas y dosel de sus pimpollos. Solo los desmañados y modregos se quedaron sin tales cabalgadu-

ras, por que lo que es árboles, los había en abundancia por aquellos sitios. Numerosos vendedores ambulantes recorrían el campo en todas direcciones, pregonando á gollete herido sus mercancías, de las cuales hacía gran consumo la concurrencia por estar aun ayunos los que no habían tenido el acuerdo de hacer la zahora antes de dejar sus casas.

Éranse de ver, luego que fué de día claro, las innumerables cabezas que bullían en la vasta planicie de los alijares. Faltaría cuanto media hora á la de tercia, que era la en que debía principiar el torneo, cuando comenzó á desfilar por la puerta de Arévalo la comitiva regia, cuya cabeza la formaban una nutrida banda de trompetas, añafiles y atabales y hasta doce muy lindos pajecicos, ataviados con falsos petos y galatos de amarillo y rojo, birretes, gregüescos y galochas de los propios colores, ginetes en briosos ruanos. Tras ellos, y sobre poderosas alfanas, cabalgaban los jueces, farautes y persevantes del rey, el escribano, que había de dar fe de cuanto pasase en el torneo, y cantidad de músicos y ministriles. Á reo, y en filas paralelas de ocho en fondo

con su almocaden y alférez al frente, que llevaba en la mano izquierda el pendón de Castilla, marchaban á pie los ballesteros de maza, que habían de dar la guardia en el cadahalso real. Á continuación, y ocupando el centro del cortejo, se parecieron los reyes, la princesa Zoraida y el infante D. Enrique, vestidos con la pompa y majestad que pedían sus altas personas, seguidos de los grandes señores de la corte, de las damas castellanas y tártaras y de los mirasas Thermaxerín y Jamelique, todos ellos en traje de gala. Cerraban el cortejo cantidad de escuderos, un escuadrón de lanzas y una compañía de piqueros. Clamorosas albuérbolas y alborozada gritería resonaron por toda la extensión del ejido al divisar á SS. AA. y á la reina del torneo. Al penetrar en la liza los ínclitos monarcas castellanos sonaron regocijadamente las bandas de música castellana y las zambras de mudéjares y judíos y puesto de pie el numeroso concurso, que llenaba las galerías alta y baja, saludó á SS. AA. y á la reina del torneo con vivas atronadores, las damas, agitando en el aire sus mocaderos, y con la gorra en la mano

los gentiles hombres y caballeros, en cuya respetuosa actitud continuaron hasta que fueron ocupando los reyes su cadahalso y el suyo con su servidumbre la princesa Zoraida, la cual, á juzgar por la extremada palidez de su rostro, debía hallarse doliente.

Acomodados SS. AA. y Zoraida en sus respectivos asentamientos, recorrieron los jueces la tela, midiendo el campo, el viento y el sol y antes de subir al cadahalso, que les estaba deputado, proveyeron el palenque, para asegurar el campo por igual á los caballeros de uno y otro bando, de hasta cien ó más escuderos, piqueros y ballesteros, á los cuales dieron severísimas órdenes de no consentir desafueros ni demasías, ni en los asistentes ni en los justadores, de cualquier suerte y clase que se fueren.

Colocadas las guardias en sus puestos y en su cadahalso los jueces, reyes de armas, farrautes y persevantes, se dió público pregón por Escamilla, heraldo mayor del rey, de los capítulos del torneo, dando fin á la grida con la acostumbrada prevención de que ninguno fuere osado, por accidente ó reves que acaecer

podiera á cualquiera de los justadores, de dar voces ó aviso, ni menear mano, ni hacer seña alguna, bajo apercibimiento de que, por hablar, le sería al contraventor cortada la lengua y cercenada la mano por hacer seña.

Hechas estas prevenciones, abrióse de par en par la puerta del Sur de la tela, que era la frontera á los pabellones que ocupaban el muy generoso, gentil y noble caballero Tristán Aceja y sus once parcioneros, todos ellos hijosdalgo sin reproche, los cuales en arneses de guerra muy febridos y sobre poderosos caballos, ricamente encubertados, con garbo y continente marcial, llevando á su mayor por cabecera, penetraron en el coso entre los aplausos de la multitud y la resonancia de las trompas, atabales y tamborinos.

Reconocidas sus armas por los jueces y dádoles palabra el Farfán en su nombre y en el de sus compañeros de no llevar consigo ensalmos ni amuletos, que pudieran torcer la suerte de las armas, dieron la vuelta á la tela y al llegar frontero del cadahalso, donde tenía su asentamiento la reina del torneo, desfilaron muy airosamente los unos tras los otros ha-

ciendo una profunda reverencia á la princesa tártara y poniendo las moharras de las lanzas al par del suelo. Estas muestras galanas de acatamiento y vasallaje las repitieron los bizarros caballeros delante del pabellón, donde estaban el rey y la reina, el Infante, el Condestable D. Álvaro de Luna y los nobles asistentes á la corte. Terminada que fué la ronda marcial, dispuso el Farfán su línea de batalla, esperando la entrada en el palenque del príncipe granadino y de sus ajariques, los cuales, franqueada que les fué la puerta del Norte, que era la que daba al lugar en que estaba asentado el alfareque de Abulhasan, penetraron en la tela al son de los añafles, ajabebas, albogues y atabales de la zambra de los mudéjares de la villa, situada en el cadahalso, que ocupaban por aquella banda los caballeros Abencerrajes y tártaros.

El aire marcial del príncipe granadino y de los suyos solo era comparable al del caballero Aceja y sus parcioneros. Parejos en apostura y gentileza, éranlo también en las otras virtudes guerreras; pues todos ellos, los unos y los otros, tenían dadas pruebas de ser gran-

des caballeros de la brida y muy diestros en el manejo de la espada y de la lanza.

Venían los Abencerrajes montados á la jineta sobre briosos alazanes, hermosamente arreados, como que todo el jaez, encaladas, estribos y espuelas eran de finísimo oro. Hasta las vainas de sus alfanjes, enforradas en terciopelo carmesí, llevaban abrazaderas de aquelpreciado metal y en ellas pequeñas inscripciones alcoránicas entre vistosos lazos y ajaracas de esmalte. Como después se supo, estos espléndidos arreos les fueron dados por los mudéjares de la villa que, celosos del lustre y prez de sus cohermanos, no habían perdonado sacrificio porque hiciesen ventaja á los caballeros cristianos. Pero donde aquella gente echó el resto fué en el príncipe Abulhasan, cuya silla de montar, labrada de hilo de oro tirado á martillo, llevaba en el arzón delantero un rico joyel, en que había un gran balaje y tres gruesas esmeraldas, y en el zagüero cantidad de perlas, jacintos y zafiros. Su alfanje, cuyo arriaz terminaba en dos cabezas esmaltadas de alfil, hallábase incrustado de piedras preciosas de diferentes colo-

res y su almete, cuya celada se componía de lacerías grabadas y plateadas, remataba en una granada abierta, cuyos granos eran claros y finos rubíes, á diferencia de las llevadas por sus ajariques, los Abencerrajes, que eran de simples granates.

Á la entrada en la tela del hijo del rey Saád repitiéronse las demostraciones de júbilo y alborozo que al parecer el Farfán Aceja; como á éste y á sus parcioneros les fueron reconocidas por los jueces las armas á los moros, y encontradas de buena ley, luego de prestar juramento de no llevar nóminas ni amuletos consigo, dieron un paseo en torno de la plaza, haciendo la reverencia ante el trono de la princesa con sendas zalemas y al bajar los pendoncillos de sus lanzas hincaron de hinojos á los corceles en el suelo, destreza que les valió los nutridos aplausos de la multitud con enojo acaso del Farfán y de sus caballeros.

Rematado el paseo marcial, ordenó Abulhasan su escuadra frente por frente de la de Tristán Aceja y, apercebidos de poner las lanzas en los ristres, esperaron los unos y los

otros la señal de la embestida. En estos momentos supremos era diverso el estado de ánimo de los espectadores. La princesa Zoraida, lívido el rostro y presa de mortal angustia, fijos los ojos en el suelo, cruzadas las manos y en actitud suplicante, elevaba su corazón á Dios para que no acaeciera mal á ninguno de aquellos nobles caballeros, los cuales, por hacerle contento y merced, no reparaban en exponer sus vidas. No otro sentimiento traía conturbado el semblante de su ayo y ministro, el afable y humano Jamelique. En cambio Thermaxerin, cuyo pecho era un hervidero de odios, vinculaba en aquel fiero trance el remate y fin de sus rabiosos celos de morir en él Abulhasan y el Farfán Aceja ó su acabamiento y ruina de salir vencedor cualquiera de aquellos caballeros. De haber estado en su mano, hubiera dejado en un punto sin vida á ambas cuadrillas de guerreros, cristianos y moros; pero su incontrastable poder sobre los esclavos, animales y cosas inanimadas, no alcanzaba á los seres horros de servidumbre. Con todo, y para hacer más sangriento el combate y más terri-

bles sus estragos, iba aparejado de la retahíla de sortilegios y conjuros, que había aprendido en sus condenados libros de magia ó le habían sido sugeridos por su espíritu familiar, que, como se verá más adelante, era un diablo asaz agudo y ladino. Coopartícipe de sus odios la perversa Cholpamalaga, hiena disfrazada con las dulces lanas de la oveja, no quitaba los ojos de Thermaxerin, expiando sus movimientos.

De las disposiciones del rey y de la reina, del infante D. Enrique y de los nobles no hay que decir, sino que, avezados á aquellos sangrientos espectáculos, los encontraban muy puestos en razón y hasta muy provechosos y útiles para cuantos, profesando la orden de la caballería, daban tan gentiles empleos á su denuedo y valor, sin otro objeto ni mira que los de enaltecer su nombre, acrecentar su fama y hacer público alarde de su amartelamiento y amor á las damas.

En cuanto al común de los espectadores, eran tan de su paladar y gusto aquellos espectáculos, por lo que tenían de sanguinarios y crueles, que, posponiendo la habilidad y

destreza de los justadores á los horrores y estragos del combate, juzgaban de la bondad de la fiesta por el número de caballeros y caballos heridos, maltrechos ó muertos.

Formando raro contraste con el sentir de nobles y plebeyos, muchas personas, y á su cabeza la clerecía, no se mordían la lengua para anatematizar, á pesar de su divisa «Dios y la dama», á aquellos cruentos espectáculos, al que los había inventado y hasta á su legislador el rey René, considerándolos como forma nueva y aborrecible de las luchas del circo, escarnio de la moral, afrenta de la religión y menosprecio de Cristo y de su Iglesia Santísima. En sus ojos aquellas prendas distintivas del caballero, á saber, la susceptibilidad del punto de honor y la verdad considerada como religión, no eran más que disfraces de la soberbia humana y expedientes de la fuerza bruta, de cuyas garras salía crucificado casi siempre lo mismo que se pretendía defender.

Aproximábase en esto el momento del combate; damas y dueñas, caballeros y villanos, suspendido el ánimo y con los ojos en el

reloj de sol, prorrumpieron en una atronadora exclamación al reparar que la sombra estaba á canto de marcar la hora. Con efecto, momentos después, y á una señal del rey, se oyeron, acompasados y solemnes, los sonoros golpes de la campana y al terminar el último las voces altisonantes de los jueces que, colocados en la baranda de su cadahalso, gritaron por tres veces arreo. *¡Laissez-les aller, laissez-les aller, laissez-les aller!*

Al oír el último apercebimiento, dando de espuelas á sus fogosos corceles, dejáronse ir ambas á dos escuadras á todo correr, las lanzas enristradas, la una contra la otra, la de los Abencerrajes clamoreando sus lelilies, como es costumbre de moros, cuando entran en batalla, y la de los cristianos gritando: ¡Santiago y cierra España!

Dos montañas de granito que al chocar la una con la otra se hicieran menudas piezas, no hubieran producido más fragoroso estruendo, que el furioso encuentro de moros y cristianos. Estremecióse la tierra y, desgarrado su seno por los herrados cascos de los caballos, levantóse del centro de la liza tan densa

polvareda, que no parecía sino que el ángel de la muerte había rebozado en su negro sudario á los revueltos campeones.

Por una buena pieza no fué dado á los espectadores vislumbrar lo que pasaba en la liza. Y sin embargo, los relinchos de los caballos, enardecidos por la refriega, el crugir de las lanzas al romperse en las adargas y los escudos, el continuo golpeo de las espadas sobre las armaduras, los gritos de los combatientes, los lamentos de los heridos y los ayes de los moribundos, informes y confusos, barajados y revueltos con el redoble de los tamborinos y atabales, el agudo y dilacerante son de los desacordados albogues, añafles y trompetas y el incesante clamoreo de los reyes de armas, farautes y perseverantes, jaleando y azuzando á los justadores, presagiaban larga cosecha de reveses y desastres.

¡Sus, sus, valientes caballeros, gritaba desgañitándose el uno, amartelados siervos de amor, espuma y nata de cristianos y de moros, que las hermosas os miran! ¿Qué importa la vida en parangón de la honra?

¡Ánimo, ánimo, bizarros adalides!, exclama-

ba el otro con voz atronadora, rojo el rostro como una guinda, echando el cuerpo fuera de la baranda. Derramad los ojos por esa almá-ciga de preciadísimas flores, que embellecen las galerías; reparad en esas apuestas damas, dechados de hermosura y de gracia y diréis todos á una: ¿No es esta la antesala de la gloria? ¡Por Dios bendito, que no parece, al verlas, sino que los ángeles del cielo les han prestado sus encantos!

La ligera brisa, que se levantó en aquel instante, desvaneciendo la cerrada nube de polvo, que había ocultado hasta allí á los combatientes, dejó al descubierto la liza. ¡Qué horror! ¡Hasta los corazones más empedernidos se sintieron tocados de lástima! Caballos muertos ó heridos; disparados otros vertiginosamente con la montura en las cinchas por la vasta extensión del palenque ó arrastrando por la arena al jinete, que tuvo al caer la desgracia de engargantársele el estribo; aquí un caballero dando las boqueadas, allí otro á quien la aguda moharra de una lanza, entrándole por los resquicios de la visera, se le había hospedado en los sesos; acullá otro, oprimido por la pe-

sadumbre del corcel que montaba, al caer ambos en el suelo; quien herido en la garganta á través de la babera, quien en el muslo ó en la pierna por entre las junturas del quijote ó de las grevas, quien finalmente en la mano, en el brazo ó antebrazo. Astillas de lanzas, espadas y alfanjes desguarnecidos ó rotos, escudos y adargas hechos pedazos, cimeras, garzotas, yelmos y otras piezas de la armadura veíanse esparcidos por el suelo en medio de charcos de sangre. En resolución, de los veinticuatro caballeros, flor de la hermosura y bizarría de ambas Castillas y de Granada, veinte habían quedado fuera de combate, de ellos tres muertos y el resto más ó menos malamente herido. En el ángulo Sur del palenque seguían batiéndose á pie el alférez del escuadrón del príncipe de Granada y un hijo de Pero Carrillo, de la cuadrilla del Farfán; pero, extenuados uno y otro de cansancio, no tardaron en caer desplomados en la arena. ¡Nunca jamás en la vida habían visto los nacidos en tiempo tan breve, y siendo tan corto el número de torneadores, estrago semejante! Cierto que, en cuanto se había podido atisbar

al través de la cerrazón de polvo, el príncipe de Granada y el Farfán Aceja, arremetiendo briosos por las respectivas escuadras enemigas, habían dado señaladas pruebas del empuje é irresistible fuerza de su brazo, haciendo sufrir grandes reveses á los mejores caballeros; pero no lo era menos que ninguno de los justadores, moros y cristianos, llegó jamás á explicarse, como, sin recibir golpe de espada ó lanza, habían saltado al suelo en pedazos las piezas de sus armaduras, las cuales, siendo, como eran, de finísimo y bien templado acero, parecían forjadas de alfeñique ó de vidrio quebradizo.

No hay que decir que aquella escena de dolor produjo sendos soponcios y vitangos en las damas, á quienes servían los caballeros muertos ó maltrechos, copiosos raudales de lágrimas y muchas penas y sentimientos.

De haberlas interrogado en aquella hora de desolación y de quebranto, todas á una hubieran renegado de aquellos espectáculos. Pero ¡oh volubilidad humana! ¡Oh endebles y flaqueza de memoria, que olvidas lo que te duele para renovar lo que te agrada! Pasarán

días, vendrán nuevos cortejos á reemplazar á los muertos y con ellos nuevas fiestas y galanteos y consoladas las damas doloridas, trocarán luego sus tocas de duelo por espléndidos atavíos.

Retirados los muertos, conducidos los heridos á sus respectivos pabellones y limpio el palenque de estorbos, solo quedaron en él de las lucidas cuadrillas sus respectivos mayores, el príncipe Abulhasan y el Farfán Aceja. Cubiertos de polvo sus armaduras y los paramentos de sus caballos, hallábanse frente el uno del otro en el centro de la liza á no más distancia de seis lanzas con las suyas en el ristre. El escudo de los Alahmares con banda diagonal en campo rojo y las letras arábigas en ella, que decían: «*Gua le gálib ile Allah*», que suenan en romance: «Solo Dios es vencedor», que embrazaba uno de los guerreros, y la granada con granos de rubíes en que remataba su capacete, denunciábanlo por el príncipe Abulhasan, así como la ausencia en su rodela de toda empresa ó divisa declaraba ser el otro campeón el Farfán Aceja. No habían con todo menester ambos á dos

caballeros de aquellas señales exteriores para saber cada cual de ellos con quien se las había. Si en aquel supremo instante se hubieran alzado las viseras, hubiérase visto en sus ojos, enrojecidos por el odio, el furor que hervía en sus pechos. No era ya el blanco de su codicia la corona de laurel y el anillo místico, premio del vencedor, ni aun la posesión de la hermosa princesa tártara; lo que traía en brasas su coraje, era la necesidad de acabar el uno con el otro.

Y como si en ellos se hubiera enjendra- do á la par el mismo pensamiento, cieron á la vez sus caballos, y luego que cada cual hubo retrocedido obra de veinte pasos, sin aguardar la orden de acometida, partieron á todo correr, como desatados vendabales, al encuentro el uno del otro en medio de la ansiedad y anhelo de los espectadores, á tiempo que las zambras y ministriles hacían resonar con más fuerza sus instrumentos y uno de los reyes de armas á voz en cuello decía: «¡Loor á los caballeros, gloria á los magnánimos, honor á los valientes! ¡El premio aguarda al vencedor! ¡Sus, sus, mirad á la sin par Zoraida,

miradla resplandeciente entre las damas, como la luna llena entre las estrellas!

Zoraida que, desde que ocupó el alto sitio, cerrados los ojos, cruzadas las manos sobre el pecho y puesto el pensamiento en Dios, había procurado abstraerse de cuanto la rodeaba, al oírse llamar clara y distintamente por su nombre, volvió de su arrobamiento, de la suerte que torna en sí el embargado por un profundo sueño, y derramando sus asombrados ojos por uno y otro lado de su asentamiento, los convirtió al fin á la tela. Despedado en aquél punto su espíritu y recobrados sus sentidos y potencias, recordó la princesa tártara que era la reina del torneo.

Aunque durante la *mêlée* los labios de Thermaxerin no habían tenido momento de reposo, pronunciando conjuro tras conjuro, y aunque, por los estragos causados en los justadores y sus cabalgaduras, no le cabía duda sobre su bondad y eficacia, había guardado en reserva los más capitales, por si escapaban ilesos del primer encuentro, contra aquellos dos caballeros, blanco principal de su inquina y aborrecimiento.

El don diabólico de reventar con un guiño á los brutos animales, que poseía aquel aborrito del infierno, resolvió ponerlo por obra, y clavando en el caballo de Abulhasan su aviesa y torva mirada, lo hizo con tal fuerza y poderío, que á mitad de su carrera llevaba ya el pobre animal abierto en canal el vientre, como si lo hubiera sido por la afilada navaja de un alfajeme.

Este suceso peregrino, cuyo misterio solo acertó á descifrar D. Enrique de Aragón, grandemente leído en las artes y procedimientos mágicos, pasó sin explicación para el resto de los espectadores, los cuales, viendo desplomarse al generoso animal, dieron por perdido al príncipe de Granada, y cierto lo hubiera sido si, al notar el rendimiento de su caballo, no hubiera arrojado la lanza contra su adversario, que se le venía encima, para contener el ímpetu de su arremetida. É hizo lo con tal fortuna, que, botando en el escudo del Farfán, fué á caer el asta á los pies del caballo que montaba, el cual, trabucando en ella, dió de bruces en tierra, rota la pierna derecha.

Óyese en aquel punto, como hacia la parte

del cadahalso, que ocupaban los Abencerrajes, una voz chillona que en arábigo decía: ¡ya Muley, tuyo es, métele mano! Divertida en el combate la atención de los guardas del palenque, aunque llegó el clamor á sus oídos, no pudieron descubrir al autor del desafuero, que no era otro que Mesrúr.

Pero el aviso del bufón nada aprovechó á su amo, pues, sacando rápidamente el Farfán los pies de los estribos, saltó á la arena y desenvainando la espada, lanzóse intrépido y resuelto sobre el hijo del rey Saád, que, firme como un roble, lo esperó con el alfanje en guardia. La lucha entre ambos caballeros fué larga y porfiada. Sucediáanse los tajos y mandobles con rapidez vertiginosa; las espadas, más que espadas, parecían por la cantidad de sus mellas, herramientas de aserrador; las bien templadas armaduras semejaban pedernales batidos por eslabones; tales y tan copiosos eran los chorros de chispas que despedían, heridas por los aceros. Cada gran cuchillada, cada gran golpe de habilidad ó destreza de los contendientes eran con alborozo celebrados por los músicos y ministriles, los reyes de armas y

farautes, que no cesaban de estimularlos y enardecerlos con su gritería.

Exasperado Abulhasan de la resistencia de su enemigo, rifado de soberbia el seso é impaciente de poner fin al combate, sin curarse de resguardar la cabeza, dió tan fiero revés en la habera del Farfán, que, á no ser de las finas de Toledo, le hubiera cercenado el cuello. El arrojado del despechado príncipe moro estuvo á canto de costarle la vida, pues viéndole descubierto, le descargó el Farfán tan tremendo espadazo sobre la calva del almete, que, si como le dió de plano, acierta á darle de filo, le hiende en dos cascos el cráneo. Con todo, la conmoción cerebral debió ser grande, pues arrojando abundante sangre por las narices, todos le hubieran dado por muerto, si vuelto instantáneamente del aturdimiento y haciendo un supremo esfuerzo, no hubiera redoblado con nuevos bríos el ataque contra su adversario, á tiempo que los jueces y reyes de armas, teniéndole por malamente herido, corrían apresuradamente á catarlo.

Fácil es de preveer el fin que hubiera tenido el combate, si un grito desgarrador de

Zoraida, que cayó exánime sobre el respaldo de su trono, y las reiteradas instancias de la reina D.<sup>a</sup> María y del Infante no hubieran advertido á la remisa y negligente condición del rey, que ya era hora de ponerle término. Arrojó, pues, Su Alteza el bastón á la liza y acercándose los jueces á los combatientes departieron al uno del otro.

¡Ah, se dijo Thermaxerin, cuando oyó el agudo grito de la princesa al ver bañado en sangre á Abulhasan, ya sé yo cual de estos dos caballeros es el preferido de Zoraida!

Lleváronse los Abencerrajes al alfareme al príncipe Abulhasan, el cual, á penas pisó sus zaguanes, cayó sin sentido en brazos del alguacil Abenamar.

---

## CAPÍTULO XXI.

De la plática que tuvo al Farfán su escudero  
Juan Fortún.

**Q**UANDOCIERO del rey, que le quitaba el triunfo del torneo, y echando fuego por los ojos, retiróse el Farfán á su tienda, sin querer ver ni hablar á nadie, acompañado de su viejo escudero Juan Fortún, que, con el estómago en la boca, había estado observando los últimos lances del combate. Experto en esta suerte de lides, tan frecuentes en aquel tiempo, y conocedor del esfuerzo y valor de su amo, en su parecer, de haber continuado momentos más el duelo, el vencimiento del príncipe de Granada era cosa hecha. Tal fué también, como después se supo, el de los caballeros ancianos, jueces, reyes de armas y farautes. Hasta los populares sacaron unas cantigas, rimas y dictados en loor del Farfán, menoscabo y deshonor del príncipe granadino, que tuvo que prohibir el

Regimiento de la villa para ahorrar mortificaciones á su ilustre huésped y á sus ajariques. Con todo, como no había llegado el caso de dar sentencia, quedó el combate hecho tablas, sin vencedores ni vencidos. Pero no era tanto lo que mortificaba al Farfán este tuerto, que le privaba de los honores adjudicados al triunfador, cuales eran, según las leyes de la caballería, el de dar un beso en la frente á la dama más varil de la asamblea, el de ir aderezado en paños de escarlata al festín, que tenía lugar después del torneo, y el de ser celebradas sus proezas por los vates cortesanos, como aquel agudo grito de dolor lanzado por la princesa al ver la sangre de Abulhasan. Tan clavado lo traía en el alma que, creyendo ser el príncipe de Granada el único obstáculo de su anhelada ventura, resolvió en un raptó de furor salirse de su tienda y entrarse por la del hijo del rey Saád para acabar con su vida. Y, cierto, lo hubiera hecho, á no haberle atajado el paso su fiel y prudentísimo escudero, el cual, viéndole por tan extremo airado, en vez de atizar el fuego que lo consumía, como lo hacen en tales ca-

— sos los que diciéndose amigos, solo lo son de nombre, le tuvo tan convincente discurso, que logró al cabo aplacar la exaltacion de su ánimo, mostrándole ser aquellos sus recelos puras cabilaciones de su acalorada fantasía.

— ¡Oh y que dulce es la amistad, exclamó el Farfán, rendido al fin á las razones de su escudero, cuando tiene por templo el corazón de los buenos! Arrastrado por la ira á pique he estado de cometer una infamia. Mas quedándole aun un resto de duda, añadió: ¿Pero crees tú, por ventura, que de ser la sangre mía hubiera dado aquel grito la princesa?

— Á no dudar, respondió el escudero, y de no haber estado absorta y como encerrada en sí misma durante la *mélée*, á penas comenzada su clamor y desmayo le hubieran puesto término. ¿No observaste la palidez mortal de su rostro, pasmado por el terror, al tomar asiento en su trono, aquel su cruzamiento de manos y aquellos sus bellos ojos tenazmente fijos en tierra, como si no quisiera ver nada de lo que en la tela pasaba?

— Acaso el amor, que me tienes, te hace hablar de esta suerte, replicó el Farfán. De

atrás vengo observando que no hay cosa, que pueda causarme enojo, á que no le halles disculpa. En cambio, no hay acción mía, por mínima que sea, que no merezca tu alabanza.

—Ni el amor me quita el conocimiento, respondió Juan Fortún, ni todos los actos tuyos han merecido mis loores. Curando no desvanecerte, más te he enaltecido yo de detras, que te he realzado de delante. De ordinario acaece que quien alaba en las barbas, en la ausencia vitupera. Nunca fies de esos tales, que son como copa emponzoñada con miel en los bordes. Quiere tu por amigo al que de cuerpo presente te diga las verdades. ¡Cuántas veces, acuérdate bien, te las he dicho yo con solicitud de padre! ¡Cuántas he reprendido esa tu ambición desatada que, deslustrando tus partes, es madre del desasosiego y regomello que te trae fuera de tino! El *est modus in rebus* y el *caveas ne quid nimis* del vate latino, que recomendaba á diario á sus discípulos mi maestro de gramática, regla fué siempre de moderación y cordura. Digna de loa es la hidalga ambición de medro; pero si el seso no la gobierna, comezón es y ruina del alma.

Repara en los bajeles, que navegan por la mar, cuan airosos y gentiles surcan sus aguas en tiempo de bonanza; pero advierte también que, si el rigor de los vientos las infla y sobreviene la fortuna, se van míseros á pique. Pon en buen hora lo que esté de tu parte para lograr tus honestos deseos, que no entra el manjar en la boca, si no lo llevamos á ella; pero si dispusiera el Señor que la gran princesa tártara no te elija por esposo, note amilane el fracaso ni dé al traste con tu calma, que señal será evidente de que no te conviene.

Oyendo estaba el Farfán estos sesudos consejos, cuando llegó á la puerta de la tienda, montado á caballo y con otro del diestro, el doncel Alvar Yañez para llevarlo á su casa. Antes, empero, de marcharse, seguido de su escudero, recorrió el caballero Aceja uno por uno los pabellones, en que se hallaban heridos ó maltrechos sus amigos, para saber de su estado, ofrecerles su asistencia y proveerles de cuanto menester hubieren.

---

## CAPÍTULO XXII.

De cómo y por qué resolvió el rey D. Juan dar una batida en el Bosque de los Mengues.

**A**UNQUE todo estaba dispuesto para celebrar el triunfo del venturoso caballero que saliera vencedor en el torneo, ni aquel día hubo convite, ni hicieron los reyes sala, como solían. Tan grande era el duelo por las desgracias habidas en la liza, no siendo la última en sentir las la princesa Zoraida, á quien los físicos recomendaron el lecho por haber notado en ella algún acceso de fiebre.

La primera diligencia del rey, luego que tornó al alcázar, fué mandar al Infante á las posadas del príncipe Abulhasan y de los caballeros heridos de uno y otro bando y ordenar á los físicos de su casa cuidasen de su asistencia y le diesen parte diario de su estado.

Pasados tres días envió S. A. á todos los

justadores ropas rozagantes de rico brocado carmesí, enforradas en raposos ferreros, y muy hermosos y grandes caballos de la brida y de la jineta á los que habían perdido los suyos. Otrosí: al príncipe de Granada y al Farfán Aceja hízoles presente de unos ricos collares de oro engastados en zomordas y zafiros, que no montaría menos cada uno de mil doblas zahenes, amén de un jazaran dorado al primero y al segundo una suerte de armilla ó sobrevesta faldada de tisú de plata, exhornada en las caderas del cingulo militar caballeresco con recamos de finísimo oro, preciadísimas prendas de su propio uso, que por gratitud al donante llevó el noble caballero desde aquel día. Díjose que estas alhaidias las hizo el rey de buen talante, no solo por galardonar el valor de aquellos gentiles hombres, sino por mostrarse liberal y magnífico con la princesa tártara, de la cual no se le iba el pensamiento, esperanzado de casarla con su hijo. El infeliz padre, que se forjaba la ilusión de que Zoraida aceptaría su mano, no se había convencido aún que el Infante era refractario al matrimonio.

Los encarecimientos, que no cesaba el rey de hacerle con ocasión y sin ella de aquel ventajoso enlace, habían corrido hasta allí la misma suerte que las amorosas instancias de su madre y el ahincamiento y afán de uno y otro por retraerle de su vida montaraz y agreste, pues no pasaba día sin que sus antojos y extravagancias les dieran nuevos motivos de penas. Pocos eran los transcurridos desde la celebración del torneo, cuando visiblemente alterado se presentó una mañana al rey su montero mayor haciéndole saber como, al ir á dar de comer á los leones, se habían encontrado desiertas las jaulas. Persuadido S. A. de ser aquella hazaña, como era la verdad, obra de su hijo, montando en ira, fué su primera providencia mandar al Condestable lo redujera á prisión; pero los ruegos de la reina y las razones de su privado le hicieron desistir.

Transcurrieron en esto tres días, al cabo de los cuales vinieron nuevas á la corte de cómo del Bosque de los Mengues, distante no más de una legua de la villa, salían de noche á los caminos dos fieras espantables, las cuales, hacien-

do presa en los ganados y traginantes, traían consternada á la comarca. Y aunque en aquel bosque sombrío se albergaba abundante salvajina, criada ó llevada allí por industria del Infante, que había hecho labrar en lo más abrupto de su espesura un soberbio alcázar, los rugidos que distintamente oían durante la noche los rabadanes y rabíes y las gentes que habitaban las alquerías y cortijos cercanos, no dejaban lugar á duda de ser los causantes de aquellos destrozos los leones de Zoraida. Con este convencimiento acordó el rey convocar el Consejo, y reunidos sus miembros, como les consultara sobre el partido que convenía tomar con el Infante, verdadero y único causante de los estragos y muertes, que todos lamentaban, ciertos de la mansedumbre y debilidad de S. A. y del mucho amor que á su hijo tenía, se limitaron á decirle que, haciendo rostro de no sospechar nada ni de nadie, para no concitar contra él la animadversión de las gentes, hiciese saber á los habitantes de la villa y alquerías de su término, que anduviesen apercebidos contra las acometidas de los leones, los cuales, ha-

biendo violentado los hierros de sus jaulas, se habían salido al campo y refugiándose en el Bosque de los Mengues. Finalmente, acordaron los consejeros que se ofrecieran largas recompensas á los que lograran dar caza á las fieras.

Divulgado este acuerdo por público pregón; penetrado el rey de la necesidad urgente de extirpar aquella madriguera de animales dañinos y deseoso á la vez de esparcir el ánimo de la princesa con nuevos solaces y recreos, resolvió dar con sus monteros una gran batida en el bosque, encargando al Condestable que invitara al príncipe Abulhasan y á sus amigos y al Farfán Aceja y los suyos y que, sin dar de mano, dispusiera cuanto fuese menester para que la corte se trasladase al alcázar, que tenía el Infante en aquel sitio agreste, la siguiente mañana.



## CAPÍTULO XXIII.

En donde se describen el Alcázar del Gallo y el Bosque de los Mengues y se dá cuenta de lo acaecido en el primer día de caza.

**C**UMPLIDAS puntualmente estas órdenes por D. Álvaro de Luna, salieron los reyes, el infante D. Enrique y la princesa Zoraida de la villa de Arévalo al despuntar el día, precedidos de hasta trescientos monteros vestidos de amarillo y rojo, de ellos los unos con bocinas al cuello y venablos en las manos, con lebreles y sabuesos de trailla los otros y algunos con jaurías de perros alanos. Á la zaga del real cortejo iban cincuenta halconeros con cantidad de neblis, sacres, baharis, bornís, gerifaltes, alcotanes y alfanques havaneros y garceros y razonado golpe de hombres de armas, ballesteros, lanceros y piqueros,

Formaban parte de la comitiva las damas de Zoraida y el mirasa Thermaxerin, pues, con

la venia de la princesa, su ayo Jamelique había partido la víspera para Medina del Campo á visitar á sus deudos.

Al cabo de dos horas de marcha llegaron los reyes al Alcázar del Gallo, llamado así, porque la veleta, en que remataba su más alta torre, semejaba la figura de aquel ave, la cual tenía por entrañas un tan singular y peregrino artificio, que, batiendo las alas y enderezando el cuello y la cresta, abría el pico y daba la hora con agudo quiquiriquí tres veces al día: al salir del sol, al llegar á su zenit y al ocultarse. Decíase entre el vulgo de la gentes, que aquel misterioso mecanismo había sido obra de las brujerías de D. Enrique de Aragón; pero, á lo que referían personas sabidoras, el susodicho gallo era ni más ni menos que una *almagana*, regalo de un Soldán de Egipto á un Califa de Córdoba y que, sin saber como ni por donde, vino á parar á manos de uno de los Farfanés, que había estado al servicio de los emperadores de Marruecos, el cual, pagado de las mercedes que el rey D. Juan I le hizo, le donó en muestra de gratitud tan preciadísima alhaja.

Era el Alcázar del Gallo un edificio suntuoso de estilo moderno, en cuya fábrica, á pesar de la penuria del tesoro y solo por dar contento al infante D. Enrique, se había gastado el rey sumas inmensas.

Situado sobre una alcudia, vestida de menudo cespced y poblada de árboles frutales, en cuyo espeso ramaje tenían su albergue innumerables pajarillos de variado canto y plumaje, componíase su fábrica de tres cuerpos dealzada de muy vistosa y gentil sillería con alero saliente el último, esbeltas torrecillas, ajimeces, finiestras y espaciosas puertas de entrada; la principal de ellas, que era la del centro, para uso de las regias personas y las de los costados para el de su servidumbre. Rodeaba la alcudia una ancha y profunda cava, enchida constantemente de agua, sobre la cual, frente por frente de la entrada principal del alcázar, se hacía un puente levadizo, tendido durante el día y alzado, apenas asomaba el crepúsculo vespertino, para que la salvajina no pudiera penetrar en él durante la noche. Rodeaban la parte exterior del foso dilatados arriates y jardines, embellecidos

por sonoras cascadas y cintas de bruñida plata, que otra cosa no parecían los cristalinos y mansos arroyuelos que, orlados de juncos y espadañas, en toda dirección corrían. Ocupaba el centro de estos verjeles una muy hermosa fuente de mármol de colores, compuesta de tres partes, de las cuales la primera, que era la mayor, estaba sostenida por seis ninfas desnudas. Constaba la segunda, que la seguía en proporción y tamaño, de una taza volada, que tenía por sustentáculo el capitel de una columna retorcida. Finalmente, la tercera y más chica de las tres remataba en la figurilla de un perro sentado, que arrojaba líquidos cristales por la boca.

Formaba el mar de la fuente, por el que discurrían multitud de pececillos de brillantes colores, un exágono de jaspe, en cuyas caras se veían muy primorosamente labradas sendas cabezas de león, de cuyas fauces salían clarísimos chorros de agua. Hacia el Sur de la fuente, producido por sus abundantes derrámenes, parecía un extenso remanso poblado de ánades, gansos, patos y cisnes.

Descansado que hubo la corte breves mo-

mentos, pasaron los reyes y sus huéspedes al palacio, y luego de terminado el almuerzo se dió comienzo á la partida de caza. Habíala de cetrería en aquellos andurriales muy abundante y variada: abutardas, perdices y sisones, vítores y garzas, ánades, gruas y flamencos, autillos, buhos y lechuzas, pavones y faisanes, ansares y ansarones, quebrantahuesos, cuervos carniceros y averramias. De la caza mayor no se diga: amén de los leones, causa de la batida, eran sin número las piezas de toda laya, que albergaban aquellos breñales: osos y lobos, adíves y jabalíes, algacelas y cabras monteses, ciervos y venados, antas y búfalos, damas y enodios. ¡Las ardas, lebratos y conejos eran tan sin número, que en días del mundo se hubieran podido apurar! Hasta los aficionados á la pesca tenían allí en que dar contento á su gusto: desde las preciadas truchas de Alberche y las sabrosas anguilas del Bidasoa hasta las licas y las tencas, el pez mular y la corvina, la lamprea, el sobrayo, la salpa y el jurel, el albur, el almir y la japuta, de todo, según su especie y respectivamente, se encontraba en

las cascadas y remansos del caudaloso río, que atravesaba serpenteando el bosque, en sus grandes lagos y en las profundas albercas y artificiales albuferas, enchidas por industria del Infante de agua del mar, renovada periódicamente con la que traían en grandes odres y zaques muchas recuas de mulos y carretas tiradas por bueyes.

No estaban horros estos comportes de graves riesgos y tropiezos, porque, demás de la jara, que cubría el bosque, era tan enmarañado y denso el arbolado en buena parte de él, que corrían peligro de perder la vida aquellos de entre los cazadores que más arriscados ó resueltos, con la codicia de cobrar las piezas heridas, se aventuraban bravamente por la intrincada maleza, sin reparar que bajo de ella se ocultaban á veces muy malos pasos y tremedales, alfoces y almarjales, amén de profundas simas y barrancos. Es de notar, que el Bosque de los Mengues se dilataba tanto á todo viento, que no había uno, de entre los naturales de la tierra, que lo hubiera recorrido todo.

Contribuían grandemente á esto los cuen-

tos y consejas que corrían entre el vulgo. Quien, explicando el origen del nombre que llevaba el bosque, decía llamarse de los Mengues por estar poblado de una suerte de seres tamaños como del codo á la mano y de formas tan sutiles é impalpables, que solo era dado verlos en los plenilunios, cuando á la media noche, hora de su asueto y recreo, salían de sus antros y escondrijos. Quien aseguraba que, con efecto, se aparecían en la parte más arredrada del bosque fantasmas y vestiglos, habitantes en las ruinas de un cenobio, que, según tradición de los ancianos de la tierra, hubo en aquellos lugares agrestes en tiempos remotos. Quien, finalmente, riyéndose de tales invenciones, se limitaba á afirmar que lo único que de cierto se sabía, era que, reinando en Castilla el rey D. Fernando el Santo, vinieron de Alemania á Santiago de Compostela unos romeros, y que á su regreso de Galicia se establecieron en aquel sitio para hacer vida penitente, sirviéndoles de morada un vetusto castillo de tiempo de moros, que luego reedificaron al estilo de su tierra. Y aunque este último relato parecía ser de fácil comproba-

ción, era el caso que nadie se había tomado tal trabajo, pues si bien en varias ocasiones cazadores ardidés lo habían intentado, el natural temor de que les cogiera la noche en aquellas soledades, erizadas de malezas y pobladas de fieras, había sido parte para retraerlos.

Contaban, sin embargo, los viejos de Arévalo que, allá en sus mocedades, oyeron decir á unos aldranes que, encaramados un día en un alto pino, vieron distintamente en lontananza, como al levante del bosque, descollando sobre las copas de un espeso robledal, la cúpula de una torre. Pero de esto y de otras muchas cosas más, que referían los populares, Dios sabía lo cierto. La mayoría tenía lo por pura patraña.

En este primer día de caza, que duró hasta las puestas del sol, cobraron los monteros muchas piezas menores, no más lejos que en las inmediaciones del alcázar, pues, á partir de su cava, todo era campo abierto, incluso sus arriates y jardines, los cuales, por no tener otra defensa para atajar el acceso de la salvajina que un alto y cerrado salve de espi-

nos y majoletos, dejaban franca la entrada á las ardas, conejos y leporinos.

Pasados los verjeles, al penetrar en un verde prado, que arrancaba al pie de un humilde otero, apeáronse la reina y la princesa tártara, el infante D. Enrique, el alconero mayor del rey, Pero Carrillo, y los caballeros y damas que les seguían, dándose luego comienzo con losalcones á la caza de la garza.

El príncipe Abulhasan y los suyos, precedidos de dos de los más expertos monteros de la casa del rey con una trailla de sabuesos, se internaron en la selva por la parte del Este, y el caballero Aceja, jinete en un brioso trotón atigrado y llevando en la grupera á un lindo pajecico del Infante, que con una alcarraza á la espalda le había suplicado con instancia el acompañarle, se internó por la del Oeste, yendo delante, á guisa de explorador, provisto de un chuzo y de una bocina y acompañado de dos hermosos lebreles y tres perros alanos, su fiel escudero Juan Fortún. Detrás y á razonable distancia iba el doncel Alvar Yañez, montado en el blanco corcel de su carísimo amigo.

Quiso el acaso ó la suerte, que aun no se había alejado el Farfán obra de mil pasos del sitio en que quedaban el infante D. Enrique y las damas, cuando, amagando el cuerpo y poniendo el dedo en los labios, significó el escudero á su amo y al pajecico, que cabalgaban tras él á corto trecho, que guardaran silencio y, volviendo á ellos con leve y cauteloso paso les dijo quedo, mostrándoles el sitio, que se le antojaba haber visto al través de la jara, al pie de un grupo de pinos seculares, á un enorme oso. El pajecico, que esto oyó, comenzó á temblar como un azogado y apeándose precipitadamente y llevándose tras sí la caperuza del Farfán, de cuya punta se había en su turbación asido, trepó, ligero como una ardilla, á la copa del primer árbol que tuvo á la mano. Que lo avizorado por el escudero era así como él lo decía, no tardaron en verlo, pues habiendo sentido el oso el acceso de los cazadores y los perros, en vez de encomendar su salvación á la fuga, rompiendo resueltamente por la maleza, se arrojó puesto de pie con ímpetu tan furioso, tan recios gruñidos y tal crugimiento de dientes so-

bre el trotón de Aceja, que caballo y caballero no habrían escapado de su furor, si apercebido y en guardia, y parada en firme la fiera al oír el agudo toque de bocina, que sonaba el escudero azuzando los perros, no le hubiera sepultado el rejón en las entrañas. Muerto el oso, echó pie á tierra el Farfán y llamó al pajecico que á la sazón, y para reponerse del susto, estaba trasegando el contenido de la alcarraza. Llegó en esto el doncel Alvar Yañez con su caballo y habiendo terciado en él á la fiera, tomaron la vuelta del prado en que habían quedado Zoraida y la reina con su servidumbre. Luego que arribaron, pusieron el oso á los pies de las ilustres damas, é hincando el hinojo derecho en tierra, ofreció el Farfán aquel gentil despojo á la princesa tártara, la cual le dió muy graciosamente las albricias.

Mucho fué el contento que las palabras de Zoraida, tan parca y sobria en el hablar, produjeron al caballero Aceja. Todos los allí presentes, desde la reina y el infante D. Enrique hasta el último de los palacianos, celebraron su ventura. Pero llegó al colmo su alegría, cuando vió venir á poco al príncipe Abulha-

san y á sus Abencerrajes, los cuales por único trofeo de su algara venatoria traían un jabalí jabato, tan por extremo enteco y ruín, que daba grima mirarlo. La ofrenda que con ceremonioso y grave talante hizo de él á Zoraida el hijo del rey Saád, excitó la risa de damas y caballeros, y aunque los miramientos á su persona contuvieron su explosión, vino á convertirla con motivo excusable en franca carcajada, la súbita presencia de dos gimios, que, escapados de su jaula, se habían salido al campo y encaramándose á la copa de un árbol frondoso cargado de fruta, inmediato al sitio en que estaban, para burlar la persecución de su custodio, quien con la lengua de fuera, las cadenas en la una mano y una vara de acebuche en la otra, iba desalado tras de ellos á recobrarlos.

El príncipe granadino, que regresaba mal humorado de la caza, acabó por torcer el gesto cuando, reparando no lejos de Zoraida el formidable cuerpo del oso, advirtió al levantar sus ojos que los del Farfán reventaban de gozo, lo que no le dejó lugar á duda de haber sido su rival el matador de la fiera. El Infan-

te, á quien no se ocultó la contrariedad del hijo del rey Saád, como muy amigo y aficionado que le era, hizo lo que pudo por templarle el enojo, diciéndole que repetidas veces le había acaecido volver de la caza con las manos vacías y que, sin ir más lejos, aquella misma tarde tenía que regresar al alcázar con las perchas mondas, pues en el tiempo que llevaba de estar en aquel prado, en cuyo suelo jamás marraban las garzas, ni para un remedio se había divisado una.

De retorno los cazadores, salió el rey con sus cortesanos á la puerta principal del alcázar á recibir á la princesa, la cual, después de conversar brevemente con él y mostrarse muy complacida, retiróse con la reina D.<sup>a</sup> María, sus damas y el mirasa Thermaxerin, que, cada vez más cejijunto y sombrío, á penas si podía ocultar el negro humor que le devoraba.

Retiradas las damas, quiso el rey ver el oso y, habiéndoselo traído los monteros, felicitó calorosamente al Farfán y vuelto á sus palacianos les dijo, que se mirasen en la diligencia de aquel caballero, y aun añadió, para más estimularlos, que él ofrecía en pre-

mio al que le llevase vivo ó muerto el león ó la leona, que vagaban por aquellos andurriales, demás de las recompensas pregonadas, una palma de plata.

De estas palabras del rey hicieron coto, más que ninguno de los monteros y gentiles hombres allí presentes, el príncipe Abulhasan y el Farfán Aceja.

Aunque en aquella, como en las otras noches, hicieron los reyes sala, el cansancio del día y el propósito de madrugar le pusieron pronto término. No fué con todo tan breve, que no tuvieran tiempo los amantes de despacharse á su gusto, cada cual con su cada cual, pues hasta á algunos caballeros Abencerrajes y tártaros se les veía engolfados en sabrosísima plática con las damas castellanas. Ni podían llamarse á desaire las tártaras, por que á la linda Dilcoltagana le bailaba el agua el apuesto doncel Alvar Yañez, de quien tan prendada estaba, que, cada y cuando podía, andaba con él de chicoleo ó asomada á la ventana, supliendo el gesto y los ojos, lo que, por ignorar el habla de Castilla, no podía aún declarar cumplidamente la lengua.

## CAPÍTULO XXIV.

Del encuentro del Farfán y Zoraida con algo de lo acaecido en el segundo día de caza.

**C**ON el canto de las aves, que alborozadas y alegres saludaban al nuevo día, dejó el lecho Zoraida y, oída misa en la capilla del alcázar, bajó á los jardines á disfrutar del dulce y perfumado ambiente de la mañana, acompañada de la reina D.<sup>a</sup> María y del obispo de Burgos. Después de vagar una buena pieza por ellos, dirigieronse los tres á la Fuente del Perro, que así le decían á la de los tres cuerpos, y llegados que hubieron á ella, sacó la reina de la escarcela un mendrugo de pan y partiéndolo en dos pedazos, dió uno á la princesa y arrojó de una vez el suyo al ejambre de pececillos, que acudieron en tropel al cebo. Zoraida, á diferencia de S. A., hechas menudas migajas su cacho, las fué poco á poco echando á los patos, gansos y cisnes, que poblaban el remanso, los cua-

les, acercándose á la orilla, estremecidas las colas y alas y el pico abierto, reclamaban con broncos graznidos su parte en el banquete. Distraída en este esparcimiento, no notó la princesa que la reina y el obispo habían continuado su paseo hacia una bóveda de laureles, que á corto trecho se hacía, ni reparó, hasta que lo tuvo delante, en el Farfán Aceja, el cual, haciéndole una muy discreta y profunda reverencia, le dió los buenos días. Contestó al saludo la princesa con semblante dulce y risueño, aunque visiblemente contrariada de verse sola con él en aquella hora y aquel sitio, y reparando en la actitud y ademan del noble caballero su resolución de decirle algo, que acaso ella no creyó prudente oír, le preguntó si había descansado de la fatiga de la víspera, y como él respondiese no haber pasado ninguna, y aun añadiera que, por agasajarla y servirla, dispuesto estaba á dar por ella la vida, le rogó la dama, juntas las manos y con amorosas palabras, que no la aventurase por su causa. El Farfán, que creyó ver en la suplicación de Zoraida una como sombra de afecto á su persona, pensó ser llegada la hora

de abrir su pecho, y á canto estaba de hacerlo, cuando, pareciendo de improviso la reina y el obispo de Burgos, se le heló el habla en los labios. Bastante, empero, hizo para significar á la princesa, de no ser de ella conocido, el sentimiento que le embargaba.

Cuando pasaba esto, encontrábase Abulhasan con el alguacil Abenamar en la puerta principal del alcázar, desde la cual se percibía distintamente la Fuente del Perro.

Entre cortado y confuso saludó el Farfán á la reina y al obispo, los cuales, si repararon en la turbación del caballero, no hicieron semblante de ello, aunque el silencio que guardó S. A. no dejó de ser significativo. Como quiera que fuese, comprendiendo el Farfán que debía de retirarse, lo hizo tras breves momentos, manifestando que, teniendo noticias por un su amigo, montero de la casa del rey, que en las arenas de la Rambla del Diablo se notaban huellas de una fiera, que no eran de oso, de jabalí, de venado ni de lobo, había resuelto explorar aquel sitio y sus alrededores.

Luego que se fué el Farfán, regresaron la

reina, la princesa y el obispo al alcázar, en cuyo zaguán encontraron al hijo del rey Saád y al alguacil Abenamar, quienes, ofreciéndoles el brazo, las condujeron á la real cámara, en cuya puerta de entrada, más sombrío aún que la noche última, se hallaba el mirasa Thermaxerin. Algo debió de decir al oído el príncipe granadino á la princesa tártara al subir los peldaños de la escalera, que le hizo salir los colores á la cara. ¿Sería acaso un conato de declaración ó algo alusivo á su plática con el Farfán? Fuérase lo que se fuera, la majestad, de que se revistió el rostro de la princesa, selló los labios del príncipe granadino.

Con ánimo el rey de que fuera aquel día abundante en caza, había dispuesto la víspera que los ojeadores y monteros salieran bien de mañana con sabuesos y podencos y sendas traillas de alanos al lugar del bosque más granado de ella, y que antecogiendo á cuantas piezas encontrasen al paso, las arredraran hácia una gran explanada del monte, llamada la Calva del Fraile, distante obra de una legua del alcázar hacia la parte de tramontana,

donde él con su comitiva y cantidad de arqueros y ballesteros esperarían el acceso.

La hora de tercia sería cuando los reyes y el Infante con las damas y caballeros de la corte, la princesa tártara con las suyas y el príncipe Abulhasan con unos cuantos Abencerrajes, jinetes todos ellos en sendas hacaneas y palafrenes, excepto el bufón Mesrúr, que solo pudo lograr una mala mula, penetraron en el bosque.

Aun no habían andado tres millas, cuando se oyó á no larga distancia el rumor de la algarazara de los ojeadores y monteros y el ronco son de sus bocinas y aliaras. Para no llegar tarde al lugar designado y salvar el espacio, que les restaba aún por andar, necesario era avivar el paso, y comprendiéndolo así el rey y el Infante, saltando breñas y matorrales, partieron á trote largo con todo su acompañamiento. Y, cierto, no marró el cálculo de SS. AA., pues, apenas llegaron á la Calva del Fraile, pareció por el extremo opuesto en barajado y confuso tropel tal muchedumbre de ardas, conejos, liebres, gamos, corzos y jabalíes, que en un abrir y cerrar de ojos quedó el vasto espacio

cubierto. Innumerables eran las piezas chicas y grandes, que á cada momento caían heridas ó muertas por los venablos, dardos y flechas, que sin cesar poblaban el aire. Si sería grande el pánico de los pobres animales al huir despavoridos de sus perseguidores, que atolondrados y ciegos, iban, hasta los más fieros, á ampararse, como mansos corderillos, bajo los caballos y hacaneas!

—¡Quien podría calcular las piezas de todo jaez que en aquel venturoso día se cobraron! ¡Pero quien podría decir de entre los cazadores, que con tirar al bulto tenía la seguridad de dar en el blanco, esta res es mía! Mucho se solazaron todos, especialmente las damas, con aquel comporte; pero el infante D. Enrique, que vió en tan atroz matanza el esterminio del monte y el fenecimiento en él por muchos años de su diversión favorita, resolvió, al reparar á los ojeadores y monteros cargados de toda suerte de animales, sofocados en la carrera, que se les dejara en paz por aquel día, y pues era ya llegada la hora de cazar con halcón, dirigiéndose á las damas les dijo, que quien quisiera seguirle que lo hicie-

ra, propuesta que de suyo blandas y compasivas aceptaron todas gustosas.

Fuéronse, pues, la reina y la princesa con el Infante y losalconeros por un lado y el rey al alcázar por otro con sus ministros y cortesanos y el mirasa Thermaxerin. En cuanto á Abulhasan, pesaroso de no haber hecho cosa señalada en aquella hora y mortificado aun del fracaso de la víspera, se internó en el bosque con el alguacil Abenammar, el bufón Mesrúr, varios caballeros Abencerrajes y dos monteros, con perros de la jauría del rey, abrigando la esperanza de topar con alguno de los leones ó de cobrar al menos pieza de lustre que abonara su pericia y valor en estos nobles cuanto arriesgados ejercicios marciales.



## CAPÍTULO XXV.

De cómo el Farfán dió muerte á uno de los leones de Zoraida.

**M**IENTRAS tanto el Farfán, que á poco de despedirse de la reina y de Zoraida, acompañado del doncel Alvar Yañez y de su escudero, había salido para la Rambla del Diablo, después de haberla andado del uno al otro cabo sin encontrar en ella rastro ni huella de animal alguno, caminaba desalentado á la aventura bajo la acción de un sol abrasador por aquellos vastos breñales. Extenuados de fatiga, sudando el quilo y atormentados por la sed, su único afán era dar con algún abrevadero en que desalterarse. Desesperanzados de hallarlo y de encontrar algún árbol á cuya sombra ampararse, pues todo lo que se divisaba del monte estaba cubierto de espesos atochares, decidieron volverse, y así lo hubieran hecho, si el escudero Juan Fortún, que, á guisa de adalid, iba delante de ellos obra de

cien pasos no les hubiera gritado, lleno de júbilo, que al pie del otero en que estaba se abría un barranco por el que discurría un tenue chorro de agua. Con nueva tan lisonjera, cobraron aliento los cazadores, y subiendo Alvar Yañez á la grupa del caballo del Farfán, llegaron en un verbo á la margen de la quebrada, por donde el agua fluía, y descendiendo rápidamente á ella se pusieron de bruces todos tres á beber con las ansias del hidrópico en el remanso del arroyo que se hacía al pie de un guindo silvestre, cargado de fruta. En esta operación estaban, cuando oyendo ruido como hacia la cerrada maleza, que cubría la margen opuesta del barranco, vieron con espanto salir de su espesura un zorro y en pos de él á un formidable león, que, al divisarlos, se vino resueltamente á ellos, hechos los ojos ascuas, cubiertas las fauces de espuma, herizada la melena y sacudiendo con brío la cola sobre el lomo. El fruncido y movimiento de la piel de su frente daban al rostro de la fiera tal expresión de furor que á otros menos valerosos que ellos se les hubiera helado la sangre, pero advertidos del peligro que corrían, se pusieron

instantáneamente de pie, y, requiriendo sus armas, se aprestaron al combate. Vino á extremar aquel su angustioso estado la fuga del caballo del Farfán, que, aguzadas las orejas y dando relinchos de espanto, trepó á todo correr por la ladera que tenían á las espaldas, y á no habersele enredado en un zarzal las bridas, no logra seguramente recobrarlo su amo. El cual cabalgando sobre él de un salto, á pesar de la resistencia del pobre animal, corrió presuroso, la lanza en el ristre, en auxilio de sus compañeros, que se hallaban en gravísimo aprieto, pues aun no había acabado el escudero de armar su ballesta, cuando le dió el león, al saltar el arroyo, tan descomunal embestida, que haciéndole caer de espaldas, fué un milagro de Dios que no le hiciera pedazos, y cierto lo hubiera hecho, puesta como le tenía una de las zarpas en el pecho, de no haberle prestamente acorrido el doncel Alvar Yañez y descargado sobre la fiera con el mandoble tan tremenda cuchillada, que gracias á habersele embotado el filo en su espesa cabellera, no le cercenó la cabeza del tronco. Sentir el león el golpe, volverse furioso al doncel y hacer

amago de acometerle, dando un rugido espantoso, que resonó por la cuenca del barranco, fué obra de un momento. Y aun cuando con el mandoble levantado en alto esperó el bizarro y valeroso mancebo á la fiera sin cejar un paso, habría, á no dudar, fenecido entre sus garras, si interponiéndose rápidamente el Farfán, y á tiempo de saltar la fiera al pecho de su encabritado caballo, no le hubiera metido por las fauces la lanza hasta las entrañas. La emoción experimentada por los cazadores al contemplar sin vida á sus pies al terrible animal, más que para explicada es para sentida. No les cabía el gozo en el cuerpo; abrazáronse muchas veces los unos á los otros, dándose recíprocamente el parabién. Ni Juan Fortún se cuidaba de la sangre que brotaba de sus heridas, levísimas por ventura, que la garra de la fiera le había causado en el pecho, ni hacía maldito caso el doncel de parecer sucio y desmedrado ante su enamorada, hecho, como tenía, una sopa el lindo justillo á dos colores que engalanaba su talle, ni pensaba el Farfán en otra cosa que en abreviar su regreso para ofrecer á Zoraida el gentil despojo de la jorna-

da. Lavadas que fueron las llagas de Juan Fortún, y restañada la sangre con sus mocaderos, atasajaron al león sobre el caballo, y, acomodando al escudero en sus ancas, tomaron los cazadores la vuelta del alcázar, á cuyos jardines llegaron como entre dos luces tras cuatro horas mortales de marcha.

Quiso su buena estrella que las primeras personas con quienes dieron, fueron la reina y Zoraida, en cuya mano revoloteaba un hermoso jerifalte, desinquieta por los ladridos de un gozquecillo, que traía constantemente á sus pies la dama. Descargado el león, adelantóse el Farfán á las ilustres señoras é hincando el hinojo derecho en tierra ante la princesa, le rogó con solicitud le hiciera la señalada merced de aceptar el trofeo de aquel día. Pagada Zoraida del rendimiento del caballero Aceja, agradecióle con rostro placentero y dulces y graciosos términos su galantería. Cumplimentóle también con efusión la reina, gozosa de ver muerta á una de aquellas espantables fieras que tantos estragos habían causado en los ganados de Arévalo. Y como, admiradas las damas de la hazaña del Farfán,

le significaran su deseo de conocer sus accidentes, satisfízolas de buen talante el noble caballero, relatándoles el suceso con tales pelos y señales, que tanto su Alteza, como Zoraida dieron visibles muestras de conmoverse, señaladamente la princesa, que, sintiendo escalofríos, rogó á la reina mandara al alcázar por los mantos, de cuya misión se encargó el doncel Alvar Yañez, el cual fué y volvió en un vuelo con ellos, acompañado de las damas de Zoraida, Mundasaga y Cholpamalaga.

Estaba en esto el infante D. Enrique á no larga distancia de su madre y de Zoraida, dando caza á una garza con un neblí y un sacre, y como el doncel que le asistía tornase el rostro al armar una ballesta hacia el sitio en que se hallaban las damas y echára de ver el cuerpo del león, fuése luego á dar cuenta á su amo, el cual, picado de curiosidad, marchó á todo correr hacia ellas, y aunque maldita la gracia que le hizo la hazaña del Farfán, que despojaba al bosque de tan espléndida pieza, tendióle los brazos en muestras de enhorabuena.

Como la reina, su madre, y la princesa tár-

tara, quiso también el Infante saber los accidentes del caso, achaque habitual de cazadores, y tomando consigo al Farfán y al doncel Alvar Yañez, después de ordenar á Juan Fortún que se retirase y á sus criados que llevaran el león al alcázar, regresó con ellos al lugar en que susalcones traían aun trabada guerra con la garza. Entrábase en esto á más andar la noche, y habiéndose levantado los frescos airecillos que suceden en tierra de Arévalo á las puestas del sol, disponíanse la reina y la princesa, rebujadas en sus mantos, á tornar al alcázar, cuando les salió al paso Abulhasan con un grupo de moros, precedido de Mesrúr, que traía del ronزال una mula cargada con un venado enorme, muerto, al decir del bufón, por la propia mano de su amo (aunque descubrióse más tarde que lo fué por Abenamar) en un lugar arredrado del bosque, no sin grave riesgo de su persona, como lo declaraba su marlota hecha un harambel de las fieras embestidas del animal. Este percance, que realizaba el don que de él hacía á Zoraida, le fué muy cortesmente estimado; pero cuando supo por la reina la fortuna del Farfán, mordióse el



príncipe los labios, y aun hubiera reventado de rabia á ser menos entero de ánimo. En trabada conversación con su Alteza y la princesa, él y el alguacil Abenamar las acompañaron al alcázar. Pisándoles casi los pasos iban el infante D. Enrique y el Farfán, y como al llegar cerca de sus puertas oyera el gentil caballero que le llamaban por su nombre, miró hacia el lugar de donde partía la voz, viendo en la del lado derecho al montero mayor del rey con la palma de plata que había prometido S. A. en galardón á aquel de sus caballeros, á quien cupiera la fortuna de ser el primero en dar muerte á uno de los leones. En cumplimiento, pues, de la oferta, salió el tal personaje al encuentro del Farfán, en cuyas manos puso la palma con general aplauso de todos los presentes, entre ellos del rey, de la reina, de la princesa y del Condestable, asomados á la sazón á las ventanas del alcázar. Entregada por el montero mayor la palma al venturoso caballero Aceja, pasó de sus manos, con destino á la hermosa Zoraida, á las del doncel Alvar Yañez, y de las de este á las de Dilcoltagana, que

habiendo visto venir á su amante bajó precipitadamente á su encuentro al dintel de la puerta de la izquierda.

En tanto una banda de músicos y ministriles, situada por orden de S. A., en el zaguán del alcázar, tocaba muy regocijadamente sus trompetas, dulzainas y chirimias en celebración de la hazaña del afortunado caballero.

La sala que hicieron los reyes aquella noche estuvo grandemente animada. Huvo momos y personajes; bailaron el Infante, Abulhasan y la princesa tártara con la mayor gracia del mundo; danzaron y cantaron solos y en constante damas y caballeros, dándose fin á la fiesta con una muy empeñada partida de ajedrez entre el Farfán y Zoraida que con general expectación duró pieza de una hora.

---

## CAPÍTULO XXVI.

De la plática que pasó entre Thermaxerin y Belfegor.

**L**A venturosa estrella del Farfán, que tan marcadas ventajas le daba sobre su competidor y rival, el hijo del rey Saád con duelo de moros y regocijo de cristianos, no traía tan en tortura á Thermaxerin, como el pensamiento, que desde el día del torneo se le había clavado en el alma, de ser Abulhasan el preferido de Zoraida. Cuantas reflexiones le había hecho Cholpamalaga para desvanecer sus antojos habían sido vanas: tan desquiciado le tenían el juicio los celos. Excusando el trato y comunicación con las gentes, taciturno y sombrío, encerróse en su alforfa al regreso de la caza, y cuando le vino recado del mayordomo mayor de palacio de que el rey lo esperaba al yantar, excusóse lo mejor que pudo y aun de asistir á la sala, que cuotidianamente se hacía, receloso que, acogidos con

buen rostro por Zoraida los galanteos del príncipe granadino, se le quebrasen los ojos. Exaltóle á tal extremo la idea de llegarla á ver en sus brazos en no lejano día, que, ciego de furor, tiróse cuán largo era por los suelos, en los cuales se dió tan fieros golpes y calamonzos, que no parecía sino que le habían majado á palos. Alzábase y abatíase su pecho con honda fatiga, como doliente que falto de aire, siente que se le escapa la vida. Paralizados é inmóviles mostrábanse sus saltones ojos tenazmente fijos en la techumbre, y con las garfas de sus crispadas manos arrancábase los mechones de su bronca cabellera y poblada barba y hacía girones y trizas sus vestiduras. Las contorsiones que hacía y los retemblidos que daba, más que de enfermo atacado de heril, tenían todas las trazas de los de un poseso del demonio. Duróle el terrible acceso hasta la media noche, hora de sus tráfgos satánicos y de sus pláticas con su espíritu familiar. Vuelto en su acuerdo, tras larga suspensión y atolondramiento, dirigióse con paso tardo y vacilante á la finiestra; abrió de par en par sus vidrieras, prosternóse en tierra y hacien-

do una profunda zalema, en muestra de adoración y vasallaje, al espíritu de las tinieblas, estuvo largo tiempo como arrobado y en éxtasis contemplando las esferas y mundos misteriosos que pueblan el espacio. De pronto, y como si se sintiera inspirado, se puso de pie, y abalanzándose á la mesa en que ardía la mecha amortiguada de una lámpara, sacó de sus cajones unos sucios guñapos, con los cuales forjó una figurilla de no más de un jeme de grande, que no parecía sino fidelísimo remedo del príncipe Abulhasan. Fraguado que fué el muñeco, arrebujóle en su seno y, pronunciando un conjuro, llamó á su espíritu familiar. El cual, entrándose de rondón por la ventana, acomodóse, sin más cumplidos ni ceremonias, cruzadas las piernas, sobre un sillón frontero al de Thermaxerin. Érase aquel diablo alto de cuerpo, enjuto de carnes, de nariz roma y respingada y ralo de barba. Traía por aladares dos pitones de aral y un rebenque por rabo. Su boca era la del rápe, sus ojos los del lince, las del grifo sus garras y las del murciélago sus alas. Tan pestilente hedor de sí echaba, que no había que pedirle

el albalá de origen para saber que venía del infierno.

—¿Qué te se ocurre, mamarracho? dijo á Thermaxerin el seide de Satanás. ¡Por Belcebú, no seas cócora, que el tiempo es oro y tengo que hacer en otra parte!

—Que no puedo pasar más tiempo sin Zoraida, respondió con voz doliente y angustiada Thermaxerin. El fuego que te abrasa, es menos vivo y activo que el que consume mis carnes y calcina mis huesos. Como tu no lo remedies, cuéntame con los muertos.

—Jerga habitual es esa, respondió Belfegor, que así se llamaba aquel diablo, de toda suerte de libertinos. Estais en brasas, mientras no dais contento al deseo; pero que se vea satisfecho y os quedais al punto un tantico mustios y macilentos, relamiendoos la geta, como perros hartos de guifa. ¡Si conoceré el género sin examinar el marchamo de fábrica! Como que tú, los otros como tú y los de más allá, estais vaciados en la misma turquesa. Presupongo, que es presuponer, añadió, que lograras por mis artes hacerte dueño de Zoraida. ¡Pues mi gozo en un pozo! Cedacico nuevo,

tres días en estaca. Cierto, no pasarían, sin que, cobrando nuevos alientos, te lanzaras otra vez por esos mundos, como perro callejero, en rebusca de alguna otra cuitada que ensuciar con tus babas. Los de tu cepa, sean ó no, como tú, rematados cotrales, os parecis á los bueyes en el bosque, que van siempre buscando el pasto fresco.

—Anda, despáchate á tu gusto, replicó Thermaxerin en son de amarga queja. ¡Mentira parece que quieras confundirme con esa ruín cáfila, cuando son tan levantadas mis ansias! ¡Si supieras el rigor de mis tormentos, de otra suerte me hablarías! Lo que es el agua al sediento y al aquejado de hambre el manjar, así es ella para mi; mi descanso y refrigerio. En resolución, sin ella no quiero vivir la arrastrada vida que vivo.

—La cantinela de siempre, dijo Belfegor. Lo mismo me decías, cuando andabas pirrado por Cholpamalaga. Lo que tiene és, que por ser esta de tu propia estofa fueron tus regomellos breves, y pocos los asaltos para hacerte dueño de la plaza. Ladrón, ¡y que amartelado estabas! ¡Lo que va de ayer á hoy! Hoy la

aborreces con tus cinco sentidos, por más que otra cosa digas. Achaque es este de todo amor liviano: adora hoy lo que mañana detesta. Las mujeres de su corte, se parecen á las uvas, que luego de esprimir su jugo, no dejan más que el orujo, bueno solo para el fuego. Cierto, de no servirte de atalaya para espiar á la princesa, hace tiempo le hubieras dado catite ó arrojado á un albañal como sucia aljofifa de cuadra. Así pagamos tú, los libertinos como tú, y nosotros á quien bien nos sirve.

—Pagarán como quisieres, replicó Thermaxerin, que ni lo sé, ni me importa, ni gusté nunca averiguar vidas ajenas. Lo que te juro es que no tuve yo jamás mejor ni más fiel amiga ni confidenta.

—¡Hi, hi, hi! exclamó Belfegor, disparando en una larga risa. ¡Cernícalo que tu eres! ¡Tu mejor amiga y confidenta! ¡Hombre, no seas mastuerzo y llama á las cosas por su propio nombre! Alcahueta querrás decir, que no confidenta. ¡Si sabré yo del pie que cojea esa mala hembra, y lo que suda, resuda y se afana á diario, para hacerte lugar en el pecho de su ama! Oficio es el suyo peculiar y pro-

pio de las que, hartas de rodar á todo trapo por el mundo, usan de toda suerte de engaños y disfraces para perder al género humano. Capaz es ella de dar cuatro y raya á las beatas de pega, que son de entre las terceras lo sublimado del género. Como que con trazas de santidad hacen tragar el anzuelo hasta al lucero del alba. Á diario entra de esta especie de comadres razonable guilla por casa. Unas cuantas tengo en legía á la hora horada. ¡Y que duras de cocer son las malditas! ¡Y bacheras! Ni que fueran hechas de encargo! ¡Si las dejara hablar, tendría que darme punto en la boca! ¡Vaya una gente de agallas! Hechas están unos chicharrones, y no cejan en sus zurcidos y enflautamientos. Quede, pues, ejecutoriado, que el oficio de Cholpamalaga no es otro que el de procurar con sus embellecos y enredos hacerte lugar en el corazón de su ama. Eso sí; que es fina como la seda, yo mismo lo confieso; que es insinuante y zalamera, luego se echa de ver, y que lleva miel en los labios, nadie, que la oiga hablar, sospechará que es su pecho un charco de ponzoña. Conque punto redondo y al avío. Dí por

lo llano ahora lo que quieres, sin andarte por las ramas.

—Pues de grado ó por fuerza, contestó Thermaxerin, quiero poseer á Zoraida.

—De grado... ¡Hum! replicó Belfegor, me parece que están verdes. Entrar en posesión de ella por la buena, no hay tu tía, eso no puede ser. Repara sino en esa tu fábrica, que no es para codiciada; con más años que un palmar, turbios y pitarrosos los ojos, rugoso y despercochado el rostro, hecha la boca un beque y el habla en cuclillas. Hasta tus juanetudos pies, que más arrastran que andan, apenas si sirven ya de sostén á ese desvencijado cuerpo, que está pidiendo á voces la fosa. ¡Valiente galán! Y habría Zoraida de mirarte á la cara!

—De menos nos hizo Dios, dijo mohino Thermaxerin. ¿No ves de cada día mujeres espléndidamente hermosas, casadas con mancos, tullidos, patiestebados y zambos, y hasta con rematados peales?

—Algo tiene el agua cuando la bendicen, replicó Belfegor. Quiérote decir que aun cuando de gustos no hay nada escrito, y haya gus-

tos que merezcan palos, todavía esos contubernios y maridajes tienen sus explicaderas, que no rezan con Zoraida. Rezarán, si quieres, con alguna que otra cuitada, que por el cebo del medro cargue con el mochuelo, porque las más se saben de coro aquel popular refrancillo: «Amor de viejo, sol de invierno», ó estotro no menos expresivo: «Viejo con amor, invierno con flor». Demás de esto, tú no has echado cuentas, como si lo viera, con la castidad de Zoraida.

—¡Su castidad! exclamó Thermaxerin con sarcasmo: con ser tu diablo, y pasarte de listo, puedo yo darte lecciones: ¿No recuerdas del sabio que dijo: no el pudor, no el decoro, no la honestidad, no el recogimiento ni el temor, sino la falta de amante, es la causa de la castidad en la mujer?

—Bien se me acuerda, contestó el diablo, esa sentencia de un cierto brahman, cultivador de los Vedas y Vedangas allá en las orillas del Ganges, que tenía por presupuesto, como nuestros santones mahometanos, medir á todas las mujeres, buenas y malas, por el sucio rasero de su malicia; pero eso no va con

las que son verdaderamente honestas, castas y pudorosas, contra las cuales no vale una higa la bula de Meca, como yo y los demás diablos, cual yo, aunque me duela el decirlo, podemos dar testimonio. Dice ese tu filósofo, que el fundamento de la castidad en la mujer es la falta de amante. ¡Pues poco garridos y gentiles que los tiene Zoraida! Y sin embargo, su honestidad y pudor, su recogimiento y recato, no han sufrido por desgracia la más ligera merma. Digote que no has echado cuentas con la huésped.

—¡Que no la he echado! ¿Y cómo nó, siendo tan buena para mí? ¡Muéstrase siempre que la hablo tan suave, dulce y blanda! respondió Thermaxerin.

—Olvidas, replicó Belfegor, que los buenos miran con caridad hasta á los malos. Ellos son como el sol, que alumbra por igual á justos y pecadores. Son como el árbol frondoso, que ampara con su sombra bienhechora del fuego canicular al leñador que con impía hacha está cortando su tronco. No te forjes ilusiones, aunque te vistas, como lo hacemos nosotros para perder á las almas, del resplandor

de los ángeles, y adobes tu discurso con la elocuencia de sus labios, no has de pensar en lograr de grado á Zoraida. Veamos, pues, ahora, gavilán, tus procederes de fuerza para cazar por la mala á esa garza de los cielos.

—Hay en lo más abrupto de este bosque, dijo Thermaxerin, un vetusto alcázar, sobre el cual cuentan despeluznantes consejas la gente de esta tierra.

—Lo conozco, dijo Belfegor.

—Pues bien, continuó Thermaxerin, mañana, cuando la corte salga de caza, podré arrebatár á Zoraida y llevarla con Cholpamallaga al alcázar misterioso, donde, libre de Abulhasan, único galán por quien muestra inclinación la princesa, me consagraré día y noche á agasajarla y servirla, y, no hay dudar, á la corta ó á la larga concluiré por cautivar su afecto. Ya sabes que en donde no hay arbolado hasta el humilde tomillo se da aires de sicomoro. Véame solo con ella y luego me lo dirás. ¿No se te acuerda lo de Lot con sus hijas? ¡Y poco juncales y variles que eran! Pues con serlo, creyendo fenecido el humano linaje, aprehugaron las cuitadas con su averiado pellejo.

—Desvaimientos y chocheces son esas tus ilusiones, dijo Belfegor. Por otra parte la soledad y aislamiento del mundo, que tu te prometes, no los veo yo con tus ojos. ¿Por ventura no piensas que el rey D. Juan removerá cielos y tierra hasta dar con la princesa?

—Cierto, contestó Thermaxerin; pero tan excusado es y temeroso aquel sitio, que, cansada de exploraciones sin fruto, concluiría la gente por creer á puño cerrado que habríamos sido presa de las fieras del bosque ó que alguna sima nos había tragado.

—Ahora hablas en razón, dijo Belfegor, dando saltos en su asiento.

—Lo que me trae en turbaciones, continuó Thermaxerin, es como hé de quedar solo con Cholpamalaga y Zoraida. Yo puedo clavar en el suelo en un abrir y cerrar de ojos los cascos de los palafrenes y hacaneas en que cabalgan damas y caballeros; cubrir el cielo de negros nubarrones y hacer que, chocando los unos con los otros, estallen en furiosa tormenta; eclipsar el sol, rebozando en sombras á toda la comitiva en términos que nadie se vea los dedos de las manos, yo...

—Basta, interrumpió Belfegor, cortando el hilo del discurso del mágico. Todos esos procedimientos tienen sus quiebras. Conque cualquiera sacara á relucir un crucifijo ó un escapulario, eras hombre al agua. Escucha un medio naturalísimo que se me ocurre ahora: obra de dos leguas de este alcázar, á la parte de tramontana, hay un espeso jaral, en cuyo seno hacen sus panales millares de enjambres de tabarros. Ahora bien; pintad tu y Cholpamalaga á la princesa lo deleitoso y ameno de aquel sitio é inclinad su ánimo á que insinue al rey su deseo de que la expedición de mañana se haga por aquella banda. Una vez allí, y en el momento de llegar el sol al comedio de su carrera, soltará Cholpamalaga el halcón que llevará en la mano, y al exclamar tú en alta voz para cobrarlo: ¡Huchoho, huchoho, huchoho!, yo y los diez mil espíritus de mi legión, transformados en tabarros, caeremos en espesísima nube sobre las hacaneas y palafrenes, ojeadores y monteros, haciendo tal ricia en ellos que no quedará en el sitio nadie que pueda espiar la dirección que tú tomes con la princesa y su dama, ni aun el mismo

Abulhasan, que, á lo que parece, suele ir, cuando la acompaña, cosido á la silla de su hacanea.

—¡Ajajá! exclamó Thermaxerin, frotándose con júbilo las descarnadas manos. Ese tu expediente me hincha las medidas. Por lo que á Abulhasan respecta, escucha lo que haré. Y sacando el muñeco que llevaba oculto en el seno, añadió, mostrándoselo á Belfegor: si ese fodolí me atajara el camino, pondré en sus ojos este su remedo y soplando fuertemente en él, haré vibrar los órganos que sirven á enunciar la fórmula del maleficio: acto seguido escupiré en su rostro por tres veces arreo y emborrizados en mis lapos, tú y el cerrado escuadrón de demonios, de que eres mayoral, penetrareis en el cuerpo del hijo del rey Saád, quien quedará luego al punto encantado en forma de león, que, como sabes, es la que corresponde á los reyes y príncipes que se hechizan.

—¡Bien por el muñeco y el operador! dijo Belfegor. Y hurdida y amasada de esta suerte la conjura, desplegó sus alas y desapareció por la finiestra del sobrado, donde dejó tal pestilencia á azufre, que duró por muchos días.

## CAPÍTULO XXVII.

De lo que pasó á los reyes de Castilla y á su comitiva en la Majada del Puerco.

**E**RA bien entrada la mañana, cuando salió la corte del Alcázar del Gallo con dirección al lugar del bosque, que el diablo familiar de Thermaxerin le había indicado la víspera. Puesta en el secreto por el mágico, tal pintura hizo de él Cholpamalaga á su señora y tan astutamente se insinuó en su ánimo, que no por sí, que no le aquejaba la curiosidad, sino por dar contento á su dama, indicó al rey su deseo de visitar aquel sitio agreste, demanda á que accedió gustoso su Alteza, aunque no faltó quien le dijera que tal excursión no estaba exenta de peligros por las frecuentes cortaduras del terreno y más que todo por abundar en sus jaras millares de tabarros que eran cosa de temer. Con este aviso, ordenó el rey fueran de descubierta algunos de los criados de su casa, encargán-

doles que cada y cuando encontrasen un mal paso, le dieran inmediatamente cuenta. Por fortuna, durante el tiempo que invirtió la corte en llegar á la Majada del Puerco, que así aquel sitio se llamaba, no tuvieron las damas y caballeros, que iban con sus Altezas, más percance ni accidente que el excesivo calor que hacía. Lo más sensible del caso era que, en cuanto alcanzaba á descubrir la vista, no se divisaba un solo árbol, bajo cuya sombra pudieran guarecerse las damas, las cuales, hechas unas amapolas, para quebrar en lo posible la acción abrasadora del sol, se habían revuelto á la cabeza sus mocaderos blancos. Tan sofocante se iba haciendo el bochorno, á medida que avanzaba el tiempo, no corriendo, como no corría, un solo pelo de viento, que hasta á los halcones, que llevaban en las manos, se les veía desmadejados con las alas caídas y los picos abiertos. Bello ciertamente era aquel lugar agreste, que formaba una elevada meseta, poblada de monte bajo, desde la cual se descubrían dilatados horizontes; pero, aquel día, y en aquella hora, que por tocar el sol en su cenit derretía las pie-

dras, no podía ser más desapacible é ingrato. Sintiéndolo así el rey, y solícito de abreviar el mal rato que estaban pasando las damas, no avezadas á tales penalidades y fatigas, se disponía á tomar la vuelta del alcázar, cuando, rompiendo por los jarales, se pareció de improviso un corpulento venado, que vino á pararse un instante en firme frente del sitio en que se encontraban la reina D.<sup>a</sup> María, Zoraida, el príncipe de Granada y el infante don Enrique.

No fué verlo más presto, que armar sus arcos y ballestas los cazadores y monteros; pero no habían hendido aun el aire las flechas y arpones, cuando dando tremendos saltos y brincos se alejó rápidamente del alcance de los tiros.

—¡Ay, y que hermoso animal! exclamó Zoraida, siguiéndole con los ojos.

—Y tan hermoso, dijo, al oirla, el príncipe Abulhasan, ¡oh mujer incomparable! que me borro el nombre que tengo, si vuelvo sin él á tu presencia! É hincando los acicates en los ijares de su fogoso alazán, y exclamando en alta voz *Bismil-lahi* (21) partió como una ex-

halación tras el venado, cuyas astas se divisaban aun en lontananza.

—¡Sí, que le echen galgos! dijo el Infante, juzgando por la delantera que llevaba al hijo del rey Saád, la imposibilidad de alcanzarlo.

Pero aunque este era el sentir de todos, el solo hecho de intentarlo abonaba la galantería de Abulhasan, la cual hubieran visto los reyes con buenos ojos en su hijo de haber sido capaz de tales finezas y rendimientos.

—Señora, dijo el rey á la princesa, luego que perdió de vista á Abulhasan, mucho ha de tardar en volver ese caballero si piensa traer consigo, que lo dudo, esa brava pieza. Es ya la hora del medio día, y como el sol aprieta á rabiarse, satisfecho que ha sido el deseo de vuestra Alteza de visitar estos lugares, creo prudente regresar al alcázar.

Zoraida, que no deseaba otra cosa, asintió gustosa al muy razonable acuerdo del rey; pero en el momento de emprender la marcha oyóse la voz chillona de Cholpamalaga, que decía: ¡Ay de mi sacre, ay de mi sacre; que se me ha volado mi sacre!, tras de ella la bronca y desentonada de Thermaxerin, que,

llamando al halcón, gritaba: ¡Huchoho, huchoho, huchoho! y luego á seguida un tan grande y atronador zumbido, como hacia la tupida breña que tenían á las espaldas, que hizo volver á todos instintivamente la cara. ¡Cuál sería el terror de los reyes y de su séquito, cuando vieron venir y caer sobre ellos y sus cabalgaduras, como preñada nube de langostas, tal cerrazón de tabarros que obscurecía el aire! ¡La ricia fué espantosa! Como tomados de vértigo, los palafrenes y hacaneas, arreados por los fieros y enconados rejos de los tabarros, salieron disparados, cual alma que lleva el diablo, en todas direcciones, sacudiendo las colas y dando cabezadas, manotazos y coces. Los clamores y alaridos de las damas pidiendo auxilio, los gritos y votos de los caballeros, que, queriendo acorrerlas, no podían gobernar sus corceles, los penetrantes aullidos de los sabuesos, lebreles y podencos, que con el rabo entre piernas huían desalados por aquellos campos de Dios y los juramentos de los ojeadores y monteros, que no se daban manos á quitarse del rostro y cuello á aquellos pegajosos animales,

formaban tal y tan dilacerante zambel, que desgarraba los oídos. Aquí cae una dama con los pies y la faldamenta por alto; allí otra de bruces con el refajo en el cogote, arañándose manos y rostro en la maleza; acá un galán lanzado como pelota de cerbatana por las orejas de su montura; acullá otro de nuca por los alcafares de su encabritado caballo. Á éste se le rompen de tanto tirar las bridas, á aquél se le queda el trotón sin jáquima, y el de más allá, rota la cincha de la silla, se escurre con ella bajo el vientre de su palafrén, que se desbarata á manotazos por verse libre del estorbo. ¡Hasta la mula rucia, que montaba el bufón Mesrúr, quiso dejarle memorias de tan infelíz jornada, disparándole, al despedirle de la albarda, tan furibundo par de coces, que si como le dió con los corvejones en el pecho, le acierta á dar de lleno con los cascós, no queda para contarlo! Día fué aquel aciago y de prueba hasta para los más expertos jinetes, pues de la lucida comitiva regia fueron contados los que salieron del todo ilesos. Á dicha buena hallábanse entre éstos sus Altezas, los Reverendos prelados

de Ávila y Burgos y algunos de los monteros, los cuales, cuidando más por su pellejo que por el ajeno, pusieron el bulto en cobro desde el primer momento, picando de soleta.

Ya fuera por haber salido de la jurisdicción de los tabarros, ó porque el Señor quiso acudir á tanta necesidad, es lo cierto que al reunirse la mayoría de los fugitivos, no más lejos de una milla del sitio de la catástrofe, todos los allí presentes se hallaban, con general asombro, sin otro mal sensible que los ropajes y tocados rotos ó descompuestos, el escorzor de las ronchas causadas por los agujijones, el de los arañazos producidos por la maleza, el majamiento del cuerpo por los tumbos y caídas, y el susto consiguiente de las damas, que no les consentía echar el habla del cuerpo. Ni de un miembro roto, ni de una quebrancia, ni de un dislocamiento siquiera, con haber sido tantos los jinetes lanzados al suelo por sus cabalgaduras en su vertiginosa carrera, tuvo nadie que lamentarse. Quien salió peor librado fué el bueno de Fray Lope, cuyo cuartago no cesó en su huída de hacer saludos con el cuarto trasero, hasta dar con su

Reverencia en tierra y con tan mala fortuna que se hizo un porcino como el puño en la cabeza. Tomado que hubieron damas y caballeros un momento de respiro, se aprestaban á seguir su camino, cuando paseando la reina los amedrentados ojos por la comitiva, echó de menos á Zoraida.

— ¡Dios mío! dijo sobresaltada al rey ¿qué será que no ha parecido aun la princesa?

— No tardará en llegar, señora, respondióle el rey, que no las tenía todas consigo, procurando tranquilizarla, como veis que lo vienen haciendo otras damas y caballeros.

Pero como pasara largo rato sin divisar á nadie y creciera con ello la des inquietud y sobresalto de su Alteza, ordenó el rey al Infante que, acompañado de unos cuantos gentiles hombres y monteros, volviese pies atrás en busca de Zoraida.

## CAPÍTULO XXVIII.

Del encantamiento de Zoraida y del príncipe Abulhasan.

**L**A cual traspillada y con el corazón en la boca, seguida del mirasa y de su dama, iba corriendo por aquellos yermos y soledades sin poder refrenar á su hacanea. Por fin, y cuando rendida de cansancio estaba para caer desmayada, quiso el Señor que hiciera alto la cabalgadura. Viéndola bambolearse en la silla, echaron prestamente pie á tierra Thermaxerin y Cholpamalaga y, acudiendo en su auxilio, la apearon y condujeron á una fuente que brotaba al pie de tajada roca, vestida de musgo, cerca de la cual la hicieron tomar asiento. Calmada tras largo anhelo su agitación, dirigióse aquejada de la sed al cristalino remanso de la fuente y tomando agua en el hueco de la mano, fué poco á poco tragando algunos sorbos. Más serena con aquel refrigerio, limpióse el sudor que bañaba su her-

moso rostro y con voz dulcísima, aunque cortada aun por la fatiga, dijo á Thermaxerin:

—¡Que atroz ha sido la carrera! ¡Momentos hubo en que pensé ahogarme! ¡El corazón se me saltaba del pecho! Á durar un instante más hubiera dado en tierra sin sentido. ¡Y que por culpa mía haya ocurrido todo esto! ¡Malditos tabarros y que fiereza la suya! No parecían sus agujijones, sino almaradas tocadas en ponzoña! ¿Qué habrá sido de su Alteza la reina D.<sup>a</sup> María? ¡Doliente y todo como estaba de sus habituales achaques, no hizo cuenta de ellos para darme compañía! Quiero volver á su lado para pedirle perdón del enojo: quiero excusar mi imprudencia con el rey. ¡El cielo haga que no les haya pasado nada malo á ellos ni á sus damas y caballeros!

—Serénate, señora, dijo con calma glacial Thermaxerin, mirándola de hito en hito, como sierpe venenosa al inocente pajarillo que trata de devorar. No te cuides de la reina, ni del rey, ni de alma viviente de su aborrecida corte, damas y caballeros. No es más lo que ellos se cuidan de tí que lo que les sugiere el apetito de tu grandeza. Ni ella, ni él, ni ellos,

ni criatura nacida en el mundo, se desviven por tí ni te aman, cual yo, tu fiel y rendido siervo. Repara, pues, en mí y no mires en ellos: en mí que, despojado de las viejas vestiduras de los años, parezco ante tí en este supremo instante con las resplandecientes galas de la juventud florida y más acabadamente hermoso que el mismo José, el amartelado amante de Zuleika (22). Mira en mí ¡oh dulce bien mío! y en este mi corazón fundido de nuevo en el crisol de tu inenarrable belleza. Los reyes de la tierra podrán aparejarte un trono mayor que el de tu padre, darte por escabel más dilatados dominios y por súbditos que te aclamen los de numerosos pueblos y naciones; pero ninguno, ni aun todos ellos juntos, pueden, cual yo, por la incontrastable fuerza de mis encantos, darte por morada el paraíso que ves, ni por manjar la ambrosía, ni por bebida el néctar de los inmortales, ni por damas las huríes del Edén, ni por servidores los genios, ni por espejo en que se mire y regale tu hermosura el blanco disco de la luna llena, ni por diadema de tu frente las luminarias del cielo.

Á medida que Thermaxerin, sin apartar los fascinadores ojos de Zoraida, decía este discurso con regocijo visible de la pérfida Cholpamalaga, interesada en la perdición de su ama, iban retratándose en sus inmóviles y dilatadas pupilas, las imágenes que forjaba la fantasía diabólica del mágico. Atónita, suspensa el alma, y mudo el labio de estupor, veía la inocente tortolilla cuanto placía á Thermaxerin que viése. Veíalo á él, con el brío y lozanía de la edad viril, en paños flotantes de escarlata; veía el paraíso de Mahoma con sus risueños y dilatados vergeles, sus árboles cargados de frutos, sus riachuelos de leche, que jamás se aceda, de miel que nunca empalaga, de vino puro y generoso, rojo como el rubí ó amarillo como el topacio, y, cual rocío de perlas sobre campo de esmeraldas, veía sus blancos pabellones, sus esbeltos kioskos, sus alcázares de bruñida plata, y dentro y fuera de sus voladas galerías á sus regocijados moradores, sentados los unos en tronos de marfil, incrustados de piedras preciosas, recostados los otros en ricas tarimas, taraceadas de olorosas maderas, sobre almohadas de tisú y bro-

cado, tendidos los más con dulce abandono sobre el verde césped á la fresca sombra de los lotos, palmeras y tamarindos ó esparciéndose embobados sin norte ni dirección fija por los encantadores arriates, orlados de flores inmarchitas, los bosquecillos de mirto, las bóvedas de laurel, las plácidas y frondosas márgenes del cristalino Kauter ó, finalmente, surcando los aires, jinetes sobre animales alados.

Vestidos de espléndidas túnicas verdes almizcladas, veíalos á todos libar, sin jamás saciarse, en anchas copas de oro el dulcísimo néctar de la fuente Selsibel, las maravillosas aguas del Tasmin, sazonadas con alcanfor y ajenjibre, y el celestial julepe, compuesto de azúcar, zumo de limón y esencias de azahar y de rosa, que mil lindos mancebos, de juventud perpetua, incesantemente les servían con alflavias y jarros de plata. Veía inclinarse las ramas de los árboles, poblados de canoros pájaros verdes, y poner sus sabrosos frutos de toda clase y color en la boca de los que á la sombra de sus copas yacían, ahorrándoles el trabajo de alargar la mano y cojerlos. Veía á

las huríes de grandes ojos negros y labios de coral, semejantes á huevos de avestruz en el pálido tinte de sus rostros; vírgenes formadas de una sustancia más preciada y fina que la de la mujer, jamás tocadas de hombres ni de genios, discurrir alborozadas y solícitas por el jardín de delicias, haciendo mercado horro de su eterno pulcelaje, y correr tras ellas, jadeantes de lascivia, dando traspieses y tumbos, hechos unos zaques, á los bienaventurados musulimes. En resolución, con bascas y náuseas de muerte veía la cándida paloma el paraíso mahometano, trasunto acabado y perfecto de una taberna sin fin y de un burdel sin fronteras.

En vano trató la infeliz Zoraida de cerrar los ojos por no ver aquel desate de lujuria. Las artes satánicas de Thermaxerin se los mantenían abiertos. Pugnaba por hablar, y sentía paralizada su lengua; quería mover la planta para huir y no podía. Pero en cambio, abroquelado su corazón por la honestidad, no eran parte á quebrantarlo las fieras embestidas del cerrado escuadrón de impurezas, que desesperadamente lo asaltaban.

Con todo, creyéndolo Thermaxerin enmo-  
llecido, acercóse resuelto á la princesa, y al  
querer rodear con el brazo su cintura y hacer  
ademán de estampar un beso en su candorosa  
frente, haciendo un esfuerzo supremo dió Zo-  
raida un muy grande y penetrante alarido y,  
roto el freno que le tenía aprisionada la len-  
gua, exclamó con voz angustiada: ¡Acórreme,  
Lela Marien, dulce madre mía, acórreme!

En aquel momento penetró á todo correr en  
el prado, en que se hallaban, un corpulento  
venado, y tras de él, jinete en su poderoso  
alazán, cubierto de blanca espuma, el prínci-  
pe de Granada con la lanza en el ristre. Re-  
conociendo el hijo del rey Saád en el metal  
de la voz á Zoraida, y comprendiendo por la  
insolente actitud de Thermaxerin ser el cau-  
sante de su terror, hirviendo el pecho de co-  
raje, se fué derecho á él con ánimo de ma-  
tarle, pero advertido de su presencia el mirasa  
por los gritos de Cholpamalaga, cuando se  
hallaban el uno del otro á no más distancia que  
el cuerpo de un caballo, sacó instantáneamen-  
te el mágico el muñeco de trapo, que traía  
oculto en el seno, y pronunciando la fórmula

satánica del maleficio, escupióle tres veces al rostro, y, envueltos en sus lapos, se entraron por la boca, narices y orejas de Abulhasan, Belfegor y su legión de demonios, dejándole encantado en el acto bajo la forma de un león.

Á seguida, y sin que ablandaran su corazón de hiena los sollozos de Zoraida, que, hincada de rodillas y cruzadas las manos, seguía implorando á Lela Marien, pronunció Thermaxerin un nuevo conjuro, que dejó alelada á la princesa, en cuya diestra puso el extremo de una cadena, que acababa de anudar al cuello del león. Hecho esto, y antecogiendo á los encantados, dió á Cholpamalaga las riendas de las hacaneas, y asiendo él las de los caballos, tomó el camino del alcázar misterioso que de allí muy pocos pasos estaba.

---

## CAPÍTULO XXIX.

Del duelo de la corte al regresar el Infante sin Zoraida y de cómo el rey D. Juan mandó caballeros en su busca.

**C**UANDO vino la noche y regresó el Infante con su comitiva al alcázar sin traer noticias de Zoraida, la consternación fué general. Tomó á la reina un síncope que la tuvo traspuesta cuanto media hora; lloraban las damas á lágrima viva y eran tales los ayes y lamentos de Mundasaga y Dilcoltagana que quebraban los corazones. Estaba el rey con esto tan preocupado y abatido, que á nada respondía acorde. Ganosos de levantar su ánimo, procuraban el Condestable y los grandes de la corte persuadirle que aun no era cosa de perder las esperanzas, pues de las damas y caballeros extraviados, alguno que otro acababa de regresar al alcázar. Hiciéronle ver que, aunque el bosque era dilatadísimo, podían muy bien la princesa y sus acompañan-

tes en el tiempo transcurrido haber ganado la llanura de Arévalo. Aconsejaronle finalmente, que, como quiera que fuese, la prudencia pedía, que en el momento mismo salieran con antorchas de viento, mediante no parecer la luna hasta la hora de ánimas, los gentiles hombres y monteros, que estuviesen disponibles, á recorrer el bosque en todas direcciones.

Pareció bien este consejo al rey y, poniéndolo por obra, dispuso que, partidos en cuatro taifas, tomara cada cual por uno de los puntos cardinales, encomendado respectivamente su dirección á su hijo el Infante, á Pero Carrillo, su halconero mayor, al conde de Benavente, y á D. Juan de Merlo. Demás de esto y teniendo en cuenta la indicación que se le había hecho de poder hallarse los extraviados en la campiña de Arévalo, llamó al Farfán, á quien el mundo se le vino encima, cuando, al regresar de la caza, á donde había ido bien de mañana en busca de la leona, supo la desaparición de la princesa, y le encargó que en compañía del doncel Alvar Yañez, su escudero Juan Fortún y los criados de

su casa, que le pluguiese llevar, recorriera con toda diligencia las chozas, cortijos y alquerías, aledañas al bosque por la banda de la vega, en demanda de Zoraida y que, hechas las pesquisas con buena ó mala fortuna, regresara al alcázar. Y, como en aquella hora tampoco hubiese parecido el príncipe Abulhasan, hizo venir al alguacil Abenamar, y habiendo comparecido, dióle cuenta su Alteza del acuerdo, invitándole á unirse á las cuadrillas exploradoras con los Abencerrajes. También conferenció el rey largamente con los obispos de Ávila y Burgos, á quienes comunicó sus temores, rogándoles con toda instancia, como monarca muy cristiano que era, que pidiesen al Señor le acudiese en aquella necesidad, pues, por lo que á él hacía, había interesado ya á todos los santos y santas de la corte celestial y más particularmente á los de su especial devoción.

Contestáronle sus Reverencias, poco menos conturbados que él, que, aunque lo habían ya hecho, continuarían haciéndolo con más ahinco y fervor, y viéndolo tan atragantado, procuraron confortarle con muy amorosas razo-

nes, recomendándole tuviese confianza en Dios, que no le había de faltar, y en el patrocinio de su Santísima Madre, que jamás desoye las súplicas de los que de corazón la imploran. Rogáronle también que hiciera por dominarse, pues su alteza la reina estaba tan sin consuelo, que le habían ordenado los físicos el guardar cama. Ofrecióles el rey hacerlo, así como se lo decían, y, al despedirse de ellos, suplicóle el obispo de Burgos le diera licencia para ir en compañía de los exploradores, y aunque su Alteza le expuso los peligros á que se aventuraba, fueron tales las instancias del santo prelado, cuyo entrañable afecto á Zoraida era de todos conocido, que vino al cabo á otorgársela, encargándole se agregara á la taifa capitaneada por el Infante, su hijo.



## CAPÍTULO XXX.

De cómo viendo el rey que los exploradores no habían dado con Zoraida, ordenó que se registrase jara por jara el Bosque de los Mengues.

**S**OBRE la hora de sexta del siguiente día al de la desaparición de Zoraida, comenzaron á regresar al Alcázar del Gallo con sus cabeceras al frente, las cuadrillas que habían recorrido en su busca el Bosque de los Mengues. Estenuados y molidos de cansancio, los vestidos hechos jirones y heridos no pocos por los garranchazos de la maleza, mostraban los exploradores en sus rostros caídos y macilentos el mal éxito de sus pesquisas. Ni el más pequeño rastro ni la más ligera huella de los extraviados habían hallado en su camino. La gritería y alaridos de los ojeadores y el clamor de los cuernos y bocinas, que á cada paso habían hecho sonar los monteros, se habían consumido en el aire. Tan desgualdrajados venían algunos, que apenas si podían te-

nerse de pie. Como que no hubo torca, alfozó barranco de cuantos habían visto en su camino que, con exposición y riesgo de la vida, no hubieran diligentemente registrado. No menos espeados y maltrechos llegaron los Abencerrajes, trayendo atasajado sobre su mula, grandemente magullado, al bufón Mesrúr, el cual, habiéndose subido á lo copa de un alto roble para descubrir campo, quiso su infausto sino que con la pesadumbre del cuerpo se desgajara la rama en que se había puesto á horcajadas, dando en tierra tan fiero batacazo que, á no tener carne de perro y más vida que un garduño, se queda irremisiblemente en el sitio. Los últimos que parecieron, tras de haber tomado lenguas sin fortuna en las alquerías, cortijos y cabañas del campo de Arévalo sobre el paradero de los extraviados, fueron el Farfán, Juan Fortún y el doncel Alvar Yañez. Acompañábales un pastor que conducía del ronzal una mula cargada con la hembra del león, muerta por el Farfán de un fiero golpe de mandoble al pasar por la rambla en que había matado al macho. Pero ni él venía de humor de relatar el caso ni de

recibir plácemes ni albricias, ni nadie tuvo la curiosidad de preguntárselo ni la cortesía de dárselos: tan embargado traía la desaparición de Zoraida el ánimo de todos.

La ansiedad con que aguardaba la corte el regreso de los exploradores, convirtiéndose en duelo mortal cuando al verlos entrar unos tras otros á ligeros intervalos por las puertas del alcázar, en cuyo zaguán estaba el rey con sus cortesanos, echaron de ver en su significativo silencio que no había para qué preguntarles por el éxito de la correría.

Interrogóles con todo su Alteza á medida que iban llegando y, en vista de sus respuestas, se retiró á su real cámara para celebrar consejo con los prelados, el Condestable Don Álvaro de Luna, D. Enrique de Aragón y el Marqués de Santillana.

Tan grande era la consternación de todos, que transcurrió un buen rato sin que nadie despegara los labios. El primero que los abrió fué el rey, el cual, pasando sucesivamente los angustiados ojos por el azorado rostro de sus consejeros, les dijo con voz flaca y desmayada que qué les parecía de aquello.

—Señor, contestó el venerable obispo de Ávila con semblante compungido, que encomendemos á la misericordia de Dios el alma de esos desgraciados.

—Pero cómo, replicó el rey tembloroso, ¿cree su Reverencia que la princesa ha perecido?

—Por muerta, respondió el obispo, la dan vuestros cortesanos.

—No hay que andarse de ligero, dijo á esto el prelado de Burgos, observando que el rey estaba pasando la pena negra. Que no han sido pasto de las fieras, cosa es para mí clara. Cierto que el bosque está poblado de salvajina y sus torcas de cuervos, buitres y quebrantahuesos blancos, á los cuales se les vé caer de ordinario en nutridas bandas sobre los despojos de los animales muertos y aun traspone con sus huesos, después de atracarse de guifa, á las inaccesibles crestas de la montaña; pero con todo eso, de haber tenido acabamiento tan trágico, hubieran dado, á no dudar, los exploradores con los girones de sus ropas y los arreos de sus cabalgaduras. En resolución, á mi modo de ver, ni la princesa,

ni su dama Cholpamalaga, ni el príncipe granadino, ni el mirasa Thermaxerin han sido pasto de las fieras.

—Muy puesto en razón está eso, replicó el obispo de Ávila; pero repare su Reverencia que yo no he dicho hasta ahora, si mal no recuerdo, la clase de muerte que hayan padecido esos infelices. Cierto que corre entre algunos la especie de que han sido presa de las fieras; pero los más se inclinan á que se los ha tragado una sima.

—Tampoco puede ser eso, dijo terciando en el coloquio el Condestable, pues, de haber pasado de esa suerte las cosas, las aves de rapiña, como acaece en tales casos, descendiendo de las alturas, donde moran, á la profundidad del abismo, atraídas por el hedor de los cadáveres, hubieran denunciado á los exploradores el lugar de su sepultura. Diráse acaso que hay no pocas simas, cuyas bocas, obstruídas por la maleza, impiden el acceso á las aves de rapiña. Cierto; pero, de haber caído en una de éstas, los girones del traje de la princesa y de su dama y los de su ministro Thermaxerin, que lleva ropas talares, al romper los

cuerpos por la espesura de las zarzas, hubieran quedado en sus puas.

—En un pensamiento estamos, dijo el obispo de Burgos.

—El Señor oiga á su Reverencia, replicó el prelado de Ávila; pero todavía me queda la duda de si los expedicionarios habrán explorado todas las simas y derrumbaderos del monte.

Y como hiciera mella en el concurso esta observación de su Reverencia, reparando el Condestable en que el semblante del rey, momentos antes despejado, comenzaba de nuevo á nublarse, salió al reparo diciendo: no lo creo; por que entre los exploradores ha ido S. A. el Infante con la gente que de ordinario trae á su servicio, la cual conoce de tal suerte esa intrincada selva, que no se yo haya un solo palmo en ella que no hayan hollado sus plantas.

—Bien podrá ser, dijo, moviendo la cabeza en muestras de duda, D. Enrique de Aragón; pero, al decir de los populares, nadie hasta hoy, que se sepa, la ha recorrido de un cabo al otro, ni aun los que de caso pensado toma-

ron á sus cuestras comprobar la existencia en ella de cierto misterioso alcázar sobre el cual corren aterradoras consejas.

—¿Y qué dice á eso su señoría? dijo con marcada intención Fray Lope Barrientos.

—Pues digo, que no digo nada, contestó secamente D. Enrique de Aragón con rostro y miradas graves.

—Sin que yo tome acta de lo que por ahí se susurra, por parecerme cosa fuera de tino, dijo á esto el marqués de Santillana, no debo ocultar á V. A., que no falta quien, fundado en la singular coincidencia del extravío simultáneo de Zoraida y del príncipe Abulhasan, cuelgue á este el milagro de lo que pasa. Cuando y por quien se ha echado á volar esta especie, lo ignoro; pero el caso es que ha hecho fortuna y corre como válida entre algunos caballeros de la corte.

—Entre gentes de poco seso, cierto, dijo el Condestable, pues aun cuando de todos es sabido que el hijo del rey Saád anda perdidamente enamorado de Zoraida, dada la precaria situación del reino de su padre, y lo necesitado que se halla de la ayuda de su Alteza,

menester sería tenerle por loco de atar, para suponerle capaz de tamaña felonía.

Á esta razón del Condestable asintieron todos los presentes, desde el rey hasta su confesor Fray Lope Barrientos, el cual se disponía á decir algo por su cuenta, cuando se presentó de improviso el maestresala demandando licencia á su Alteza para presentarle un correo que venía con cartas del sultán Sidi-Saád. Concedida que fué, penetró en la cámara un rozagante caballero moro, que le decían Hamete Aláisar, el cual hecha que hubo la zalema al monarca castellano y besádole el pie derecho, después de tocarla en la cabeza y llevársela á los labios, le hizo entrega de una carta de su amo, signada de su nombre, sellada con el anillo real y datada en sus reales Alcázares de la Alhambra, en que le hacía saber como había sido reintegrado en su reino, merced al valioso arrimo que le había prestado, se confesaba de nuevo por su vasallo mudéjar y le suplicaba diera licencia al príncipe Abulhasan para regresar á su lado.

La turbación que causó al rey la lectura de la misiva, que en otras circunstancias le hu-

biera colmado de júbilo, fué extraordinaria. ¡Que contestaría al infeliz padre que reclamaba á su hijo! Mandado el legado á descansar, ordenó el rey al Condestable que diera inmediatamente órdenes á los caballeros y gentiles hombres de su casa para tornar de nuevo al bosque al romper del día y registrarlo jara por jara hasta dar con los extraviados ó adquirir la certidumbre de su muerte.

—¡Bah! dijo Fray Lope Barrientos al salir del consejo á sus compañeros los obispos de Ávila y Burgos; todo eso lo tengo por excusado. Gastar el tiempo en balde y *laus Deo*.

—¿Por qué? preguntó el obispo de Ávila.

—¿Cómo que por qué? replicó Fray Lope. Porque ni la princesa ha sido comida de las fieras, ni caído en ninguna sima, ni robada por Abulhasan. No hay que calentarse los cascos, añadió; en mi semblante y parecer la sin ventura Zoraida, por razones que él se sabrá, ha sido arrebatada por los aires y llevada á Tartaria ó al quinto infierno por obra y arte del malvado Thermaxerin, que es un muy ladino y taimado brujo, en comunicación, á no dudar, como todos los de su laya, con los demo-

nios íncubos y súcubos y hasta con el cotarro pleno de diablos grandes y chicos. Pien- sen de mí lo que quieran sus Reverencias; pero en mis trece me quedo, y al tiempo. ¿Re- cuerdan sus Reverencias aquel vaticinio mío, cuando, apenas me eché á la cara á ese mal hombre, dije que, si no marraban las señas, nos había de jugar á la postre una que fuese sonada? ¿Creen por ventura sus Reverencias, prosiguió, recalcando el discurso, que puede explicarse sin más ni más por causas natura- les el caso de los tabarros? ¡Un cuerno! Aquel- los no eran tabarros, sino demonios hechos y derechos; que demonios habían de ser los que sacaran de su paso ordinario á mi paciente quartago hasta el punto de dar conmigo en tierra y causarme el atroz porcino que me trae vendada la testa. ¡Tabarros, tabarros! ¡Pues ni que hubieran sido áspides con alas! Y como los prelados de Ávila y Burgos no chistasen palabra, exclamó sentenciosamente Fray Lope, pagado de su discurso: *Silentium videtur confessio*. ¡Que me place que sus Re- verencias sean de mi parecer!

## CAPÍTULO XXXI.

De cómo el Farfán salió en busca de Zoraida.

**C**UANDO á su vuelta al alcázar supo el Farfán que no había parecido Zoraida, entróle muy gran melancolía, pero turbóse al par de muerte, cuando llegó á sus oídos el rumor de su rapto por el príncipe Abulhasan. Y como, cuando la fantasía se caldea, no hay desatino que deje de hallar abrigo en pecho enamorado, cavilando y revinando pensó el caballero Aceja que, pues alma viviente había visto cruzar á los extraviados por el campo de Arévalo, de ser el hecho cierto, por fuerza algún pastor mudéjar de los contornos, rendido al oro del príncipe granadino, debía haberlo llevado con la princesa tártara, su dama y el mirasa Thermaxerin por trochas y atajos excusados fuera de la jurisdicción de la villa y aun puestóle acaso en camino de la morisma. Con estas imaginaciones andaba el Farfán perplejo que partido tomar; pero recordando haber oído á los exploradores que

por intrincada y abrupta habían dejado de registrar cierta parte del bosque, en la que no era de presumir hubieran podido penetrar los extraviados, resolvióse á recorrerla, y requiriendo sus armas y caballo salió al campo por un postigo excusado del alcázar sin dar cuenta á nadie de su intento. Con el de aprovechar lo que restaba del día, se dió tal prisa en el andar, que no era pasada una hora, cuando penetraba el esforzado caballero en la parte no explorada del bosque. Érase con efecto en ella tan espesa la maleza, que á cada paso tenía que suspender la marcha. Salvando obstáculo tras obstáculo, mirando á diestro y siniestro, alzándose en los estribos é irguiendo la cabeza, cuando la jara le estorbaba la vista, iba el Farfán ojeando y registrándolo todo. Ora bajaba, á pique de despeñarse, á los profundos barrancos por sus ásperas laderas, cubiertas de grandes lajas; ora, echando pie á tierra, asomaba el cuerpo á las temerosas simas, que de vez en cuando en su tránsito se abrían; ora finalmente, asiéndose á las frágiles matas, que en las grietas de las torcas brotaban, trepaba á sus altas cumbres, desde

donde, atalayando el campo, dejaba ir un alarido agudo y penetrante. ¡Pero, ay Dios, que nadie respondía á su anhelante reclamo! Sorprendióle en esto la noche, hora de las grandes tristezas para las almas laceradas, y aun cuando el cansancio que sentía, demandaba imperiosamente el reposo, aguijonado por la idea, que le había hecho acometer la aventura en que se hallaba, desechó como un mal pensamiento el pasar el resto de ella arrimado á un roble y, sacando fuerzas de flaqueza, continuó resueltamente la marcha á la dudosa luz del crepúsculo con el corazón acompañado de penas. Errante y perdido por aquel confuso laberinto, que nunca tenía acabamiento; sin saber por donde andaba, ni á donde se dirigía, ni si iba para adelante ó caminaba hacia atrás, tantas eran sus vueltas y revueltas, no pasó mucho sin que, desvanecida su cabeza, comenzara á sentir vértigos y á ver los objetos á cierta distancia de muy distinta suerte de como eran. Antojábasele un mundo encantado todo cuanto divisaba. En cada risco, en cada arbusto, en cada árbol; en las agironadas y pardas nubes, que á trechos

entoldaban el cielo, se le parecían extrañas y muy singulares figuras, monstruos de toda facción y talla, amenazadores y horrendos los unos, blandos y compasivos los otros. Ya eran enanos atezados y rechonchos con anchos pies y descomunales cabezas, haciéndole muecas y contorsiones, ya formidables jayanes con troncos de pinos por mazas en amenazador gesto y talante, ya serpientes espantables de largas colas, erizadas de puas, y de aceradas garras, mostrando en sus bocas abiertas, orladas de sangre, triples hileras de agudísimos dientes; ya, finalmente, grupos de peregrinos seres de abigarrada y fea catadura, mitad hombres y mitad animales, con testas de dragones, alas de murciélago y uñas de grifo. Extremaban el horror de estas apariciones que, si se desvanecían al acercarse el Farfán á los objetos, venían á reproducirse de nuevo en los situados á distancia con inagotable variedad de formas, el canto triste y de duelo del buho y de la lechuza, el lúgubre aullido del adive y del lobo, el desapacible arruar del jabalí y el estridente y ronco gruñido del oso. Á cada paso que daba, sentía el crujir de las jaras,

sacudidas por los raposos, maimones, turones, fuinas y gatos de algaida, que huían despavoridos al acercarse, y revolotear sobre su cabeza las zozayas, los murciélagos y escrucies.

Trás largo y penoso andar, llegó el Farfán al extremo de una enorme peña tajada, á cuyo pie se habría un profundo abismo, donde se precipitaban, dando saltos y tumbos con fragoroso estruendo, las aguas de una inmensa catarata que en ancha cinta de espuma de un alto torcal caía. La situación del arriscado caballero con el abismo de frente, el alto torcal de un lado y el tajo del otro, cuya profundidad le vedaba medir la caliginosa sombra nocturna, era asaz difícil y angustiosa. Lo que más vino á extremarla, fué la estrechez de la senda en que se hallaba, la cual, so pena de caer por aquel derrumbadero, le impedía todo movimiento giratorio. En tan apurado trance asaltóle al noble caballero un como asomo de aquella natural pasión del ánimo que se llama miedo; pero sobreponiéndose su varonil energía á su momentánea flaqueza, ció con resolución el caballo y, cuando hubo retrocedido obra de diez ó doce lanzas, metióle

los acicates hasta las rodajas y partiendo á la carrera, hizole dar tan tremendo y desesperado salto al poner los pies en el borde del peñasco, que, atravesando de un vuelo el abismo, fué á caer sano y salvo en el extremo opuesto de su cortadura. Remataba en ella una pradera más larga que ancha, aunque no era dable calcular su extensión por hallarse la luna, que acababa de asomar en el cielo, velada por una parda nubecilla. En duda que hacer, si continuar, como hasta allí, á la aventura su camino ó dar respiro á sus abatidas fuerzas, resolvióse al cabo á pasar el resto de la noche en aquel lugar apacible y, echando pie á tierra, dejó en libertad á su caballo, más rendido aun que su amo de cansancio. Luego á seguida arrimóse á un salve que limitaba el prado por la parte del cierzo y haciendo lecho del blando césped y de su escudo almohada, reclinó en él su ardorosa cabeza con ánimo de conciliar el sueño. En aquel instante, despejado el horizonte de nubes, brillaba la luna llena en el comedio del cielo, acompañada de pálidas estrellas, con todo el brillo y esplendor de su hermosura.

## CAPÍTULO XXXII.

De la peregrina aventura por que vino á saber el Farfán el paradero de la princesa tártara.

**N**o tardó el Farfán en convencerse que el procurar descanso á su atribulado espíritu era intento vano. Y eso que la serenidad de la noche, la tibia brisa que corría, saturada de los aromas campestres, el sonoro murmullo de la cercana cascada y el monótono canto de las aves nocturnas convidaban á un dulce y regalado sueño. ¡Pero cómo dormir, teniéndole atenazada el alma la idea de que su aborrecido rival pudiera estar en posesión de Zoraida! ¡Antes que tal desventura prefería el noble y generoso caballero que la hubieran devorado las fieras! Su desapoderada ambición no llegaba hasta el extremo infame de pechar con mujer violada por otro, así ciñeran sus sienes todas las coronas del mundo. Como hidalgo y bien nacido que era, estimaba más su honor que todos los encum-

bramientos y grandezas de la tierra. Si el hijo del rey Saád, se decía, ha conseguido burlarme, no ha de lograr la quieta posesión de su presa: en los antros del infierno habría de ocultarse, que allí iría yo á arrancarle la vida. Divertido en estos negros pensamientos hallábase el denodado caballero mirando tristemente al plateado disco de la luna, cuando le pareció ver venir volando hacia él como tres pájaros blancos, los cuales, dejando á modo de estrellas erráticas un reguero intenso de luz en el espacio, fueron á caer del lado allá del salve que á sus espaldas tenía.

Aquella extraña aparición sacó al Farfán de su recogimiento, y aunque dudó al pronto de sí mismo, un ligero ruido metálico, como el que producen las alas de las aves al abatirse en tierra, vino á confirmarle no ser la visión antojo de su acalorada fantasía. Para más cerciorarse, acercóse pasitamente al salve y atisbando por entre un claro de su espesura, vió un ancho y dilatado lago, semejante á un gran espejo de alhinde, en cuya superficie tersa y cristalina rielaban trémulos los rayos de la luna, y sobre la menudísima arena de su ori-

lla, inmediata al lugar en que estaba, á tres hermosas palomas, blancas como el armiño, cuyas gargantas adornaban, á modo de alhaites moriscos ó brillantes enhilados, unos tan ricos collares de finísimos carbunclos que deslumbraban la vista. Pero ¡cual sería su asombro y maravilla cuando al quitarse los collares, que dejaron en la arena, se trocaron las tres gentiles palomas en tres garridas doncellas, tan parejas en hermosura y donaire que ninguna de ellas hacía ventaja á la otra!

¿Qué séres serán estos, se dijo el Farfán, absorto en la contemplación de las damas, que así cambian de figura? ¿Ángeles del cielo, acaso, hadas, jorginas ó brujas?

En tanto que el noble caballero se hacía estas preguntas, con gran jolgorio y alborozo se entraron las tres doncellas en el lago, deslizándose ligeras como peces por sus linfas transparentes, ya cruzándolas á nado en todas direcciones, ya zambullendo en ellas sus hermosas cabezas, ya abismándose en su seno para reaparecer luego á larga distancia. Traçadas se hallaban en regocijado juego, gritando y lanzándose al rostro salpicones de lí-

quida plata con las palmas de sus lindas manos, bien ajenas de que nadie las veía, cuando, aprovechándose el Farfán de su estrepitosa algazara, se escurrió pasitamente á la rastra por el portillo del salve, y cubierto con el escudo el rostro, para no quedar deslumbrado por la intensa luz que despedían los carbunclos, llegó al sitio donde estaban y se apoderó de ellos.

No lo hizo con todo el Farfán tan de quedo que no llegaran á sentirlo las damas, las cuales, presas de terror al ver que el aparecido había echado mano á sus collares, se abalanzaron prestamente á la orilla, y sumergidas en agua hasta la cintura y esparcidos sobre los turgentes senos sus profusos cabellos, con acento dulce y lastimero y las mejillas bañadas en llanto suplicaron al Farfán se los devolviese.

—Si haré, dijo el noble caballero, tocado de la aflicción de las damas, siempre y cuando me digais quien sois, de donde venís y me acorrais en mi cuita.

—Somos, respondió, palpitante el corazón de susto, la que parecía mayor de entre ellas,

blanca como espuma de cataratas, las princesas Kah, Pah y Joh, que es como yo me llamo, hijas del gran Makeh, rey de los mengues de esta selva. Criaturas de Dios, como vosotros, fuimos formadas del éter, cual lo fué el ángel de la luz y el hombre del polvo de la tierra. De natural invisibles, solo dejamos de serlo en los plenilunios, desde el comedio de la noche, hora en que ha permitido el Señor que vengas á sorprendernos, hasta que asoma la aurora.

—Propiedad nuestra es, oh gentil caballero, tomar toda suerte de formas, así del animal como del hombre, añadió la mengue Kah, morena como las hijas de Adar y de ojos negros como la noche. Mortales como vosotros, aunque de más larga vida, nos gobernamos por leyes; cual la vuestra, así se propaga nuestra especie; comportes y fiestas tenemos, usos y costumbres y por asilo y morada los bosques poblados de helechos, las cavernas de los montes, las quiebras de los peñascos, el fondo de los abismos, los edificios campestres en ruinas y los desamparados alcázares.

—De el del rey, nuestro padre, venimos á

bañarnos en el lago, dijo la mengue Pah, rú-bia como las candelas. Y pues sabes quien somos y de donde venimos, dinos ahora tu cuita, que de estar el remedio en nuestra mano, hazte cuenta que lo tienes en la tuya.

—¡Grande es mi quebranto! exclamó el Farfán, exhalando un profundo suspiro.

—No hay pena ni dolor en la vida sin consuelo, cuando se comunican, dijo la mengue Joh.

—Por vuestro ser ¡oh celestiales criaturas! dijo el Farfán, debeis de saberlo todo, lo pasado, lo presente y lo futuro.

—Lo futuro, respondió la mengue Pah, solo el alto Dios lo sabe, para quien todo tiempo es presente.

—¿No caes, añadió la mengue Kah, que á tener la presciencia que tu crees, no nos veríamos ahora en el trance en que nos vemos?

—Yo os conjuro por Dios, dijo el Farfán, ¡oh princesas adorables! me digais que ha sido de una hermosa dama, que estando anteayer de caza con la corte de Castilla en esta intrincada selva, vino á perderse en ella.

¡Ah! exclamaron á la vez las mengues. Y

adelantándose á sus hermanas la llamada Joh, refirió al Farfán lo acaecido á Zoraida con el mirasa tártaro, la plática que la tuvo, su amago de hacerle fuerza, los clamores y gritos de la dama en demanda de socorro, la súbita aparición, dando caza á un corpulento venado, de un apuesto caballero moro, su encantamiento por Thermaxerin bajo la forma de un corpulento león, con todo lo demás que avino á la desolada princesa hasta el arribo al alcázar del rey Makeh.

—De todo esto, dijo la mengue Kah, testigos fuímos las tres, pues en aquella hora estábamos en la Fuente de la Torca, nombre que dan los nuestros á la que hay en aquel deleitoso paraje, donde vamos de continuo á gozar de sus frescuras.

Adarvado quedó el Farfán del relato de las mengues; mas vuelto de su estupor, les rogó con mucha instancia que se adoleciesen de él y lo pusieran en camino del alcázar de su padre para librar á la dama del cautiverio en que estaba y hacer justicia en el mágico de sus crímenes y maldades.

—Sí á fe, contestaron las mengues.

Y como, al oír tan consoladora respuesta, dejara el Farfán los collares en la arena, díjole la mengue Joh: recobrada que sea por nosotras ¡oh noble caballero! la forma en que nos viste venir, partiremos de tu lado. Luego que esto suceda, tomarás tu lanza y tu caballo, y con el escudo embrazado al pecho, caminarás al Oriente y antes de que venga el día, llegarás á nuestro alcázar.

—¡Que no marres el camino! dijo la mengue Kah.

—Date prisa en el andar, añadió la mengue Pah; pues cesando al reír del alba el encanto, que habrá de hacerte invisible, te expondrías de seguro á ser víctima del mágico.

—Ahora, dijo la mengue Joh, cúbrete con el escudo el rostro.

Hízolo así el Farfán, y saliendo las tres princesas del lago, tomaron sus collares, transformándose en palomas.

Luego á seguida alzaron el vuelo hasta la altura del escudo del Farfán, en el cual trazaron de perfil con la pluma timonera de su ala derecha las figuras de sí mismas, y poniendo en ellas con sus picos por ojos un carbunclo

de su alhaite, se elevaron raudas en el espacio inmenso, dejando tras sí aquella ráfaga luminosa que tanta maravilla causó al bizarro caballero, cuando la vió por vez primera.

## CAPÍTULO XXXIII.

De cómo el Farfán dió muerte á Thermaxerin.

**A**L trasponer las palomas de la vista del Farfán, penetraba la luna en el seno oscuro de una nube gigantesca. ¡Cual sería el asombro del noble caballero, que continuaba con la adarga embrazada al pecho, cuando, esperando verse rebozado en sombras, reparó que todo cuanto delante de él se hacía, lago, bosque, tierra y cielo, hasta los últimos confines del espacio, se hallaba tan intensamente alumbrado, como si el refulgente astro del día, sin aguardar á que lo anunciase la aurora, hubiera de súbito asomado por las puertas del Oriente! ¿Pero donde estaba el sol que no parecía? Suspenso el ánimo ante caso tan estupendo, creyó al pronto el Farfán que traía el Levante á sus espaldas y tornando el rostro, sin mudar de postura, echó de ver, para más confusión suya, que continuaban rei-

nando trás de él las tinieblas nocturnas. Con el afán de averiguar la causa de accidente tan peregrino, volviése y revolviése en todos sentidos y como observára que allá donde le llevaban sus pasos, allí se proyectaba la luz, antojósele que por arte é industria de las mengues había sido transformado en astro luminoso, cuyo radiante foco debía de traerlo en el centro del pecho. Con esta aprensión, llevóse resueltamente á él la mano derecha; pero como al hacerlo, tuviera su izquierda que desviar el escudo, vió sorprendido salir de él tales y tan deslumbradores rayos que, si como los percibió de canto, los llega á mirar de frente, no le quedan ojos en la cara. Despedían aquellos vivos resplandores los maravillosos carbunclos que habían incrustado las mengues, á guisa de ojos, en las imágenes de sí mismas, trazadas con las plumas de sus alas en el escudo del Farfán.

Ufano de llevar en él el disco de un sol, comprendió que podía llegar, sin ser de nadie visto, al alcázar del rey Makeh. Y poniendo en ejecución los dictados de las mengues, enderezó sus pasos al prado, requirió su lanza y su

caballo, subióse en él y embrazado el escudo al pecho, emprendió animosamente la marcha en dirección al Oriente, precedido de los deslumbradores chorros de luz que despedían los carbunclos.

Aunque el camino, por donde iba, se hallaba interrumpido á cada paso por los accidentes del suelo, con la esperanza de libertar á la princesa tártara parecíale que andaba por ancho y bien cimentado arrecife.

De júbilo saltaba el noble caballero al considerar que estaba próximo el venturoso término de sus anhelos. Todo un mundo de risueñas é inefables ilusiones ocupaba su corazón. Figurábase haber entrado ya en posesión de Zoraida, con la cual y lucidísimo cortejo de gentiles hombres, damas y escuderos, tomaba la vuelta de Tartaria, en cuyas fronteras los esperaban los principales alguaciles del sultán Xah Roj y los reyes y príncipes, sus feudatarios, para darles la bienvenida. Veía que, despoblándose las ciudades, alquerías y aldeas, situadas en el tránsito, salían sus moradores á recibirles, afanosos de conocer y agasajar á sus futuros soberanos.

Deleitábase al contemplar la magnificencia, el lujo y el boato con que eran recibidos en Samarcanda, cobijados bajo un rico baldaquin, cuyas varas de oro eran llevadas por los príncipes de la sangre, y admirábanle las suntuosas fiestas, alegrías y públicos regocijos, celebrados para solemnizar su llegada. Venían á poner el sello á estos devaneos é imaginaciones la renuncia á la corona, por achaques de vejez, del emperador Xah Roj y su ascensión al excelso trono de los tres imperios. Pero ¡ay! de vez en cuando interrumpía el curso de estas doradas ilusiones el recuerdo fatídico del príncipe Abulhasan. Con todo, como el señalado servicio que iba á prestar á Zoraida, ligándola á él con los estrechos vínculos de la gratitud, alejaba todo temor de competencia, no cabía abrigar recelo de que el hijo del rey Saád insistiese en ella. De más de esto, con no hacer nada porque cesara su encanto, quedaba el caso resuelto. Mas en el supuesto de que, recobrando su ser natural, tuviera la arrogancia de atajarle el camino de su ventura, con quitarse el estorbo de en medio, todo estaba concluído.

Al cabo de una hora de marcha por un robleal frondoso, llegó el Farfán á los confines de la selva, penetrando en un vastísimo campo, cubierto de árboles frutales, en cuyo espeso ramaje pasaban la noche enjambres de pajarillos, los cuales, sacudiendo el sueño ante la presencia de la luz, que despedía el escudo del Farfán, comenzaron á saludar con sus armoniosos trinos y gorjeos el advenimiento del día.

Á medida que el caballero Aceja avanzaba por la vasta planicie, cuyo verde suelo se veía matizado por toda suerte de flores silvestres, iba su impaciencia en aumento, pues permitiéndole lo llano del terreno extender largamente la vista, no descubría, por más que se desojaba, el misterioso alcázar. Por fin, trás otra hora de marcha, creyó columbrar, allá á lo lejos, las torres almenadas de un vetusto castillo, cuyos gigantescos muros, heridos por la brillante luz de su escudo, parecían como si hubieran sido labrados de bruñido oro. Impaciente por salvar de un salto la distancia que de él lo separaba, picaba el Farfán de espuelas á su caballo, á tiempo que sorprendido

Thermaxerin por el resplandor que iluminó de súbito su algorfa, y maravillado de que fuera ya de día, saltaba presuroso del lecho y se asomaba á la ventana que daba al parque. Extrañándole los singulares matices y arrebolados tonos que aquella luz prestaba á los objetos, creyó al pronto que debía estar la selva ardiendo, idea que no dejó de preocuparle; porque tomando por resplandor de un incendio el causado por los carbunclos del escudo del Farfán, pensó si habría sido producido de intento por los exploradores, que había debido mandar el rey D. Juan en busca de Zoraida, con el fin de abrirse paso por la cerrada maleza. Pero luego que observó que aquellos siniestros fulgores no arrojaban de sí las cerradas columnas de humo, agironadas de llamas, que á todo incendio acompañan, desechó tal sospecha de su ánimo. ¿Qué luz, pues, era aquella que venía de Occidente? ¿Habría la naturaleza quebrantado sus eternas leyes, haciendo salir la luz por aquel lado, ó era que la ventana de su cámara, contra lo que él se creía, miraba al Oriente? En aquel instante brotó en su negra alma el recuerdo

fatídico de cierto austero yogui de la India que, allá en sus mocedades, siendo *brahmachari* de un colegio de Brahamanes, le había predicho mirase como de mal agüero el día en que el resplandor de la aurora asomara por el ocaso. Este pensamiento le hizo temblar, creyendo ser llegada su última hora. Con todo, haciendo un supremo esfuerzo sobre sí mismo, resolvió, pertrechado de su larga retahila de ensalmos y maleficios, bajar á los jardines, y sin cuidarse en su turbación de cubrir su cuerpo con la marlota que de ordinario vestía, dirigióse en zaragüelles al sobrado en que se hallaba Zoraida, y tomándola por la muñeca, pasó á la cámara en que se encontraba el león, cuya cadena puso en la mano izquierda de la princesa tártara, saliéndose con ellos del alcázar para observar á campo abierto el peregrino fenómeno. Sucedió esto á tiempo de tocar el Farfán el límite divisorio del parque y de los jardines del alcázar. En el centro de ellos Thermaxerin, y llamando en su auxilio á las potestades del infierno, comenzó á conjurar la luz á grandes voces; pero aunque empleó las más tremendas y eficaces fórmulas del arte

mágico, lejos de conseguir que se la tragaran las sombras, adquirió tal fuerza é intensidad, que tuvo que volver el rostro por no quedar deslumbrado. Y era que, habiendo penetrado á la sazón el caballero Aceja en los jardines, se hallaba en aquel momento á no más de cien pasos del mirasa tártaro. Desde tan corta distancia pudo ver distintamente el Farfán al mágico, la cabeza destocada, desnudo de medio cuerpo para arriba con un cinturón de reborde que le sujetaba á las caderas sus gregüescos, el bronco cabello crespo, revueltos los mechones de su larga y poblada barba, los pies descalzos y clavadas las acaireladas uñas de sus manos en las muñecas de Zoraida. La cual, vestida de ricos paños talaes y ceñida la sien de muy vistosa guirnalda de jacintos, rubíes y zomordas, ofrecía en su mirada inmóvil y en el desencaje y palidez mortal de su rostro el vivo remedo de una estatua de mármol. Reparó también que la princesa, insensible al dolor, que en ella debían producir las aceradas garfas del mágico, tenía asido de la mano izquierda el extremo de una cadena, atada al cuello de un gigantesco león que

echado á sus pies, más que rendido de cansancio, parecía, á juzgar por sus entornados ojos, presa de mortal letargo.

Certificado el Farfán que tenía delante de sí al raptor de Zoraida, encendido el pecho en coraje, blandió su formidable lanza y partiendo á todo correr, atravesó de parte á parte el corazón del mirasa, del cual salió con tan violento empuje tal chiscate de sangre, que vino á manchar la mano y el blanco colete del noble caballero.

El desesperado grito de dolor lanzado por Cholpamalaga que desde el ajimez de su algorfa había presenciado el trágico fin de su antiguo amante, vino á confundirse con el agudísimo de Zoraida al recobrar el uso de sus sentidos y potencias. En aquel mismo punto cesó también el encantamiento del apuesto y bizarro príncipe de Granada.

Era la hora en que despuntando la luz del día por las puertas del Oriente, vino á eclipsar con sus resplandores los del escudo del Farfán. Elevados los ojos al cielo dió Zoraida gracias al Señor por su misericordia, y como hiciese ademán tras esto de doblar la rodilla

y besar las manos de su libertador, que había echado pie á tierra, acudió el Farfán á impedirlo, diciéndola con alegre semblante, que no mirase en él si no al dichoso instrumento de que se había valido la Providencia para su desencanto.

Tétrico, sombrío y sofocando en el irritado hervor de sus odios, la gratitud que debía á su afortunado rival, tomó el hijo del rey Saád la vuelta del alcázar, á donde le siguió el Farfán, llevando del brazo á la princesa tártara y á su caballo del diestro. No habían salvado aun sus umbrales, cuando se poblaron los aires de vandadas de cuervos y de buitres, los cuales, cayendo sobre el cadáver de Thermaxerin, no tardaron en devorarle.

## CAPÍTULO XXXIV.

Del reto que hizo el príncipe Abulhasan al caballero Aceja.

**Q**UIENTRAS tanto Cholpamalaga, que había reconocido en el Farfán al matador de su amante, reconveníase irritada y maldecía de su dejadez y abandono por no haberse procurado el vellón de cabrón negro castrado y el dátil albarrano, secado en almijara, que en su postrera entrevista nocturna le recomendó el mágico al entregarle el peine de la jorgina de la Meca y nombrarla albacea de su venganza. De haberlos poseído, el Farfán, la princesa y el príncipe de Granada en aquella misma hora hubieran sido transformados en bestias. Rebuscando estaba trazas en el fondo de su negra alma de cómo vengar al mirasa, cuando sintió pasos en los corredores y adeliñando su rostro con máscara de falacia, dirigióse á la entrada de la alforfa en

ocasión de pisar sus dinteles el Farfán y Zoraida. Nadie hubiera podido notar en su reposado y tranquilo talante y en el zalamelé que les hizo con la risa en los labios, la deshecha borrasca que rugía en su pecho. Recibiólos, como si no hubiera pasado nada. Tan dueña era de sí misma y tan consumada en el arte de disfrazar los efectos, que ni mostró extrañeza al ver acompañada á su ama de aquel caballero, ni hizo semblante de haber reparado en la sangre que manchaba el costado derecho de su blanco colete y la mano que empuñaba la lanza. Por lo que toca á Zoraida, tan blanda y compasiva era, que, con recordar que su dama, incansable encomiasta de las prendas de Thermaxerin, había sido coadyuvadora y cómplice suya en el negocio de su encantamiento, le faltó valor para darle la triste nueva de su desastrosa muerte.

Aposentada la princesa en su algorfa, demandóle el Farfán licencia para retirarse con la promesa de tornar en breve, y acordada que le fué, dirigióse por un ancho corredor hacia la escalera que conducía al patio del alcázar, en cuyo centro había reparado al pasar una

fuelle de mármol. Era su ánimo lavarse en ella las manos y la mancha del colete. No había andado obra de veinte pasos el noble caballero, cuando se sintió dulcemente conducido á una espaciosa tarbea, cuyas puertas de alerce, taraceadas de menudas piezas de marfil y ébano, girando sobre sus goznes, le dejaron franco el acceso. Érase la cuadra espléndida, con el pavimento de jaspes aljofifados, labrada y dorada la techumbre y las paredes toldadas de alto á bajo hasta el zócalo de alileres con paños grises y veros. A la derecha, en entrando, parecíase una tarima cubierta de vistosa almocela con almadraques de terciopelo á dos colores, carmesí y morado, y sobre ellos un muy rico ropaje de caballero, entre cuyas piezas éranse de notar unos guanteletes de placas de acero, enferrados en sirgo negro, y un colete de finísima escarlata con faldas almenadas, sobre las cuales corría pegado á pespunte un cinturón recamado de oro. Ocupaban el lado izquierdo doce sitaliales de alto respaldo, y el centro un suntuoso aparador de madera de sándalo con entretallamientos de hilo de plata tirada á martillo, sobre

el cual se veían una aljofaina, un jarro de oro y una toalla de cándido lino.

Arrimado que hubo el Farfán su escudo y su lanza á un rincón de la cuadra, encaminóse al aparador, pero, como si le hubieran calado el pensamiento, un ser invisible le salió al encuentro con la aljofaina, otro vertió en ella el agua perfumada del jarro y otro, después de lavarlas, le enjugó con la toalla las manos. Seguidamente sintió que, cortándole con unas tijeras el cuerpo y mangas del colete que llevaba, le vestían el rozagante de grana que había sobre la tarima y le calzaban los guantes.

Á otro, que no hubiera sido el Farfán, le hubiera maravillado esto, pero cayendo al punto ser todo obra de las mengues, no se dió por sorprendido.

Acicalada de esta suerte su persona y celebrando interiormente su ventura, volvió ufano el noble caballero al lado de Zoraida, á quien encontró sentada sobre un diván, frontero de un intercolumnio, que, provisto de un ancho redí de setuní rojo, cancelaba la cámara en que estaban de la ocupada por Cholpamala-

ga. La cual, después de haber expiado la entrada y salida del Farfán de la tarbea en que se había lavado, al verle regresar á la de su ama, se puso en acecho tras el amplio cortinaje para escuchar lo que hablasen. Invitó Zoraida al Farfán á que tomara asiento y, luego que lo hizo, le significó el deseo de regresar sin dilación al Alcázar del Gallo, pues se hallaba impaciente por encontrarse al lado de la reina, á quien tenía sobre sí, considerando lo mucho que habría sufrido y estaría sufriendo por ella.

—Así es ello, dijo el Farfán, y tomando pie de la desinquietud de la princesa, le fué menudamente relatando cuanto había pasado desde su desaparición; el pesar del rey y de sus cortesanos, el duelo de la reina, el desatado y amargo llanto de sus damas, las diligencias practicadas en su busca, su resolución de registrar, después de haber recorrido el campo de Arévalo, aquella parte del bosque dejada de explorar por los monteros, y finalmente, su singularísima aventura con las mengues, de que quedó tan maravillada la princesa, que hubiera creído que el Farfán traía

volcado el juicio, á no recordar su reciente encantamiento.

Al llegar á este punto, Cholpamalaga, que no había perdido palabra del relato, salióse prestamente al corredor y con tácitos y atentados pasos entróse en la tarbea en que había estado el Farfán, sacó de su garbín una agujeta y con su agudísima punta vació los carbunclos que traían por ojos las palomas de su escudo, los cuales, apenas cayeron en el suelo, se convirtieron en carbones. Hecho esto, volvióse de puntillas á su estancia, en la cual, no bien había puesto los pies, oyó que la llamaba su ama para hacerla saber que, habiendo resuelto regresar al Alcázar del Gallo, no se dilataría su marcha más allá del tiempo necesario para aderezar las hacaneas.

Con este propósito encaminóse el Farfán á las caballerizas; pero al atravesar la galería del patio que á ellas daba, se encontró de manos á boca con el hijo del rey Saád, el cual, cerrándole resueltamente el paso, con rostro desencajado y lívido, los ojos sombríos y el habla balbuciente, le dijo: si el senti-

miento de gratitud por el bien que acabas de hacerme, pudiera hallar cabida en mi pecho, libre te dejaría el campo de la ventura; pero henchido, como está, del odio que te tengo, no queda hueco en él que le preste abrigo. Antes que verte dueño de Zoraida, prefiero perder la vida. Y pues ambos no cabemos en el mundo, fuerza es que uno de los dos muera. Requiere, pues, tu lanza y tu caballo y apercíbete al combate, si ya no es que quieras excusarlo renunciando para siempre á Zoraida.

Al oír esta afrenta anublóse el rostro del Farfán, y mirando de pies á cabeza al hijo del rey Saád, con altivo ademán y soberano desdén, le dijo: sal sin dilación al campo que luego incontinentemente seré contigo.

Seguidamente subió el caballero Aceja á la tarbea en que había dejado su escudo y su lanza y descendiendo con ellos á las caballerizas tomó el corcel bayo de Thermaxerin por estar el suyo tan agotado de fuerzas que, por más que hizo, no pudo levantarlo.

Momentos después encontrábase el Farfán frente á frente de su mortal enemigo, el príncipe de Granada, en las afueras del alcázar.

## CAPÍTULO XXXV.

Del duelo del Farfán y del hijo del rey Saád.

**C**RAS de haber reconocido el campo, eligieron por liza los enconados rivales la ancha explanada que se hacía al pie de la gran torre del alcázar.

Costumbre añeja era en la corte de Castilla, según las leyes que hablan de los retos y desafíos, no desemejantes á los ordenamientos en uso entre la morisma de Granada, que aun avenidos los caballeros para ventilar en pública lid sus agravios, no podían excusarse de demandar licencia al rey, á quien tocaba de juro el señalarles plazo, día, hora y lugar en que combatirse y los fieles que habían de asistir al acto, cuyo era el oficio de amojonar el campo, meter en él al retador y al retado, departirles sol y sombra, reconocer las armas, que su Alteza les hubiere designado, y ver y oír de fuera del palenque cuanto hiciesen ó

platicasen. Como profesos que eran en la orden de caballería, sabíanse de coro todo esto el príncipe y el Farfán; pero, con saberlo, ni tenía seso el uno para aplazar el duelo ni aguante el otro para darle largas. Por otra parte, como en la guerra, hasta aquella hora cortés y galana en la apariencia de aquellos caballeros, no había habido agravio ni deshonra de nadie, no podían prometerse que el rey viniera en acordarles la susodicha licencia, mayormente entendiendo ser ocasión de su querella, la discreta, recatada y muy virtuosa hija del emperador Xah Roj, la cual, en realidad de verdad, no les había dado motivo ni pretexto que alentare sus esperanzas, dijeran lo que dijeran sus émulos.

Con todo esto no se creyó cada cual dispensado de guardar por su honor los capítulos de las ordenanzas de la caballería, referentes á las lides, cuya observancia y cumplimiento tocaba á los fieles, como el derecho que tenía el retador de acometer primero al retado, ó este á aquel en su defecto, el de no desamparar el campo voluntariamente ó por fuerza de su competidor, pena de confesarse vencido,

fuera del caso en que la salida aviniera por maldad del caballo, rienda quebrada ú otra ocasión semejante, pues entonces en su arbitrio estaba tornar á la liza como de antes, sin mengua ni menoscabo de su honra, y finalmente el que el caballo y armas del que resultare vencido, en vez de ser, según costumbre, del mayordomo del rey, quedarían por del vencedor en premio de la victoria.

Avenidos de esta suerte, y recordando el Farfán que los carbunclos de su escudo, en cuya falta no había reparado, no tenían virtud para hacerle invisible en pleno día, juró por los santos evangelios de no llevar sobre sí sortilegio ni encanto, que torcer pudiera la suerte de las armas, y como al tocar el turno al hijo del rey Sidi Saád, advirtiera que aun traía en su tahalí las nóminas y amuletos que le habían aparejado sus tias las princesas Fátima, Aja é Ixnamacot, haciendo igual juramento por el honrado Alcorán, los arrojó lejos de sí.

Diéronse también palabra ambos caballeros de combatirse leal y derechamente, de poder á poder sin proferir voto ni hacer cosa que

asombrar pudiera á sus caballos, ni usar de fullerías y malas artes asaltando á su contrario antes de apercibirse al encuentro, en el bien entendido que el que así lo hiciere se declararía *ipso facto* por malandrín, follón y mal caballero, quedando su persona á merced de su contrario para imponerle el castigo que le pluguiese. Suplido con este acuerdo la promulgación que en tales casos solía hacerse por los farautes en los cuatro ángulos de la tela para prevenir semejantes desafueros y demásías, midieron por igual el Farfán y el príncipe granadino el campo, el viento y el sol, y echadas suertes tocó al primero ocupar la banda de la improvisada liza que daba al pie de la gran torre del alcázar y la frontera al segundo.

Hallábase en esto la princesa tártara con el manto de escarlata sobre los hombros esperando que viniera el Farfán á darle aviso de estar listas las hacaneas, cuando Cholpamalgaga que había presenciado desde la baranda del corredor alto del alcázar, que caía al patio, el reto de Abulhasan y su aceptación por el caballero Aceja y vistoles seguidamente desde

la finiestra de su algorfa salir al campo con armas y caballos, entró precipitamente en la en que estaba Zoraida y con mal encubierto gozo le dió cuenta de lo que pasaba.

Al oír nueva tan alarmante abalanzóse la ilustre dama á la ventana que tenía más próxima, pero viendo que desde ella no se descubría á los caballeros, llena de angustia mortal subió en dos saltos, seguida de Cholpamallaga, al alto mirador de la gran torre del alcázar, á cuyo antepecho tocaba á canto de hallarse el Farfán y el príncipe de Granada frente el uno del otro, jinetes en sus caballos con los escudos embrazados y las lanzas en los ristres en ademán de embestirse.

En vano la atribulada señora les pidió con lágrimas en los ojos que depusieran su ira, en vano les exhortó blandamente á la paz; hasta por ver de desarmar su encono invocó la infeliz el amor que le tenían. Atorados sus oídos por el odio, ni el caballero Aceja oyó el llamamiento de la dama, ni fué más lo que percibió de él el príncipe Abulhasan.

Sordos y ciegos de furor se dieron á la par la señal de acometida. ¡El choque fué terri-

ble! Encontró el Farfán al hijo del rey Saád por el guardabrazo izquierdo en derecho del corazón, haciéndole tomar tan gran revés que le hizo bambolear en la silla y cierto hubiera dado allí fin el combate á ser de menos temple la fina coraza que llevaba el moro oculta bajo su ancho ropaje. En cambio el hierro de la lanza de Abulhasan al resbalar por el extremo superior del escudo del caballero Aceja solo causó en él un ligero rasguño.

Aquí se renovaron, aunque sin mejor fortuna, las exhortaciones y súplicas de Zoraida, la cual, penetrada de no ser oída, ó que de serlo, no querían escucharla, comenzó á dar desaforadas voces en demanda de socorro, y como nadie le contestara, juntas las manos y elevados los ojos al cielo en actitud suplicante, rogaba al Señor entre sollozos y gemidos, que se adoleciese de aquellos obcecados caballeros. Los cuales, atentos solo á consumir su exterminio, se acometieron de nuevo con ingente brío y furor, encontrando Abulhasan al caballero Aceja por el guantelete de la mano derecha y esta fué su fortuna, porque templando el furibundo golpe que le asestó éste

en el centro de su adarga bacarí, impidió que la moharra de la lanza no penetrara más allá de su reforzado cuero.

El resultado de este segundo encuentro hizo ver al hijo del rey Saád que dados el valor de su adversario, su consumada pericia en el gobierno y manejo del caballo y lanza y más que todo aquella su serenidad que tanto contrastaba con su natural impetuoso y soberbio, el resultado del duelo tenía á la postre que serle adverso. Este negro pensamiento en vez de hacer desmayar sus fuerzas inflamó más su coraje y revolviendo rápidamente su poderoso alazán, que aventajaba con mucho al bayo de su adversario en la ligereza de sus movimientos, hacia el lugar del arranque, se aprestó á la tercera embestida.

En aquel punto creyó percibir confusamente la princesa, allá á lo lejos, muy lejos sonidos como de bocinas. ¿Serían aquellos ecos vano antojo de su deseo ó venturoso anuncio de haber llegado al cielo sus plegarias?

Alentada con esta esperanza cobró ánimos la desolada dama y ensordeciendo el aire con

sus clamores, luego aplicaba el oído aguardando respuesta. Y con efecto la tuvo, pues el ronco y prolongado son de las bocinas era cada vez más claramente perceptible. Habrían llegado acaso á los que las tocaban el rumor de sus desgarradores gritos. Á no dudar, por que cada clamor suyo era instantáneamente contestados por otros muchos no lejanos. Pero el tiempo apremiaba; los caballeros estaban para arremeterse de nuevo, y de no acudir luego, muy luego á departirlos, ya sería tarde.

Oprimido el pecho de angustia, presa de mortal fatiga y enronquecida de tanto gritar llamó la princesa en su ayuda á Lela Marien. Y ¡oh prodigio! No habían acabado sus labios de pronunciar su dulcísimo nombre, cuando vió asomar en confuso tropel por la cumbre de una escueta alcudia, poco distante del lugar en que estaba, cantidad de jabalíes, ciervos y otras piezas de caza menuda que huían despavoridas á todo correr en dirección al parque del alcázar, de los perros que les iban al alcance, y tras de ellos á muchedumbre de ojeadores y monteros, entre los cuales descollaba, jinete sobre un poderoso corcel,

un caballero de marcial presencia, cuyo paso atajó la acometida de un enorme oso que atravesó instantáneamente con la espada, el cual reconocido que hubo á la princesa tártara por el timbre de la voz y en los combatientes al príncipe moro y al Farfán Aceja, partió hacia ellos ligero como el rayo, gritando á grito herido: ¡deteneos, deteneos!

Contrariada la pérfida Cholpamalaga por la inesperada aparición de aquel caballero, que no era otro que el infante D. Enrique, y considerando que de dejar pasar la ocasión no se le ofrecería otra más propicia para vengarse, sacó prestamente de su burjoleta el peine de la jorgina de la Meca y arrancándole en un parpadear todas sus puas, abalanzóse al antepecho de la torre y hecha una furia las arrojó sobre la grupera del caballo del Farfán con tal cruel y lastimoso acierto que, hiriendo al animal en los jarretes, le hizo derrengarse del cuarto trasero y descomponer de tal suerte á su jinete que dejándole al descubierto el pecho, pudo atravesarlo á mansalva con su lanza el príncipe granadino.

Cayó el Farfán de costado al suelo por los

alcafares de su caballo, exclamando con la voz empañada por la violencia y el dolor del golpe: artero, artero, que no buen caballero!

Apenas la princesa tártara, que, atenta á la contienda, no había reparado en la acción de Cholpamalaga, oyó el clamor del Farfán y le vió caer en tierra, lanzando agudísimos gritos bajó en dos saltos de la torre y ganando el campo, corrió desolada en auxilio del sin ventura caballero, cuya hermosa cabeza, tomado que hubo asiento sobre el césped, acomodó en su regazo, y aun intentó atajar con su mocadero la sangre que manaba de la herida. Impasible, silencioso y sombrío estaba el hijo del rey Saád, jinete en su alazán y con la lanza aun en la mano, presenciando aquella escena lastimosa, cuando se presentó el infante D. Enrique y en pos de él el doncel Alvar Yañez, Juan Fortún, el alférez Abenamar y otros caballeros y escuderos, moros y cristianos. El alma se les cayó á los pies al ver al Farfán en el triste estado en que se hallaba! Bastóles una ojeada para comprender lo que había pasado. Llegó en esto el obispo de Burgos con el resto de la taifa y descabalgando

de su mula, se fué derecho al herido, que con voz débil y apagada pedía confesión, y á pesar de que Juan Fortún y el físico de corte, que venía con su Alteza, le cataron la llaga y dijeron, después de hacerle la cura que, aunque mortal, aun quedaba un resto de esperanza, el prudentísimo prelado, y con él la mayoría de los circunstantes, fueron de parecer, en vista del anhelo y ansiedad del noble caballero, del frío sudor que le bañaba la frente y del desencaje de su lívido rostro, que le quedaban pocos momentos de vida.

Como no había tiempo que perder, suplicó el santo obispo á la princesa que le dejase el puesto y se retirara. Al levantarse esta, clavó el mísero caballero sus desmayados ojos con inefable expresión de gratitud en los llorosos de Zoraida y, haciendo un supremo esfuerzo, tomó con entrambas las suyas la mano derecha de la dama, en la cual estamparon un beso sus cárdenos labios.

Retirada Zoraida, que no tardó en perder el sentido en los brazos del Infante, y arredrados los caballeros, escuderos y monteros á razonable distancia, dió el Farfán comienzo á

su confesión y, apenas terminada, inclinó exánime la cabeza sobre el pecho del obispo. Después de orar brevemente y encomendarle el alma á Dios, levantóse el santo prelado y alzando los ojos al cielo, exclamó en alta voz: *Beati mortui qui in Domino moriuntur!*

En aquel punto oyéronse á larga distancia, allá, como hacia el interior de las cámaras del alcázar, que daban á aquella banda, tan lastimeros ayes y gemidos y un tan doloroso, tan triste y tan sensible llorar que, por haber cesado luego, creyeron todos los presentes había sido ilusión de sus conturbados ánimos.

---

## CAPÍTULO XXXVI.

Del trágico fin que tuvo Cholpamalaga.

**A**UN no había salido del desmayo Zoraida, cuando el cuerpo del Farfán se hallaba ya en la cripta de la capilla gótica del alcázar, cuyo centro ocupaba un sepulcro de jaspes, sobre el cual se veía la estatua yacente de un monje. Retirados los monteros, que lo habían conducido á aquel sitio, quedáronse en él, con acuerdo y beneplácito de su Alteza, para velar el cadáver, el doncel Alvar Yañez y el escudero Juan Fortún. El cual, llorando, si tenía que llorar, no queriendo resignarse á que hubiera muerto su amo, no hacía más que palparle y volverle á palpar por si daba señales de vida. Loco de pena, creía el infeliz á veces haber percibido en su pulso un como tenuísimo latido. Pero la esperanza, que instantáneamente brotaba en su pecho, venía luego á desvanecerse.

Al dar orden el Infante para emprender la marcha, como echase de menos la princesa á Cholpamalaga, á quien había dejado en el mirador de la torre, cuando bajó precipitadamente de él en socorro del Farfán, subieron á buscarla á su instancia varios caballeros. Pero ¡cuál sería su sorpresa al encontrar á la dama de Zoraida, tendida en el suelo boca arriba, con la herradura de la muerte, descompuesto el vestido, orlados los labios de espuma sanguinolenta y crispadas las manos, una de las cuales oprimía la armadura de cuerno de un peine! Sospechando si podría ser presa de un síncope, acudió uno de ellos á desabrocharle el corpiño, pero con general espanto observaron todos que tenía clavada en el corazón una como almarada ó agujeta, la cual había calado tan hondo, que, á no ser por tres manchas de sangre, que se veían en torno del cabo y ¡cosa peregrina! que semejaban las figuras de perfil de tres diminutas palomas, nadie hubiera reparado en el instrumento con que se había dado la muerte.

Uno de los caballeros, que habían subido á la torre, bajó precipitadamente á poner el caso

en noticia del Infante, el cual, con consejo y parecer del obispo, dispuso que siendo, como era, pagana aquella dama, se le diera sepultura á espaldas del alcázar. Convino también con su Reverencia que, de volver á preguntar por ella la princesa, se adoptara, para no mentir, el arbitrio de decirle que quedaba atrás con cuatro monteros. Acordaron también el obispo y su Alteza que, en evitación de un choque entre los Abencerrajes y su gente, grandemente alterada por la triste suerte del Farfán, tomase el príncipe de Granada con los suyos la delantera, como en efecto lo hizo, llevando por adalides á unos criados de la casa del rey.

Con estas disposiciones se puso la comitiva en marcha, llegando á la hora de ánimas al Alcázar del Gallo, en cuyos dinteles estaban el rey, el Condestable D. Álvaro de Luna, el obispo de Ávila, Fray Lope Barrientos y muchos palacianos, damas y caballeros, entre los cuales, de vuelta aquella mañana de su viaje á Medina del Campo, se hallaba el mirasa Jamelique, en cuyos brazos se arrojó la afligida princesa hecha un mar de lágrimas y

presa de mortal congoja: conmovedora escena que enterneció é hizo llorar á todos los circunstantes y vino á repetirse cuando pasó á la cámara de la reina D.<sup>a</sup> María, que no había salido á recibirla por continuar doliente.

## CAPÍTULO XXXVII.

De cómo el hijo del rey Saád tomó la vuelta de los estados de su padre y la corte de Castilla salió para Burgos.

**A**L clarear de la siguiente mañana salió el príncipe Abulhasan con los suyos para Arévalo, donde, habiéndosele incorporado los Abencerrajes, que habían quedado en la villa, tomó el camino de Granada, siendo portador de la carta que el rey D. Juan había escrito al sultán Sidi Saád, en la cual le daba las albricias por su restauración en el trono, le reiteraba su amistad y le hacía saber cómo por satisfacer al infante D. Enrique, su hijo, grandemente aficionado á cabalgar á la jineta, contando con su anuencia y beneplácito, había retenido á su lado, para que le dieran la guardia, al alferez Abdallah Abenamar, entrando en ello gustoso el alguacil, su padre, y á otros cuantos de sus caballeros. El hecho de la verdad fué que, penetrados estos

generosos mancebos de las bondades y excelencias de la fe de Cristo, y en amores algunos de ellos con honestísimas damas de la corte, habían resuelto abjurar de la de Mahoma, á cuyo efecto comunicaron secretamente al rey de Castilla su deseo de quedar á su servicio, en lo cual vino muy gozoso su Alteza, no solo por traer al gremio de la Santa Iglesia Católica á aquellas almas descarriadas, sino juntamente por contar entre sus súbditos á tan esforzados caballeros.

De esta determinación de aquellos cuantos Abencerrajes, no parece que sospecharan nada los que se fueron, por ser costumbre en aquel tiempo el tener los príncipes cristianos y moros respectivamente á su servicio caballeros de Granada y de Castilla, y si por ventura recelaron algo, ni aun lugar tuvieron de contrastar sus sospechas, pues luego de regresar Abulhasan al Alcázar del Gallo, penetrado de su difícil situación y noticioso por el alguacil Abenamar de la carta que el sultán, su padre, había mandado al rey D. Juan, su primer cuidado fué pedirle licencia para regresar sin dilación á Granada, la que le fué con-

cedida en el acto por su Alteza, que grandemente contrariado por el trágico fin del Farfán, y no pudiendo disimular su enojo, no deseaba otra cosa sino perderlo para siempre de vista. Con todo esto y siendo voluntad del rey corresponder al presente que le había hecho el sultán Sidi Saád, dispuso que se le mandasen muchas cosas de paños y de sedas, amén de un caballo, una armadura blanca completa, y para la Horra, su mujer, una mula, ricamente guarnicionada, y un moscadero con vara de oro, incrustada de piedras finas.

Dos días después de la partida del príncipe de Granada, salió la corte de Castilla para Burgos.

## CAPÍTULO XXXVIII.

Del muy gentil esposo que eligió al fin la princesa Zoraída.

**U**N mes era transcurrido desde la arribada de la corte á Burgos y durante él no hubo las fiestas, juegos y comportes con que solía celebrar el Regimiento de la ciudad la estancia en ella de sus Altezas. Y esto por mandato y orden expresa del rey á suplicación de la princesa tártara, la cual, tras sus muchas penas y sentimientos, no ansiaba otra cosa, sino es que la dejasen sola.

Retraída en su cámara sin otra compañía que la de sus damas, Mundasaga y Dilcoltagana, después de oír misa en la capilla del alcázar y tomar una ligera refacción, pasaba con ellas buena parte del día entregada á la lectura de los libros piadosos que le proporcionaban su ayo Jamelique y el santo obispo de Burgos, de quienes era cuotidianamente vi-

sitada. Venida la hora del yantar, iba en persona á buscarla la reina D.<sup>a</sup> María, con la cual, el rey, el Infante, su hijo, el Condestable D. Álvaro de Luna, los prelados, Fray Lope Barrientos y alguno que otro de los nobles de la corte, pasaba la velada. De vez en cuando daba un paseo á caballo por las afueras de la ciudad con la reina, el infante D. Enrique, sus damas y los caballeros tártaros y castellanos, adscritos á su servicio. En los domingos y fiestas de guardar placiale asistir en la catedral ó en el Monasterio de las Huelgas al oficio divino, cuya pompa y majestad la embelesaban. Fuera de esto, jamás se la veía en público, con gran pesar de sus admiradores y galanes, los cuales, horros de la competencia del sin ventura Farfán y del príncipe de Granada, alentaban más que nunca la esperanza de alcanzar su codiciada mano.

No eran los reyes los últimos en darla abrigo, pues, desde su arribo á aquella ciudad famosa, se había obrado tal transformación en el Infante, que á todos les traía admirados. Los palacianos, gente ladina y observadora de suyo, no encontraban otra razón ni motivo de

tan súbita mudanza, que la novísima inclinación que, á lo que se parecía, mostraba su Alteza por la hija del emperador Xah Roj. No era ya el Infante, á los ojos de cuantos le conocian, el amante de la obscuridad de las selvas y la frondosidad de los bosques. Excusando la compañía de los hombres incultos, torpes y oscuros, de quienes se había hasta allí rodeado, admitía con gusto á su trato y recibía con agrado á toda persona ilustre por su nacimiento ó saber. La dejadez y desidia en su arreo habían desaparecido. Sus vestidos lúgubres, sin collar ni adorno militar ni regio, que de ordinario llevaba, habían sido trocados por otros ricos, rozagantes y vistosos, lo propio que sus toscas calzas y borceguíes, su burdo capuz y usado birrete. Ni rehusaba ya el cabalgar con la pompa que pedía su alto estado, ni le desplazaba el brillo de las armas, de los arneses y de las sillas, ni el uso de cuanto contribuir pudiera á realzar su persona; antes parecía tener prurito en mostrarse ante el curso de las gentes bizarro y galán. Hasta aquel su mirar torvo y desinquietao se había dulcificado, y aun hermoseábase su

rostro, no obstante la deformidad de su nariz ancha y quebrada, la delgadez extrema de sus labios y la extraordinaria anchura de sus mejillas. En resolución, no exhalaba ya aquel husmillo insoportable que provocaba á nauseas, ni se deleitaba con el hedor del estiércol, de las raeduras de cuerno y de otras cosas semejantes ó peores, yendo, como iba, á toda hora, sahumado y ungido con unguentos y esencias de azahar y rosas.

Las primeras que repararon en este súbito cambio del Infante, fueron las dueñas y damas de la corte, con las cuales se mostraba ahora tan afable y cortés, como uraño, retraído y záfio había sido antes. Nada; estaba visto, lo que las hermosuras cortesanas no habían podido lograr, lo habían alcanzado los hechizos de la gran princesa de Tartaria. Tal era también el sentir de sus Altezas al ver los extremos de su hijo con Zoraida, su solicitud y afán en atenderla y servirla y su complacencia en darla compañía siempre y cuando la ocasión se le ofrecía.

Pero este anhelo del Infante por ganarse la voluntad de la princesa ¿era acaso correspon-

dido?. Juzgando sus amorosísimos padres de las disposiciones de la ilustre dama por la amabilidad que mostraba á su hijo, su platicar con él en las cosas generales, en las que todos reconocían al Infante agudo y sutil ingenio, y los encomios que hacía de su habilidad y gracia en tañer y cantar, pensaban regocijados no estar lejano el venturoso día de ver cumplidas sus esperanzas. Pero como transcurriese el tiempo sin que la princesa significara su voluntad, atribuyendo esta reserva á la natural cortedad que impone el pudor á las doncellas, mayormente á las de su alta estirpe y jerarquía, resolvieron sus Altezas allanarle el camino, aprovechando la primera ocasión propicia.

No tardó, por cierto, en presentarse, pues al siguiente día de este acuerdo, encontrándose sus Altezas de regreso de la catedral en la cámara regia con Zoraida y el santo obispo de Burgos, que había oficiado de pontifical, como se hiciera conversación sobre la sublimidad y grandeza del culto católico y encareciera el rey D. Juan el recogimiento y piedad de la princesa y lo instruída que pare-

cia estar en las ceremonias y prácticas de la Iglesia, le dijo la reina D.<sup>a</sup> María: ¿Cuándo será ¡oh amadísima hija mía! que se vean cumplidos nuestros anhelos?

—¿Cuándo, señora? respondió con voz dulcísima y más hermosa que nunca Zoraida. Con la gracia de Dios, y el beneplácito de vuestras Altezas no quiero que pase mañana sin recibir las regeneradoras aguas del bautismo para unirme luego en indisoluble y eterno lazo de amor con aquel que he elegido por esposo. El efecto producido por la respuesta de la princesa no es para descrito. El corazón de sus Altezas saltaba de alborozo y abundantes lágrimas corrían dulcemente por sus mejillas. El reverendo obispo de Burgos, consejero y maestro espiritual de la noble doncella, desde que pisó tierra de Arévalo, y principal factor de su conversión, lloraba también de júbilo.

En un pensamiento aquellos católicos monarcas, al ver á la princesa, interiormente se decían: mañana será cristiana y pasado, hija y heredera nuestra en el trono de Castilla; porque ¿qué otro, que no sea nuestro hijo,

puede ser el galán que ha elegido por esposo? Con todo esto, quedándoles aun una como sombra de recelo, dijo el rey á Zoraida: día será el de mañana, Señora, el más próspero y feliz de mi reinado. Y como con visibles muestras de turbación y la voz añudada en la garganta, temeroso de un desengaño, la interrogara tímidamente el rey sobre quien era el mortal venturoso que había logrado llagarla el corazón, le contestó humildemente la princesa: Cierto, llagado lo tengo y de herida de amor; pero el amor que yo siento, no es amor de nada de este mundo, sino el que funde en el alma la misericordiosa mano de Cristo, fuente inagotable y perenne de toda perfección, prototipo y dechado de toda nobleza, en cuya comparación y cotejo, cuanto alumbra, brilla y reluce en los cielos y en la tierra es pálido vestigio, huella y rastro suyo. Á Él, resplandor de la luz eterna, sabiduría del Padre, hijo de Dios vivo, que por obra del Espíritu Santo vistió vestidura de carne en las entrañas purísimas de Lela Marien para redimirnos á todos; á Él, espejo de la continencia, flor de la virginidad, el más hermoso y gentil

entre los hijos de los hombres, á Él y solo á Él quiero yo por esposo.

En aquel momento resplandeció de tal suerte el rostro de la princesa, que más que rostro de criatura mortal, parecía el rostro de un ángel.

Aunque este discurso, dejó descuajados al pronto á sus Altezas, viendo en la resolución de la princesa la gracia del Señor, acataron humildemente su voluntad adorable y con toda la efusión de sus nobles corazones la felicitaron y aun la abrazaron una y muchas veces con marcadas muestras de regocijado afecto.

Momentos después la noticia de la conversión de Zoraida era pública en toda la corte.

En la mañana del siguiente día tuvo lugar en la Catedral con inmensa concurrencia el acto solemne de la administración del santo bautismo á Zoraida, Mundasaga y Dilcollagana. Fué ministro del sacramento el santo obispo de Burgos, y padrinos sus Altezas, el rey D. Juan y la reina D.<sup>a</sup> María, cuyo sacratísimo nombre le fué puesto á petición suya á la princesa y respectivamente los de

D.<sup>a</sup> Elvira y D.<sup>a</sup> Sol á sus damas, en memoria de las hijas del Cid.

Terminada la ceremonia, á la que no asistió el infante D. Enrique por haberse ido aquella madrugada al campo, se cantó por todo el clero de la ciudad el *Te-Deum Laudamus*.

En la noche de aquel día llamó Zoraida á su ayo Jamelique y, después de conversar largamente con él, le hizo entrega de una carta para sus padres, el sultán Xah Roj y la sultana Hausada, en que les pedía la bendición, encargándole regresara cuanto antes á Tartaria á darles menuda cuenta de lo ocurrido. Esta carta, de que le dió lectura la princesa con gran serenidad y entereza de ánimo, arrancó al mirasa abundantes lágrimas.

Ocho días después tomaban Zoraida y Mundosaga el hábito de novicias en el Monasterio de las Huelgas.

## EPÍLOGO.

### I.

**P**oco después de este fausto suceso, que llenó de júbilo á la cristiandad, y en cumplimiento de lo que le había ordenado la princesa, salió Jamelique para Sevilla, en cuyo puerto se hizo á la vela con rumbo al Oriente. Fuera de dos ó tres, á quienes el rey D. Juan retuvo á su lado, dándoles pingües heredamientos, los demás caballeros tártaros acompañaron al mirasa. No quiso el cielo que llegase el legado á su destino, ni que los venturosos padres de Zoraida recibiesen la carta conmovedora de su excelsa hija y otra del monarca de Castilla para el sultán Xah Roj, pues tras larga y penosísima navegación, quiso su mala suerte que á la vista de Trapisonda les sorprendiera una furiosa borrasca que estrelló la ya averiada flo-

tilla en los bajíos y arrecifes de la costa, logrando muy pocos de los tripulantes escapar con vida. Para colmo de desdichas asolaba la ciudad por aquellos días la peste, que dicen el bubon, de la cual se vió en mal hora inficionado el mirasa Jamelique con otros caballeros de su séquito, y aunque recobró la salud, no fué sino después de muchos meses de enfermedad y de larga y penosa convalecencia. Y no pararon aquí sus cuitas, pues no era pasado un mes desde su salida de Trapisonda, cuando él y dos caballeros tártaros, únicos que le habían quedado de su comitiva, se vieron asaltados en unos yermos y despoblados por una taifa de ladrones, los cuales, después de robarlos y maltratarlos cruelmente, los redujeron á cautiverio. En él, sufriendo muchas penalidades y trabajos, estuvo el mirasa Jamelique obra de dos años, al cabo de los cuales apiadóse el Señor de su triste estado y abatida fortuna. Y fué que habiendo caído enfermo de muerte el jeque de aquella horda de monfies, dióle la salud el mirasa con una de las yerbas medicinales que aconseja Dioscórides para las calenturas malignas.

Horro de servidumbre por este servicio, pidió al jeque con grandes instancias la libertad de sus compañeros; pero por más que hizo, suplicó y lloró, nada pudo conseguir de aquel viejo avaro y sin entrañas. Pobre, desarrapado y enfermo, prosiguió el infeliz Jamelique su camino, sustentándose de las limosnas de las buenas almas. Por fin, postrado de cansancio y despeado, llegó á Alangoguzza, humilde zafería de tierra de Arsinga en la frontera del Chagatay. ¡Y ojalá no hubiera nunca llegado!, pues estando en la alhóndiga de aquella aldehuela, oyó contar á un mercader, que venía de Samarcanda, el destronamiento del emperador Xah Roj por el príncipe Olug Beg, su trágico fin y el desperdigamiento y ruina de todos los suyos. Estas tristes nuevas, que le arrancaron muchas y muy amargas lágrimas, le fueron confirmadas por unos trajinantes y arroqueas que arribaron á la alhóndiga en la siguiente mañana.

Certificado de la catástrofe, resolvió Jamelique desandar el camino andado y tomando lenguas sobre el que había de seguir para volver á Trapisonda por el más corto, logró lle-

gar á esta ciudad á los pocos días. Por fortuna suya al pisar el malecón del puerto dió con unos marineros genoveses que estaban terminando la carga de una carraca para hacerse á la vela, y como se acercara á ellos y les declarase su patria, dolidos de su miseria, lo recibieron á bordo. Arribado que fué á Génova, sus mismos bienhechores le proporcionaron pasaje en una fusta que partía para Barcelona, desde cuya ciudad marchó á Burgos, donde nadie, tan demudado le habían puesto los sufrimientos en los años que estuvo esclavo en Oriente, le hubiera conocido, á no haber dicho quien era.

Acompañado de Fray Lope Barrientos y del doncel Alvar Yañez, que tenía ya dos hijos de la hermosa Dilcoltagana, fué su primera diligencia ver al rey, inconsolable aun por la muerte de la reina D.<sup>a</sup> María, acaecida meses después de su partida, y grandemente contrariado por la conducta de su hijo, el infante D. Enrique, engolfado de nuevo en su vida montañés y agreste. Después de oír con vivísimo interés sus lastimosas aventuras y prevenirle que aplazara el visitar á Zoraida hasta que la

preparara el santo obispo de Burgos, le preguntó qué quería, á lo que contestó Jamelique que pasar el resto de su vida en un claustro.

Placióle al rey esta resolución, y como tuviese ya noticia el mirasa por Fray Lope y el doncel Alvar Yañez que, á petición del prelado de Ávila, había donado su Alteza á Juan Fortún el palacio misterioso del Bosque de los Mengues para fundar un cenobio, significóle su deseo de acabar en él sus días.

Algunos después de esta entrevista, cabalgando en cuartagos, llegaban al famoso alcázar á hora de ánimas el mirasa Jamelique, Fray Lope Barrientos y uno de sus familiares. Recibidos por el hermano portero, penetraron en el claustro á tiempo que, entonando salmos penitenciales con sendos blandones de cera amarilla en la mano y las cabezas cubiertas con las capuchas de sus hábitos, comenzaban á desfilar por delante de ellos en dirección á la Iglesia uno tras otro, hasta dos docenas de monjes. Iba á la zaga de la procesión nocturna un anciano venerable, de luenga y poblada barba, en el que reconocieron sin dificultad al viejo escudero Juan

Fortún. Pero ¿quien sería el joven que, los ojos clavados en tierra, con paso lento y recogido y humilde talante caminaba á la cabecera? ¿Sería ilusión de sus sentidos? Al pasar frontero á ellos, se les escapó, sin poder contenerse, una exclamación de sorpresa. De no saber que había muerto, hubieran jurado ambos que bajo aquellos toscos sayales se ocultaba el bizarro caballero Tristan Aceja.

## II.

Nunca pudo olvidar el príncipe Abulhasan á la sin par Zoraida. En ella pensaba día y noche, á toda hora y en todo lugar. Sabía que se había hecho cristiana y profesado en el Monasterio de las Huelgas de Burgos.

Dada la situación cada vez más precaria y abatida del reino de Granada, no había que abrigar la esperanza de llegar jamás á ella.

Ascendido que hubo al solio de los Beni Nazar por destronamiento de su padre, el sultan Sidí Saád, sucedió que, rotas las tre-

guas con Castilla, un escuadrón de almogavares moros hizo con fortuna una rápida algarada por tierras de Aguilar, regresando á Granada con abundante y rico botín de cautivos y ganados.

Llegados los algareros á la plaza del Jamís, lugar donde se hacía el reparto de la galima, adjudicó el *alguaquil* á la parte del quinto, correspondiente al sultán, una niña como de hasta once años de edad, de tan rara y peregrina hermosura, que se llevaba tras sí todos los corazones. Al presentársela á Abulhasan, hubo de ver asombrado tan notable semejanza de ella con la princesa de Tartaria, que no le pareció sinó perfecto y acabadísimo trasunto. Para extremar su ilusión, púsole en el acto el nombre de Zoraida, y resuelto á guardarla para sí, encargó á Abuljatar, mayoral de los eunucos de su alcázar, que, bajo la custodia de esclavas blancas de rescate, la aposentase en la espléndida torre de la Cautiva, donde diariamente solía visitarla.

No era aun transcurrido el año, cuando ordenó Abulhasan que fuese conducida al harén, y como á la sultana Aija, hija de Mohammed

Aláisar, su tío, se la comiesen los celos por la desenfrenada pasión que su marido mostraba á la romia, que así le decían á Zoraida sus otras concubinas, llevó despechado al extremo su locura de repudiar á su mujer legítima y colocar en su puesto á la cautiva cristiana.

Pues con todo esto, y hallarse ya muy entrado en años, época de la vida en que se desgastan y adormecen las pasiones, ni se le iba de la memoria la princesa tártara ni sus aventuras en la corte del rey D. Juan. Acaeció venir por entonces á la de Granada el muy honrado, valeroso é ilustre caballero D. Diego Fernández de Córdoba, Mariscal de Castilla, en demanda de que Muley Abulhasan le diese licencia para combatirse de poder á poder en campo abierto con el no menos famoso, esforzado y bizarro D. Alonso de Aguilar, á quien había provocado á singular desafío. Otorgóselo el sultan de buen talante; pero como no pareciese el retado de sol á sol en el día, hora y lugar señalado, que lo fué el campo de la Asabica de la Alhambra, hizo el retador pintar unas tablas con el fin de mandarlas á todas las ciudades y lugares princi-

pales del reino de Castilla para hacer pública su deshonra, en las cuales se hizo efigiar á caballo y pendiente del codón del animal á su enemigo D. Alonso.

Mostradas que fueron estas tablas al rey, quedó tan maravillado de la propiedad del remedo, que con vivísimo interés preguntó por el ejecutor, y como le respondiese el Mariscal que lo había sido un viejo italiano que paraba con sus amigos Tomasín Spíndola y Benito Fortuny en la Alhóndiga de los Genoveses, lo mandó al punto llamar, y haciéndole menuda relación de sus aventuras en la corte de Castilla, le encargó que, sin levantar mano, representara lo más fielmente posible los principales pasos de aquellos sucesos romancescos, dando la preferencia á los acaecidos en el Bosque de los Mengues, y juntamente que le sacase un traslado en un solo paño de pintura de los retratos de los sultanes, sus predecesores, desde Mohamed V, Alganí Billah, hasta él inclusive, cuyos retratos se conservaban en sus reales alcázares, procurando acomodar su obra á las dimensiones y trazas de las alhanías que, con el fin

de pasar en ellas las siestas del estío, acababan de labrarle sus alarifes en la banda oriental del Cuarto de los Leones.

Ofreció el pintor á su Alteza hacerlo, como se lo pedía, y poniendo luego sin dilación manos á la obra, dejóla en breve plazo terminada con tal arte y primor en la ejecución y tan nimia escrupulosidad, que hasta reprodujo, por el acaso de conservar entre sus cartones imágenes y retratos de aquel tiempo, la vestimenta en uso de los caballeros y damas de la corte de Castilla en la época en que pasaron los sucesos referidos.

Aun hoy día se ven estas pinturas en las bóvedas de las susodichas alcobas de la Sala de los Retratos de los Reyes, situada en el Cuarto de los Leones de la Casa Real de la Alhambra.





## NOTAS.

(1) *Algozá* es la voz arábica *gozzá*, precedida del artículo *al*, que vale «jefe de una expedición, generalísimo». Dábase este nombre al príncipe que mandaba á los voluntarios africanos que venían á servir á los reyes Nazaritas de Granada. Ordinariamente este príncipe pertenecía á la familia real de los Beni-Merín, emperadores de Marruecos.

(2) Según se lee en la *Íhata* de Aben Aljatib, esta mezquita, situada en la parte más alta de la Asabica, nombre que en tiempo de moros llevaba el campo que se extiende desde la Puerta de las Granadas á la Huerta del Generalife y Campo de los Mártires, era el mausoleo de los reyes Nazaritas.

(3) *Rauda*. Esta voz arábica, cuya acepción ordinaria es la de jardín cubierto de una rica vegetación, de flores etc., se usaba entre los moros de Granada para denotar el cementerio real, el jardín ó vergel en que se hallaban los grandes túmulos de los sultanes. El mismo nombre de *Rauda* lleva el sepulcro de Mahoma, existente en Medina.

(4) Dióse este nombre al antiguo palacio situado en el arrabal del *Neched*, que comprendía la cuesta y calle de los Molinos, el Campo del Príncipe, el de los Mártires y la Antequeruela.

(5) *Almoharriques*. Eran estos entre los moros de Granada, como los porteros de maza de los reyes de Castilla. Es la voz árabe *moharric*.

(6) *Mechlis el-Háss*. Era el nombre que en tiempo de los reyes Nazaritas llevaba el gran salón de Comares, destinado á las recepciones oficiales de la nobleza granadina y de los embajadores. En él, según se lee en la *Tecmila* de Aben Aljatib, recibió el sultán Mahommad V al célebre historiador Aben Jaldún. Era el departamento del alcázar destinado al uso y estancia de los reyes, *mechlis cáud el-háss*, como le llama Aben Aljatib.

(7) *Borch el-Adhim*, ó la gran torre, denominación que se da en la *Íhata* de Aben Aljatib á la torre de la Alcazaba de la Alhambra, conocida hoy por Torre de la Vela.

(8) *Al-adçar*. Llámase así por los musulmanes á la oración que tiene lugar en sus mezquitas en aquella parte del día en que el sol camina visiblemente á su ocaso.

(9) *Allah-akbar*, «Dios es muy grande». Son las primeras palabras del llamamiento que hacen los almuédanos desde las torres de las mezquitas á los fieles musulmanes para que acudan á la oración.

(10) *Asabica* ó más propiamente *Handác Asabica*, «foso, barranco, valle de la Asabica» era el nombre de la colina en que están situadas las fortalezas de la Alhambra y *Alhisan* ó ciudadela, y de las vertientes de las mismas. Sobre la extensión de la Asabica, veáse la nota 2.<sup>a</sup>

(11) *Algodor*. «Los pozos ó cisternas», nombre que, según se lee en la Crónica anónima sobre los últimos tiempos de la dinastía de los Nazaritas, llevaba la puerta situada sobre el cubo de los *Siete Suelos*. Llamóse así por dar á los silos que había desde tiempos remotos en la Asabica y en el Ahabul del Neched (hoy Campo de los Mártires), empleados después para mazmorras de los cautivos cristianos.

(12) *Aben Samáa*. Así se llamaba una de las puertas del gran patio de entrada al alcázar de la Alhambra, situada en su parte Occidental. Tomó este nombre del que tenía el portero adscrito á la guarda de la misma. El texto arábigo, que lo declara, nos fué comunicado por el orientalista D. Emilio Lafuente Alcántara.

(13) *Daralabiad*, «la Casa blanca». Es el nombre que en tiempo de moros llevaba el pago, conocido hoy por el Arabial. V. el *Libro de Habices* de las mezquitas de Granada, Ms. del Archivo de la Santa Iglesia Catedral.

(14) *Quitáb el Ghaya*. Llámase así, ó más propiamente *Ghaïa tel Hakim*, el libro escrito por Abul-Casem Maslema, hijo de Ahmed el-Machrití (el Madrileño), maestro celeberrimo entre los árabes españoles por sus vastos conocimientos en las matemáticas y en las operaciones mágicas. En esta obra recopiló su autor cuanto sobre aquel arte habían escrito sus predecesores. Floreció este famoso escritor, natural de Córdoba, en los tiempos del califa Alhacam el-Mostansir *bi-llah*. V. Aben Jaldún, *Prolegómenos*, III, p. 172 de la traducción de Slane.

(15) *Sirr-el-Maktum*, «el secreto oculto», nombre dado por el Imam Fahr ed-Din ben el-Jatib á la obra que compuso sobre los amuletos. V. Aben Jaldún, Prol., III, p. 181.

(16) *Alajiba* «la maravillosa», epíteto dado por Aben Aljatib á la gran Madraza ó universidad árabe granadina, situada en la antigua Casa Consistorial, cuya fachada cae á la Placeta de la Capilla Real.

(17) *Alfareque*, que registran nuestros cronistas bajo la forma *Alfaneque*, es el nombre que se daba á la gran tienda de campaña de los príncipes árabes.

(18) En el *Viaje del noble Boemio Leon de Rosmital de Blatna por España y Portugal*, hecho el año de 1465 á 1467, al hablar de los habitantes de Olmedo se lee: que eran peores que los mismos paganos y que hacían una vida tan impura y sodomítica que le daba pena y vergüenza contar sus maldades. V. Fabié, *Libros de Antaño*, VIII, Viajes por España, p. 71.

(19) *Mowaxaha*. Esta suerte de oda, inventada por Mocaddem ben Moafa en-Neiriyé, en cuyo cultivo sobresalió Eïbada, poeta cortesano del rey Almotasin de Almería, tenía por objeto celebrar los encantos y hermosura de la mujer amada. Dióse á esta casida el nombre *mowaxaha* «adornado de un cinturón bordado», de *wixah*, cinturón que llevaban las mujeres, exornado de dos hileras de perlas y piedras preciosas colocadas alternativamente. V. Aben Jaldún, Prol. III, p. 422, nota 3.

(20) *Janceriya*, lit. «*Porcinarium*». Es el nombre dado por los Baachin (despanzurradores), gentecilla ruín

del África musulmana, dedicada al cultivo de la magia, á cierto libro escrito por su maestro El-Baach, en el que se explican los procedimientos más eficaces para matar por arte diabólico al ganado. V. Aben Jaldún obra citada, p. 181.

(21) *Bismil-lahi*. Según se lee en el Coran, los Árabes idolatras al perseguir las piezas de caza invocaban á sus divinidades. Mahoma mandó á los musulmanes que invocasen el nombre de Allah y dijesen *Bismil-lahi* «en el nombre de Dios».

(22.) *Zuleika*, ó con más propiedad *Zaliya*, era, según el Coran, el nombre de la mujer de Putifar. Su historia y la de José, el Adonís del Oriente, es muy celebrada en un poema persa, escrito por Abderrahmán Yami. V. Hughes, *Dictionary of Islam*.

---

Vocablos de origen arábigo usados en esta obra que no se encuentran ni en la última edición del Diccionario de la Academia Española ni en mi Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental.

- ALDRAN, del art. árabe *al* y de *dán* «pastor», intercalada una *r* eufónica. Cf. Rabadán.
- ALGUAQUIL, del árabe *guaquil*, «procurador», precedido del artículo *al*.
- ALIARA, que la Academia trae en su Diccionario sin etimología en significación de *cuerna*, viene del árabe *yara* «fistula», precedida del artículo *al*.

- ALMAGANA, del ar. *machána*, «relój»:
- ALMAYAR, del ár. *maiýár*, arriero, cosario, conductor.
- ALMIJARA, lo mismo que ALMIJAR, solana en que se secan los higos.
- BEQUE. Dábase este nombre en Granada á un hoyo ó agujero que hubo en lo alto de la Cuesta de santa Catalina, á donde el vecindario arrojaba toda suerte de inmundicias. Entre la gente vulgar es vocablo sinónimo de letrina. Acaso venga esta voz de la arábica *wequia*, hoyo, cavidad abierta en una llanura ó una montaña, donde se junta el agua llovediza.
- BERGAMOTA. Es voz derivada de las turcas *beg-armudi*, nombre que dan en aquella tierra á la pera del Jorasán. De la palabra turca se derivan la italiana *bergamotto*, y la francesa *bergamote*.
- BRAHMACHARÍ. Vocablo sanscrito que vale estudiante ó escolar religioso.
- ELCHE, cuyo valor ordinario en árabe es el de renegado cristiano y de bárbaro que no profesa el mahometismo, es la dicción turca *ilchi* «embajador», como llamaban los habitantes de Samarcanda á los embajadores del rey D. Enrique III, según se lee en Ruy González de Clavijo. Usáse en esta obra en ambos sentidos.
- FARFÁN, del árabe FARJÁN. Esta voz y con esta forma se encuentra en el *Cartás*, como

denominación de los caballeros cristianos que se hallaban al servicio de los emperadores de Marruecos.

- FILILÍ, lo mismo que heril ó convulsión y de la propia procedencia etimológica.
- GRIPO, que se registra en los *viajes* de Ruy González de Clavijo, es lo mismo que *gurapa*, voz usada por Cervantes en el *Quijote*. Viene del árabe *goráb* que significa «galera». Esta suerte de naves con uno y otro nombre estuvo muy en uso en la edad media.
- HARRUQUERO, que vale arriero, es el vocablo arábigo *harrac*, que significa lo mismo. Este nombre, conservado en algunas localidades de Andalucía, se usa en el imperio de Marruecos para denotar los conductores del equipaje del sultan. Bajo la forma *arroquea*, se encuentra esta misma voz en las Leyes de Partida.
- JERQUERÍA, del ár. *xircaír*, «solar descubierto, tugurio». Esta voz denotaba en lo antiguo el lugar donde se mataban las reses.
- LUMIA, probablemente del ár. *laquia*, meretriz.
- RICOMAS, lo mismo que recamo, del árabe *racán* bordar.
- RAMBLÍ. Decíase así á cierta suerte de seda basta de que se fabricaban tejidos que, por ser desecados al aire libre en unos aparatos llamados *rambla*, acaso por el lugar en que

Yogui,  
ZALAMELÉ,  
ZAMBEL,

estaban colocados, se les dió dicho nombre.  
del sanscrito *yoqui*, asceta.  
del ár. *salám aleik*, la paz sea contigo,  
fórmula de saludo entre los musulmanes.  
lo mismo que *zambra* y de la propia pro-  
cedencia arábica.

---

# ÍNDICE.

---

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA. . . . .	III
PRÓLOGO. . . . .	V
CAPÍTULO I. Cómo el sultán Sidi Saád perdió el trono de Granada. . . . .	I
CAP. II. Razonamiento del sultan Sidi Saád á su hijo el príncipe Abulhasan, yendo camino de Archidona. . . . .	10
CAP. III. De cómo el sultán Sidi Saád acordó mandar en embajada á la corte de Castilla al príncipe Muley Abulhasan y de los avisos y consejos que le dió. . . . .	13
CAP. IV. De las nóminas y amuletos que dieron á Abulhasan sus tías, las princesas Fátima, Aja é Iznamacot, al despedirse de ellas. . . . .	25
CAP. V. En que se dá cuenta del recibimiento que hizo el rey Don Juan II al príncipe Abulhasan, del discurso que éste le tuvo, y de lo que S. A. le respondió . . . . .	31
CAP. VI. De cómo llegaron nuevas á la corte del arribo á Sevilla de la princesa Zoraida, hija del gran emperador de Tartaria, de su salida para Arévalo y de los aprestos que acordó el rey D. Juan para su recibimiento. . . . .	42

CAP.	VII. Del recibimiento que hizo el rey Don Juan á la gran princesa de Tartaria.	48
CAP.	VIII. De cómo el mirása Jamelique dió cuenta de la embajada del emperador Xah Roj, de lo que le contestó el rey D. Juan y de lo que dijo la princesa Zoraida	60
CAP.	IX. De la plática que tuvieron los reyes con la princesa y de la sabrosísima de Fr. Lope Barrientos con los preladados de Ávila y Burgos y el Condestable D. Álvaro de Luna	73
CAP.	X. Del rico presente que mandó al rey D. Juan el emperador de Tartaria.	83
CAP.	XI. Del coloquio que pasó entre el rey D. Juan y su hijo el Infante D. Enrique.	85
CAP.	XII. Dónde se declaran los quilates del amor que sentían por la princesa tártara el hijo del rey Saád y el Farfán Aceja.	95
CAP.	XIII. En que se describe el festín que tuvo lugar el día del recibimiento de Zoraida	104
CAP.	XIV. De la sala que, terminado el yantar, hicieron los reyes de Castilla.	117
CAP.	XV. Donde el mirása Jamelique cuenta á Fr. Lope Barrientos los sucesos de su vida en la corte del emperador Xah Roj.	125
CAP.	XVI. De las fiestas y comportes con que agasajaron los reyes de Castilla á la princesa tártara y de la rivalidad de sus enamorados, el hijo del rey	

		Saad y el Farfán Aceja, con lo demás que verá el curioso lector. . .	145
CAP.	XVII.	Del memorial que presentaron al rey D. Juan, el Farfán Aceja y once fijosdalgo, sus parcioneros, para celebrar torneo en arneses de guerra con otros tantos caballeros, castellanos, Abencerrajes ó tártaros. .	155
CAP.	XVIII.	En que se dá sumaria noticia del saber satánico de Thermaxerin, de sus celos y de su plática nocturna con Cholpamalaga . . . . .	165
CAP.	XIX.	De la piedad y caridad de Zoraida; del anhelo de la Reina D. <sup>a</sup> María y de su corte por su conversión y de las desconfianzas de Fr. Lope Barrientos. . . . .	173
CAP.	XX.	Del torneo que tuvo lugar en la villa de Arévalo entre moros y cristianos. . . . .	185
CAP.	XXI.	De la plática que tuvo al Farfán su escudero Juan Fortún . . . . .	212
CAP.	XXII.	De cómo y por qué resolvió el rey D. Juan dar una batida en el Bosque de los Mengues . . . . .	217
CAP.	XXIII.	En donde se describen el Alcázar del Gallo y el Bosque de los Mengues y se dá cuenta de lo acaecido en el primer día de caza . . . . .	222
CAP.	XXIV.	Del encuentro del Farfán y Zoraida con algo de lo acaecido en el segundo día de caza . . . . .	236
CAP.	XXV.	De cómo el Farfán dió muerte á uno de los leones de Zoraida . . . . .	243
CAP.	XXVI.	De la plática que pasó entre Thermaxerin y Belfegor. . . . .	252

CAP. XXVII.	De lo que pasó á los reyes de Castilla y á su comitiva en la Majada del Puerco.	266
CAP. XXVIII.	Del encantamiento de Zoraida y del príncipe Abulhasan.	274
CAP. XXIX.	Del duelo de la corte al regresar el Infante sin Zoraida y de cómo el rey D. Juan mandó caballeros en su busca.	283
CAP. XXX.	De cómo viendo el rey que los exploradores no habian dado con Zoraida, ordenó que se registrase jara por jara el Bosque de los Mengues.	286
CAP. XXXI.	De cómo el Farfán salió en busca de Zoraida.	296
CAP. XXXII.	De la peregrina aventura por que vino á saber el Farfán el paradero de la princesa tártara.	302
CAP. XXXIII.	De cómo el Farfán dió muerte á Thermanerin.	310
CAP. XXXIV.	Del reto que hizo el príncipe Abulhasan al caballero Aceja.	321
CAP. XXXV.	Del duelo del Farfán y del hijo del rey Saád.	328
CAP. XXXVI.	Del trágico fin que tuvo Cholpamallaga.	340
CAP. XXXVII.	De cómo el hijo del rey Saád tomó la vuelta de los estados de su padre y la corte de Castilla salió para Burgos.	344
CAP. XXXVIII.	Del muy gentil esposo que eligió al fin la princesa Zoraida.	347
EPÍLOGO.		356
NOTAS		375

## FE DE ERRATAS.



<u>PÁGINA.</u>	<u>LÍNEA.</u>	<u>DICE.</u>	<u>LÉASE/</u>
207	5	pensamientos	pensamiento
208	25	Oyése	Oyóse
256	6	os pareceis	se parecen
335	8	contestados	contestado.

Este Libro se acabó de imprimir en  
Granada, en casa de la Viuda é  
Hijos de Paulino V.<sup>a</sup> Sabatel  
el día 19 de Mayo del  
año MDCCCXCII.





